

herma



La Bailarina Española.

Henry Lázaro Zamora Montenegro. 14 años, Taller de Artes Plásticas Oswaldo Guavacemi. C...

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOS

Editora

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ

Director artístico

ERNESTO JOAN

Realizador

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Mecacopistas

MERCEDES VILLADA VILLADA

DOLORES GARCÍA FERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

JOEL JAMES FIGAROLA

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

ARMANDO MÉNDEZ VILA

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí

Calzada 801½ entre 2 y 4, El Vedado,

La Habana, Cuba.

Tel.: 55 2298 y 830 4493

Fax: 833 4672

e-mail: jmarti@cubarte.cult.cu

S U M A R I O

EDITORIAL / 2

IDEAS / 3

Armando Hart/ *¿Qué es la cultura? / 3*

Carlos Rodríguez Almaguer/ *El despertar del sueño americano / 7*

Matilde Teresa Varela Aristigueta/ *Fuentes básicas de la retratística martiana / 10*

Ibrahim Hidalgo Paz/ *José Martí: razón de ser / 13*

Ramiro Valdés Galarraga/ *El cómo y el porqué del Ismaelillo / 17*

Giselda Hernández Ramírez e Isabel Díaz de la Torre/ *Trilogía para la música: Martí, White y Cervantes / 22*

ACONTECIMIENTOS / 24

Ciento cincuenta años del natalicio de Juan Gualberto Gómez

Raúl Rodríguez La O/ *Juan Gualberto y su estancia en París (1869-1876) / 24*

Miralys Sánchez Pupo/ *El periodismo de Juan Gualberto / 27*

Aniversario treinta y cinco de la muerte de Fernando Ortiz

Jesús Guanche/ *José Martí en el decursar antropológico de Fernando Ortiz / 32*

A ciento setenta y cinco años del nacimiento de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo

Carlos Rodríguez Almaguer/ *El Cucalambé: alborada perenne en nuestros campos / 39*

Celebrando el ciento quince cumpleaños de *La Edad de Oro*

Mirtha Luisa Acevedo y Fonseca/ *Al niño, hombros para sustentar la vida / 40*

PRESENCIA / 43

En el ciento quince aniversario del natalicio de Leuchsenring

Emilio Roig de Leuchsenring/ *Vigencia de la lucha antimperialista / 43*

ALA DE COLIBRÍ / 45

Pablo Neruda/ *Oda a las Américas / 45*

Jesús Orta Ruiz, El Indio Naborí / *Juan Gualberto Gómez / 46*

Juan Gualberto Gómez / *La mirada de Inés / 47*

José Cantón Navarro/ *Tus paisajes peregrinos hoy florecen para ti / 48*

INTIMANDO / 50

Isabel Santos / 50 • Joxé Lois García / 52 • Agustín Bejarano / 53 • Erick López y Leyanet González / 55

PÁGINAS NUEVAS / 57

Caridad Atencio/ *Diecisiete instantes de densidad artística e histórica / 57*

Rodolfo Sarracino/ *Reseña a José Martí, an Introduction, de Oscar Montero / 59*

Israel Escalona/ *Los Amigos sinceros de José Martí / 63*

EN CASA / 64

Memorias por el equilibrio del mundo / 64 • Juan Gualberto entre nosotros / 64

• También en recordación de Juan Gualberto, desde Santiago de Cuba / 65

• Actividades del proyecto "Santiago de Cuba, tierra de los Maceo" / 66 • Homenaje a María Álvarez Ríos / 66 • Martí y los tabaqueros / 66

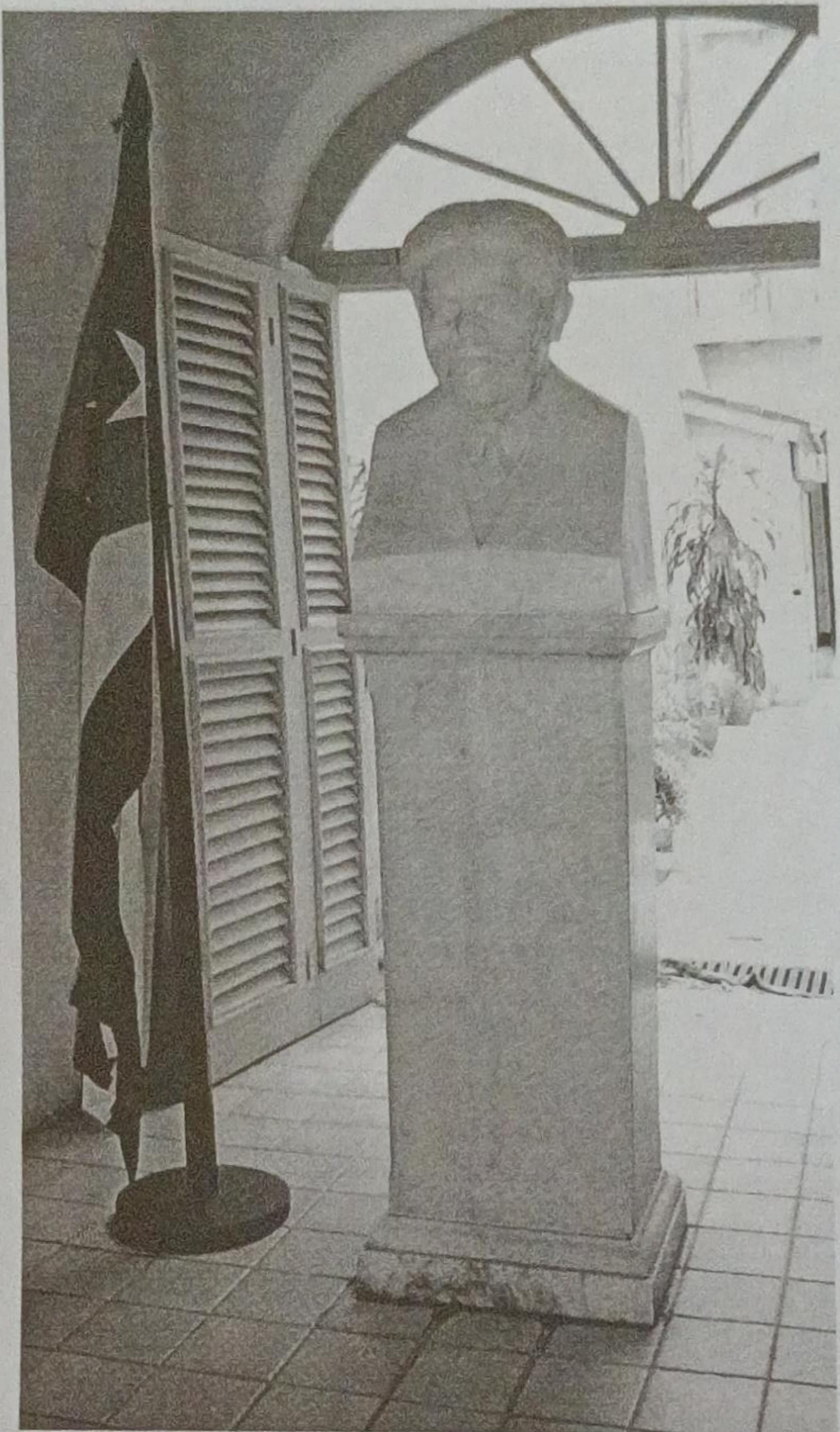
NUESTROS AUTORES / 68

Hace ciento cincuenta años, en el ingenio Vellocino del entonces Sabanilla del Encomendador, en Matanzas, nació de padres esclavos Juan Gualberto Gómez, quien llegaría a ser una de las figuras más importantes del proceso independentista cubano del último cuarto del siglo XIX y de los primeros años de la república neocolonial, hasta su muerte el 5 de marzo de 1933. El presente número de *Honda* rinde homenaje a este hombre excepcional, capaz de elevarse desde un origen tan humilde, en una sociedad colonial profundamente racista y discriminatoria, hasta alcanzar renombre por su amplísima cultura; y que, además, cultivó la poesía y se destacó como periodista y político al servicio de los intereses populares. Sus relaciones con Martí revelan las profundas afinidades existentes entre ellos en cuanto a concepciones y principios, y están en la raíz de la confianza que en él depositó el Apóstol como su delegado en la Isla. La orden de alzamiento para el inicio de la guerra, Martí la dirige al ciudadano Juan Gualberto Gómez y, a través de él, a todos los grupos de occidente como hermosa prueba de confianza en su lealtad y discreción. "De Ud. no espero [le dice en carta fechada en Nueva York, el 29 de enero de 1895] ni imprevisión ni esperanzas falsas", añadiendo más adelante "me siento tan ligado a Ud. que callo. Conquistaremos toda la justicia".

Fue él quien comunicó a Martí la conformidad con la orden de alzamiento mediante un cable enviado a Gonzalo de Quesada con un texto que ha quedado grabado en la historia: "giros aceptados". Y para predicar con el ejemplo, a pesar de no tener vocación militar, lo preparó todo para alzarse en Ibarra, en su provincia natal. Aquel fracaso le costó su segunda deportación a Ceuta.

Otro momento en el cual este hombre se alzó con todo el honor del pueblo cubano, fue durante la discusión y aprobación de la llamada Enmienda Platt, añadida como apéndice a la Constitución de la naciente República, en 1902, manteniendo su posición indeclinable en contra de aquel engendro neocolonial. En su lúcido y visionario alegato en torno a la enmienda, argumentó:

Solo vivirían los gobiernos cubanos que cuenten con su apoyo y benevolencia [del gobierno de E.U.]; y lo más claro de esta situación sería que únicamente tendríamos gobiernos raquílicos y míseros, condenados a vivir más atentos a obtener el beneplácito de los Poderes de la Unión que a servir y defender los intereses de Cuba. En una palabra, solo tendríamos una ficción de gobierno y pronto nos convenceríamos de que era mejor no tener ninguno, y ser administrados oficial y abiertamente desde Washington que por desacreditados funcionarios cubanos dóciles instrumentos de un Poder extraño e irresponsable.



Durante la república neocolonial y hasta su muerte, se mantuvo como fuerza impulsora del mejoramiento ciudadano, en especial de los negros y mestizos para quienes demandó siempre iguales derechos civiles y jurídicos con la vista puesta en una sociedad más democrática e igualitaria aún por conquistar.

Hoy su ejemplo se agiganta ante la exacerbación de los viejos apetitos imperiales que pretenden liquidar la independencia y la soberanía de Cuba y apoderarse, a través de una llamada transición, de todos los recursos del país.

¿QUÉ ES LA CULTURA?

ARMANDO HART

Es tal la fragmentación y la dispersión que la larga evolución de la civilización occidental ha creado sobre la expresión cultural, que para descubrir su verdadera naturaleza es necesario estudiarla en su génesis más antigua. La singularidad humana dentro de la historia natural radica en que el hombre tomó conciencia de su propia existencia, de su pertenencia a la naturaleza, y se planteó como exigencia descubrir y descifrar el misterio de lo desconocido. Es un ser bio-psico-social. Los hombres son los únicos seres vivientes que tienen ese reto: de ahí nace la cultura hasta convertirse en segunda naturaleza. Ella es, a la vez, claustro materno y creación de la humanidad.

No hay hombre, en el sentido pleno y universal del término, sin cultura y esta no existe sin aquel. Su afán de descubrir lo que no conoce lo lleva al extremo de intentar encontrar el sentido de su propia existencia. No existe objetivamente respuesta racional a este noble interés humano. Sin embargo, en parte lo puede hallar aquí, en la tierra, cuando asume que todos los hombres, sin excepción, tienen derecho a una vida plena de felicidad tanto material como espiritual y, por tanto, a facilitar que se supere la enajenación social a que ha estado sometido. Ahí nacen la ética y la necesidad de ejercer la facultad de asociarse, que el pensamiento martiano situaba como "el secreto de lo humano".

El proceso de surgimiento de la cultura está presente en la génesis antropológica del *homo sapiens* en pos de convertirse en el individuo "hombre". Desde que los hombres comprendieron que podían extraerle a la naturaleza el sustento para vivir, surgieron las posibilidades del trabajo que, en esencia, conforman un hecho cultural de las civilizaciones. Apreciaron, también, los beneficios personales o de grupo que les brindaba expropiar el trabajo de otros hombres y se empezó a gestar la división entre explotados y explotadores. Se impuso como demanda y necesidad lograr una relación social que garantizara el trabajo en común y la distribución equitativa del producto del trabajo. Nació así la idea de la justicia. El trabajo y la justicia son los primeros acontecimientos de carácter cultural; surgen de esta manera las primeras ideas éticas y legales necesarias para garantizar la justicia y la convivencia humana.

Se desarrolló en los hombres la facultad de asociarse de manera consciente, lo que permitió que se distinguieran del resto del reino animal. La tragedia se halla en que el hombre, a la vez, arrasta de sus ancestros prehistóricos la fiera que, según Martí, todos llevamos dentro; pero, agregaba el Apóstol, los hombres somos se-

res admirables capaces de ponerle riendas a la fiera. Las riendas son parte sustancial de lo que llamamos cultura. Es muy importante destacar que la ciencia creada por el hombre constituye una segunda naturaleza, que ha alcanzado los más altos niveles de creación espiritual e individual, con las limitaciones propias de cada tiempo histórico y del nivel de las fuerzas productivas. Pero este proceso es de tal complejidad que exige el análisis concreto de situaciones particulares.

Solo con un más alto desarrollo de la capacidad de producir y una elevación de la cultura podrá lograrse prácticamente la ampliación de la justicia hasta beneficiar a todos los hombres sin excepción: hasta permitirles disfrutar, por igual, los beneficios de los bienes materiales y espirituales. El hecho de que no se alcance este objetivo no puede significar que no se proclame como suprema aspiración ética.

Hay dos corrientes fundamentales del pensar occidental, que necesitan articularse para promover una ética superior. Tal como las vamos a caracterizar, se relacionan con lo que en el lenguaje de la filosofía de Marx y Engels se conoce como oposición entre idealismo y materialismo. Sin embargo, procuraremos una fórmula más comprensible para entender, en tiempos como los actuales, este desafío. Tales corrientes son:

1. La evolución del pensar científico, que concluyó en su más alta escala con el pensamiento científico racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
2. La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana, y que en la civilización occidental se nutrió, inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas tendencias, necesarias para el desarrollo y estabilidad, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la acción de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza, ignorando sus potencialidades creativas. Martí hablaba de la necesidad de relacionar la capacidad intelectual del hombre y sus facultades emocionales. Por esto hablamos del pensamiento filosófico de un lado —sobre el respeto a lo mejor y más depurado de las ideas científicas— y del otro, lo que se ha llamado pensamiento utópico. Es decir, las esperanzas y posibilidades de realización hacia el mañana.

Una filosofía que se corresponda con los intereses de los pueblos será aquella que articule uno y otro plano, partiendo de la idea leninista de que la práctica es la prueba definitiva de la verdad. Y del principio martiano de procurar la fórmula del "amor triunfante".

Un hecho importante para la historia de las ideas en Cuba fue el papel desempeñado por las enseñanzas de maestros de escuela, quienes se convirtieron en importantes forjadores de nuestro pensamiento filosófico. Varela, Luz, Martí y Varona, educadores por excelencia, sentaron las bases del pensamiento cubano y sus facultades pedagógicas les permitieron presentarlo en forma asequible a la inmensa mayoría de las personas. Si, en Europa, la evolución de las ideas de Occidente llegó a las cumbres del pensamiento filosófico y alumbró la naturaleza de los hechos económico-sociales, en la Cuba del siglo XX, sembró la semilla de la educación y de la política culta.

Ciencia y utopía articuladas pueden, y deben, conducirnos a la práctica revolucionaria. Sin ambas no hay revolución.

La raíz intelectual de lo que pudieramos llamar *pecado original* de la tradición cultural de Occidente, se halla en que divorció lo que se llamó *materia* de lo que se denominó *espíritu*. Es cierto que, como dijo Engels ante la tumba de Marx, el gran mérito del autor de *El capital* fue extraer de la maleza ideológica de siglos la certeza de que el hombre necesitaba comer, vestirse, tener un techo, antes de hacer filosofía, arte, religión, etc. Y, asimismo, es cierto que, sin estos valores de la superestructura, no existe el hombre que conocemos. Lo primero es una verdad científica, lo segundo también lo es, y esta afirmación no se halla en contra de las ideas de los forjadores. Estúdiense las relaciones entre los factores económico-sociales y la superestructura expuestos por Engels en los últimos años de su vida, y se verá de qué estamos hablando.

Las dificultades que han acaecido en el orden intelectual se derivan de igual modo del hecho de que en la historia de las ideas de Occidente ha primado el enfoque dirigido al individuo aislado, abstracto, como si no existieran los demás seres humanos. No se ha comprendido con toda profundidad, ni se ha abordado con el rigor necesario, que los hombres, al relacionarse con otros, adquieren una categoría diferente a la que tenían como individuos. Esto, en su sentido más profundo y radical, no se ha hecho en el plano de las ciencias sicológicas ni del pensamiento científico. La relación social es un elemento clave, decisivo para conocer al hombre. Cuando, por ejemplo, se habla en el lenguaje freudiano del principio de la realidad, no se aprecia con la claridad debida que en ella, es decir, en el exterior a cada hombre, están, de manera fundamental, los demás hombres. Ahí es donde radica la posibilidad de la gran transformación moral que requiere el siglo XXI.

José Carlos Mariátegui, desde su visión indoamericana, analizó las razones psicológicas del rechazo de los hombres a las más profundas ideas científicas derivadas de los descubrimientos de tres grandes sabios europeos: Darwin, Marx y Freud, y concluyó que ello se debía a la negativa a aceptar como raíces de lo humano lo que estos grandes científicos habían mostrado. Decía El Amauta que, precisamente, la grandeza del hombre estaba en haberse elevado a la categoría superior de la historia natural a partir de estas tres raíces.

Es muy interesante observar que en el análisis de la génesis de la cultura y de sus más remotos antecedentes, Marx y Freud llegan

a criterios perfectamente conciliables. Léanse a Freud en el *Máster de la cultura*, y si lo hacen orientados por el materialismo histórico se encontrarán en la génesis de la historia humana los antecedentes antropológicos de la lucha de clases de que habló Carlos Marx. Freud estudió al hombre que existe, pero hay que estudiar, además, al que puede existir. En ellos están las potencialidades para alcanzar una vida superior. La historia de la sociedad humana es, en efecto, un combate muchas veces abierto y otras encubierto entre explotadores y explotados, pero ella transcurre a través de los hombres y de la sociedad creada por estos.

En un mundo idealizado, donde todos fueran altruistas, triunfaría el socialismo de manera natural: pero tal mundo no existe; sin embargo, hay que tener a su vez muy en cuenta que los hombres no solo poseen ambición y egoísmo, sino, también, enormes posibilidades de generar la bondad, la solidaridad y la inteligencia en su más pleno alcance. Esto es otra verdad científica. Tales sentimientos y facultades se hallan presentes en la naturaleza humana. De otra manera no pude entenderse el pensamiento de Engels cuando decía que las sociedades clasistas habían generado enormes riquezas apelando a las más viles pasiones de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones.

¿Cuáles son las mejores disposiciones humanas a que se refiere el genial compañero de Marx? En pocas palabras, al sentido de la justicia y las aspiraciones de relacionarse unos hombres con otros sobre fundamentos de la solidaridad y la cooperación.

Con estas conclusiones se comprende que el egoísmo no es hijo de la propiedad privada ni de la explotación del hombre por el hombre. Resulta a la inversa: estos nacen y se desarrollan a partir del egoísmo presente en la naturaleza humana. Pero no es el único elemento de lo humano: también hay enormes posibilidades de desarrollar la solidaridad y la facultad de asociarse. Por eso, propiedad socialista, educación, cultura socialista y política culta constituyen la clave para desarrollar esas cualidades que deben armar al hombre nuevo.

Pero como algunos hombres ejecutan acciones violentas contra otros, nace la necesidad de proteger la justicia y surge la ética y el derecho. Estos constituyen peldaños esenciales de la historia cultural.

He comenzado por estas formulaciones porque para estudiar los antecedentes más remotos de la cultura hay que iniciar una búsqueda de esta naturaleza; de otra manera no habrá posibilidad práctica de asumir, con el rigor necesario, los desafíos actuales entre los que "crean y fundan, y los que odian y deshacén".

Sabemos que el hombre es un ser social. Se reflexiona en torno al asunto, pero no se le extraen, siempre, todas sus consecuencias sicológicas. Sin ello, la ciencia no podría abordar el gran tema de nuestro tiempo. Hay que estudiar no solo al hombre como individuo —lo que de manera magistral para su tiempo, y con las limitaciones del mismo, hizo Sigmund Freud—, sino además analizarlo como parte de la humanidad, compuesta por millones de seres iguales a él. Es en este camino donde se puede encontrar la idea de la cultura como segunda naturaleza, porque el hombre necesita relacionarse con los demás. No se trata de una formulación exclusivamente idealista; se trata de una necesidad implícita en la naturaleza

humana, y esto es lo que hay que estimular. El egoísmo no necesita estímulo, existe *per se*. El altruismo y la solidaridad humana asimismo tienen posibilidades enormes, pero sí hay que estimularlos con la educación y con la cultura.

Una concepción de la inteligencia nos lleva a relacionarla con la bondad. En la concepción martiana confirmada por los modernos procesos de las ciencias sicológicas, se subraya la integridad del hombre. La inteligencia penetra y se sintetiza no solo en la capacidad intelectual, sino, también, en la moral, y en la voluntad humana orientada hacia la acción transformadora. El principio de la acción, de que habla Freud, está relacionado con la inteligencia, que vincula la capacidad intelectual y la de índole emocional. Pensamiento, acción y sentimiento, unidos a vocación de servicio, están presentes en la naturaleza humana. Quienes lo ignoren, lo harán solo en nombre del egocentrismo implícito, también, en el hombre.

Toda inteligencia genuinamente creadora va orientada hacia la acción y se expresa en una síntesis de informaciones que van integradas en forma de sentimientos. Mientras sea más amplia, abarca mayor número de personas; por lo tanto, la inteligencia se orienta hacia una ética superior: gracias a ella están protegidos todos los seres humanos sin excepción. De esta manera, Martí considera que la inteligencia se vincula con la bondad, y la brutalidad con la maldad. Hay un párrafo de Fidel que puede orientarnos en esta dirección:

El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir [...]

Y no somos capaces porque no hemos desarrollado, a escala social más amplia, los vínculos entre inteligencia y amor, que se hallan presentes en la esencia de lo humano.

Es necesario realizar una labor de investigación sicológica en esta dirección, y para materializar una política encaminada a promover una idea de la cultura así concebida, es preciso estudiar los componentes más universales del hecho cultural. El núcleo duro de la cultura radica en tres planos: el lenguaje, la ética y el derecho. Las formas de promover su materialización se relacionan fundamentalmente con la educación y a la política culta. Se revelan en el lenguaje, los sistemas éticos y los sistemas de derecho. Por ahí empieza todo el problema de la cultura. Hablaremos de ello más adelante a la luz de la tradición espiritual cubana.

Esta verdad científica —reconocida y fundamentada por las más prestigiosas investigaciones antropológicas y sicológicas acerca de cómo el hombre de la prehistoria forjó la civilización— ha sido ignorada y enturbiada por la mediocridad y por los intereses egoístas empeñados en mantener privilegios e impedir el triunfo de la verdad.

Está, además, confirmado por la historia de las civilizaciones, las cuales crecieron, avanzaron, retrocedieron o colapsaron de acuerdo a cómo pudieron profundizar o no en el tema cardinal de la cultura: la justicia. Todo lo que nos acerque a la cultura, nos acerca a la justicia y a la inversa: todo lo que nos aleje de la cultura nos aleja de la justicia. Lo que han hecho históricamente los reaccionarios es tergiversar el término “cultura” para defender sus intereses,

ya sea con subterfugios de lenguaje y fraseología; pero la esencia —como queda dicho— es la justicia, tanto desde el punto de vista antropológico si atendemos a su evolución histórica. Estúdiense la historia de la humanidad y allí se encontrará que cuando hubo un movimiento a favor de mayor justicia, ha tenido como fuente principal la cultura. Esclarecer esta verdad —que tiene antecedentes antropológicos e históricos— es la tarea teórica y filosófica más importante de los revolucionarios en el siglo XXI.

La esencia de la educación cubana está contenida en los aspectos antes señalados, y los de la política culta en las ideas expuestas para superar la vieja consigna “divide y vencerás” y desarrollar la de *unir para vencer* que hemos señalado. En la articulación del lenguaje, la ética y el derecho con una educación y una práctica política culta está la idea martiana del equilibrio. Esto abarca el plano más amplio del equilibrio de las naciones y, también, de los individuos.

Como hemos dicho, la fuerza de la cultura cubana se deriva de que nació, creció y se desarrolló a favor de la justicia, entendida esta en su acepción más universal. Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, se ha colocado en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal del siglo XXI, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Sus ideas están en el lugar más adelantado y esclarecido del movimiento filosófico —subrayo la palabra *filosófico*— de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. No hay otra alternativa: o la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Coronar la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y, específicamente, éticos de la historia universal, es la única posibilidad de sobrevivir para una civilización agotada espiritualmente. Es la tradición de dos siglos de ideas, que se integran en el acervo cultural de la nación y que Fidel representa.

Identidad y diversidad

Hay un gran tema relacionado con la cultura: el de la identidad y la diversidad. Se produce una relación dialéctica entre estas dos categorías, con tal fuerza que no se entiende una sin la otra. Toda diversidad existe en el seno de una identidad y, a la vez, todas las identidades viven dentro de otras de escala superior.

Debemos entender el término “universalidad” como complejo de identidades, y para que lo sea es necesario que todas ellas alcancen un nivel superior de civilización. Los agudos conflictos que se presentan en el mundo actual entre *identidad, universalidad y civilización* tienen fundamentos económicos. Se revelan en el caos intelectual con que los doctrinarios del sistema social dominante enfocan la realidad de nuestros días. A ellos los orienta un pragmatismo, que fracciona los elementos sustantivos de la realidad, y un marcado egoísmo, que consagra el derecho a la libertad, a grupos sociales de élite y minorías privilegiadas, mientras olvidan

y mi horizonte es la cultura

y pisotean los derechos de las mayorías y marginan a sectores étnicos, culturales e incluso a naciones enteras.

Tenemos que hallar los vínculos más entrañables entre identidad, universalidad y civilización, y articularlos como si fuéramos artistas de la historia. Esto solo se logra mediante una forma de pensar más moderna, que rebase los límites de la herencia de Descartes y el pensamiento racionalista, en general, y más profunda y humana que el pragmatismo feroz. Los cubanos hemos encontrado esas premisas conceptuales hace buen tiempo, en la interpretación consecuente y creadora del materialismo de Marx, a la vez que contamos, en el pensamiento de José Martí, con un paradigma de humanismo raigal e integrador, portador de una identidad definida, una vocación universal y una propuesta civilizadora. El ideal martiano debe fecundar nuestras acciones en tales empeños.

No existen posibilidades de transformación radical, revolucionaria y genuinamente moderna —dicho sea este calificativo en el sentido de contemporaneidad— si no somos capaces de descubrir los hilos que articulan nuestra identidad nacional, nuestra proyección universal y nuestro derecho a una civilización superior. Ello, desde luego, entraña complejos desafíos. A lo mejor —en verdad, a lo peor— la humanidad no puede alcanzar esta aspiración. Pero el hombre no solo es un ser racional —a veces parece que ni siquiera eso es—, sino además un individuo capaz de amar y de tener esperanzas de vivir en un mundo más justo. Sin amor ni esperanza nos convertiríamos en lo que José Ingenieros —a quien leí de adolescente y me sigue pareciendo un pensador excelente— llamó “fríabazoña humana”.

El ciclón posmoderno presenta, en un extremo, al imperialismo norteamericano, voraz en insaciable —y, también, lleno de contradicciones internas—, y, en el otro, a los países de América Latina y el Caribe, Asia y África. Lo que dio en llamarse “Tercer Mundo” está implantado de igual modo en el seno de los propios países capitalistas desarrollados. Las pugnas entre las identidades se expresan con agudeza en todos los confines de la Tierra.

El principio de universalidad se levanta al conjuro de la prepotencia imperial, que domina las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU. El argumento de que se persigue un más alto grado de civilización —a partir de una visión dogmática y mutilada de la democracia y una reedición en nuestro mundo de la *pax romana*— se esgrime con un cinismo o una ignorancia ramplona por quienes se mueven por el egoísmo desenfrenado de sus ambiciones de poder. Se olvida, incluso, la más importante de las identidades, la de la propia humanidad, a la cual debemos salvar del desastre.

En la confrontación entre identidad, universalidad y civilización está el vértice del ciclón posmoderno. Es la nueva dimensión que está alcanzando el drama social, económico y cultural en los años posteriores a la caída del muro de Berlín. Al término de la Segunda Guerra Mundial, ya se avizoraban y producían estos enfrentamientos; pero la existencia de un equilibrio bipolar contuvo, o al menos amortiguó, una ruptura radical de relaciones tan conflictivas. Para arrancar a un análisis sobre el fundamento del materialismo histórico, propongo estudiar la realidad contemporánea a la luz de estos tres conceptos: identidad, universalidad y civilización.

Uno de los planos en que se revelan tales problemas atañe, por supuesto, a la convivencia entre nacionales e identidades culturales diversas. Debemos defender los principios de una cultura política y social que en todos los escenarios de la vida internacional sirven de fundamentos teóricos a la civilización de Occidente. Y no solo esto, sino que debemos reclamar su aplicación en esos espacios.

Son principios que ha dictado la convivencia entre naciones e identidades culturales y sin ellos no habrá en el desarrollo social la influencia que necesitamos y deseamos de la cultura. Estos principios están consagrados en la Carta de las Naciones Unidas —lamentablemente muchas veces convertida en letra muerta por gobiernos que debían ser los primeros en cumplirla, dada su condición de firmantes iniciales—, en los documentos rectores de la UNESCO y de diversas instituciones multilaterales. Los principios de autodeterminación de los estados y de plenitud de soberanía nacional, el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo y la más amplia libertad de intercambio y comercio, de modo que ningún país por capricho o por veleidades de su política doméstica pueda imponer legislaciones punitivas a otros —que no responden a sus patrones dogmáticos— son cuestiones a concretar a través de la cultura ética que debe predominar en el concierto universal de naciones y sociedades.

En cuanto a Cuba, esto se logró porque nuestra nación surgió combatiendo por la independencia y contra la esclavitud; es decir, por la justicia social. Desde la clarinada de 1868, la unión de la población trabajadora con los patriotas cultivados, procedentes de los sectores pudientes y de las capas medias y profesionales, estuvo en la génesis de la nación. Este proceso adquirió un carácter más radical con la Protesta de Baraguá. Luego la gestión política de Martí, la fundación del Partido Revolucionario Cubano y la reconstrucción del Ejército Libertador marcaron para siempre, con el sello de los intereses de las masas explotadas, la identidad cultural cubana.

Como parte singular y autóctona del género humano —que proclamaron Bolívar y Martí—, echemos nuestra suerte con los pobres de la tierra y proclamemos: “Patria es humanidad”. Sin chovinismos ni aldeanismos, confiamos en que nuestras propias capacidades y talentos nos permitan aprovechar las experiencias y conocimientos de otros, de forma que contribuyamos a conservar y ampliar la diversidad cultural de la humanidad a la luz de los problemas y logros de la contemporaneidad, sin perder la identidad como pueblo y nación. Seremos fieles al consejo martiano: “Injértense en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas”. He ahí la respuesta cubana a las pretensiones hegemónicas del imperio.



Simón Bolívar y José Martí: EL DESPERTAR DEL SUEÑO AMERICANO

CARLOS RODRÍGUEZ ALMAGUER

IDEAS

Tenía la valentía del que lleva una espada;
Tenía la cortesía del que lleva una flor;
Y entrando en los salones arrojaba la espada,
Y entrando en los combates arrojaba la flor.

LUIS LLORENS TORRES

Cuando a la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830, en la finca San Pedro Alejandrino, Colombia, dejaba de existir Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacio, se completaba un ciclo fecundo en la historia de Nuestra América. El Libertador había vivido cuarenta y siete años, cuatro meses y veintitrés días. En tan breve período, el pensamiento americano había adelantado cien años, y dejado en escombros tres siglos de una cultura basada en el coloniaje, la superstición y el vicio.

Entonces nació para este continente el símbolo, el mito, la leyenda con cuyo manto se han cobijado a lo largo de estos más de ciento setenta años los hombres que de buena voluntad han querido continuar su obra o simplemente emularlo; sin embargo, como suele suceder, este manto mítico ha servido, sobre todo, para encubrir a demagogos, políticos venales y a cuantos rufianes y oportunistas han invocado su nombre y sus ideas para intentar legitimar atropellos y desmanes contra los pueblos nacidos, protegidos y amados por aquel gigantesco fundador.

Como todas las grandes figuras de la historia, Bolívar ha sufrido de las mutaciones, calumnias y tergiversaciones que sobre ellas lanzan los envidiosos, quienes tienen dientes verdes; pero ya sabemos que los dientes no hincan en la luz.

En lo que resta del siglo XIX y gran parte del XX, Bolívar fue, prácticamente, olvidado por Europa y los Estados Unidos. Solo unos pocos lo recordaban con respeto: Wellington, Lord Byron, el varón de Humboldt, y Goethe, quien fijó con alfileres sobre su puerta la biografía del héroe. Don Miguel de Unamuno lo llamó "Uno de los miembros espirituales sin el cual la humanidad quedaría incompleta."¹

Cuando iban a cumplirse veintitrés años de la muerte de Bolívar, nace en La Habana quien habría de reivindicar con toda la fuerza y originalidad de su existencia la memoria del Padre Americano: José Martí. El cubano llena el vacío en que había estado sumergida la época triste, que sucedió a aquella irreparable pérdida. Del brazo de Heredia y de Olmedo, en las tertulias de Mendive, debió entrar Martí al universo de Bolívar, y a través de aquellos periódicos, que ocultos "[...] como crímenes, llegaban a nosotros; como eran buscados con afán, y leídos a coro, y guardados con el alma [...]!"² Rescata, ya en su prematura madurez integracionista, la imagen verdadera de Bolívar, limpiándola de manchas y de halos que la

distorsionaban, y de aquellas comparaciones tendenciosas que se hacían entre El Libertador y otras figuras destacadas de la historia, como Napoleón y, principalmente, Washington.

La admiración que siempre sintió por el héroe de Mount Vernon, no alcanzó a empañarle el juicio sobre el "héroe volcánico del sur", y luego de algunas comparaciones necesarias en sus días mexicanos y neoyorquinos, y a medida que su conocimiento de la obra de El Libertador se profundizaba y, con él, su juicio al respecto, dejó sentado que el norteamericano fue "menos infortunado que Bolívar, porque fue menos grande".³ Y esta apreciación no puede atribuirse a un apasionamiento ofuscador, sino a un minucioso y dialéctico análisis histórico de los sucesos y las condiciones objetivas en que tuvieron lugar. Varias veces se refiere Martí a la enorme diferencia que hubo entre el proceso independentista de las Trece Colonias inglesas, apoyado por franceses y españoles —entre los que figuraba *El Precursor*, Francisco de Miranda, quien había ido como ayudante del general Juan Manuel Cajigal —nacido en Cuba y capitán general de la Isla— y la lucha desgarradora y casi solitaria que habían tenido que librarse los patriotas suramericanos contra el imperio colonial de España —a la vista de unos Estados Unidos impasibles y calculadores, que miraban desangrarse lo mejor de un continente.

Clara está ya para Martí la diferencia de orígenes de las dos Américas y, sin regatearle méritos a la anglosajona, clama porque en nuestras tierras aparezca

[...] un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo.⁴

En sus escritos mexicanos, guatemaltecos y, especialmente, venezolanos, está trazado el *deber ser* de la nueva cultura que necesita la América bolivariana para estar a la altura de su héroe y del tremendo y complejísimo proceso de formación de lo que en esta época era, sin estar aún completa. "Ni será escritor...", es una muestra de lo que propondría de forma más explícita y profunda en "El carácter de la *Revista Venezolana*", que alcanzaría su punto culminante en la síntesis de su programa americano, condensado en el ensayo "Nuestra América", que sería publicado en 1891.

Resulta admirable, para los jóvenes que con reverencia nos acercamos a estas páginas en los albores del siglo xxi, la forma realista y respetuosa con que se produce la recepción martiana de Bolívar. No es para el cubano un hábito saludable divinizar a aquellos cuya mayor grandeza es, precisamente, su propia humanidad. El Bolívar que Martí descubre y enarbola

[...] no es el héroe sin pueblo que ha propuesto parte de la historiografía burguesa, para consumo aberrante del propio pueblo, que no se siente reflejado en tan falso engendro. En Martí, Bolívar es un héroe popular, porque en él no hay menosprecio al pueblo que fue la base de su acción triunfante.⁵

No fue tampoco el caraqueño aquel santo varón al que no le mordieran las pasiones y tempestuosidades propias del ser humano. Por el contrario, el Maestro acentúa la dimensión superior del hombre al sobreponerse a su propia naturaleza, dejando atrás escollos tan difíciles de salvar por cuanto van en nosotros mismos y muchas veces no podemos o no queremos verlos —o nos resistimos a ello. Vencerse a sí mismo ha sido siempre el mayor reto de los hombres, en el que casi siempre han salido derrotados aun los más grandes caudillos. Quienes han podido subordinar el *ser biológico*, instintivo, al *ser ético*, como superior sentido de la existencia humana, han quedado en la memoria como faros, señalando el camino de la vida.

La tesis martiana de que todo hombre lleva en sí una fiera dormida, pero que el llevar las riendas de sí mismo —educación, cultura y capacidad de amar— lo convierte en una fiera admirable, es empleada por él de forma magistral para convertir en virtudes, o en catalizadoras de ellas, aquellas explosiones de carácter que habían sido hasta entonces —y son todavía hoy— consideradas por algún que otro timorato y unos cuantos ingratos y envidiosos, como los peores defectos de aquellos magnos hombres.

Los que entran a la Historia con el dedo levantado son los acusadores del Santo Tribunal de la Ignorancia, y Martí nos enseñó que eso es pecado. Hay hombres que perviven en su tiempo y es necesario ir hasta ellos para verlos actuar y comprenderlos. Hay otros que, de pie sobre su tiempo, lo han trascendido y siguen siendo nuestros contemporáneos. Este es el caso de El Libertador y del propio Martí. El segundo, al acercarse a la obra de hombres como Bolívar, San Martín, Céspedes y Agramonte, nos enseñó que, a la hora de analizar a estos fundadores de pueblos, es necesario hacer la cuenta de sus virtudes y dejar a los desagradecidos la cuenta de las manchas, cuyo resultado nunca sería mayor que el de la primera. Nos enseñó que los hombres no pueden ser más perfectos que el sol, y que por ello había que honrar a todo el que puso su mano y su sangre en el edificio de la libertad americana, porque todo el que sirvió es sagrado.

En *La Edad de Oro*, les dice a los niños de América que esos héroes, a veces quisieron lo que no debieron querer, pero qué no le perdonará un hijo a su padre. Igualmente al describirnos la reacción del pueblo norteamericano ante los negocios turbios en que había sido envuelto por un cuñado y un banquero el general Ulises Grand, Martí expresa su acuerdo con esta actitud diciendo que tanto aman los pueblos a sus héroes, que hasta se alegran a veces de que se equivoquen, para tener el placer de perdonarlos.

Una lección permanente de lo que debe ser el historiador y el estudioso revolucionario, es su artículo "Céspedes y Agramonte", donde elimina la vieja contradicción de la Guerra Grande —nacida de dos formas distintas de ver la organización de la República en Armas—, semejante a la que, después, enfrentaría al propio Martí y al general Maceo el 5 de mayo de 1895, en La Mejorana. Martí los levanta a la misma altura: destaca de Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud, para terminar haciendo de ambos un todo, en una sobrecogedora y americanísima imagen —que se repetirá, también, al describir a Heredia—, donde el primero es como el volcán, que nace tremendo e imperfecto de las entrañas de la tierra, y el otro es como el espacio azul que lo corona. Esos héroes, dice Martí, son soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y respeto. Librenos a los jóvenes, esta lección, de hacer en el futuro servicio al enemigo fungiendo como *perestroikos* posmodernos o —como diría Martí— pecar, por falsa erudición, de póstumos encلنques del dandismo literario del segundo imperio.

La recepción martiana de Bolívar no acontece de manera acrítica, como ya hemos apuntado; Martí estudia al Libertador, lo analiza a la luz de los hechos concretos con la lupa infalible de la honrada gratitud, y lo asume allí donde los tiempos lo imponen. Comprende en qué aspectos debe superarlo, porque las limitaciones de aquel fueron las limitaciones de su tiempo, aunque, de conjunto, Bolívar no cupo en su época. El héroe de Junín señalaba cuál debía ser el camino, y lo mostraba a partir de su propia actitud. Por eso el Apóstol nos lo pinta vigilante y ceñudo en el cielo de América, "sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía."⁶

Sobre los pilares de la ideología bolivariana, Martí levanta un cuerpo teórico nuevo como los tiempos donde había de aplicarse. Señala a los pueblos los lados flacos de las luchas pasadas, fruto de diversas y complejas circunstancias, y les señala el deber de superar los viejos escollos. Comprende la necesidad de que las ideas, para que pudieran triunfar, debían ser asumidas por la masa que las defenderían y mantendrían. Ya estaba para él claro que, por una parte, los pueblos eran los verdaderos jefes de las revoluciones, y por otra, que los pueblos suelen ponerse en los momentos de mayor peligro, en las manos de un hombre, reconociendo dialécticamente el papel del individuo en la historia. Habían quedado atrás los tiempos en que los nobles y bravos, pero ignorantes, llaneros venezolanos, quienes habían seguido ciegamente primero al sanguinario Boves y, después de la muerte de este, al catire⁷ José Antonio Páez, creían al segundo un ser sobrenatural, que moría y volvía a vivir, porque no conocían que el Catire Páez padecía de epilepsia. Si bien aún en los tiempos de Martí, distaban mucho la educación y la cultura de estar a la altura de los tiempos, algunos avances habían tenido las repúblicas nacidas de la epopeya iniciada en 1810. En esta época, Porfirio Díaz en México, Justo Rufino Barrios en Guatemala, Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, con métodos poco ortodoxos y muy cuestionables, hacían avanzar de alguna manera esas naciones.

Comprendiendo esta realidad, días antes de su célebre discurso en homenaje al Libertador, Martí escribía en *Patria*:

Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia: su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural: mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo, y obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agradar menos a los petimetros literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia.⁸

Y, cotejando estas reflexiones con la necesidad de lograr la añorada integración de nuestros pueblos en esa gran república que soñaba el cantor del Chimborazo, al analizar el papel desempeñado por Morazán en el intento de unir las cinco repúblicas centroamericanas en una sola, Martí expresará: “[...] las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas ni por la fuerza del genio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres.”⁹

En nuestras tierras, commocionadas por el drama de la independencia, donde las batallas más que libertar territorios consolidaban naciones, era imprescindible purgar a vena abierta los venenos con que trescientos años de coloniaje habían enturbiado la sangre del hombre americano.

En 1959, al cumplirse cuarenta y cuatro años de la caída en combate de Martí en Dos Ríos, triunfa en la Isla, donde crecen las palmas la Revolución de Fidel. Era esta la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura proclamada en el *Manifiesto de Montecristi* aquél 25 de marzo de 1895. Era el inicio de una intensa resistencia y de luchas de todo tipo contra el norte revuelto y brutal, que convertiría en realidad, a la vuelta de cuarenta y cinco años, aquella visión martiana de que Cuba sería la futura universidad americana.

Fidel había retomado a Martí en el punto donde las condiciones se lo exigieron; lo examina, lo conoce, lo asume y lo supera allí donde el Maestro mismo ha señalado. Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su Centenario, que su memoria se extinguiría para siempre. “¡Tanta era la afrenta!”, se dolía Fidel en *La historia me absolverá*. Y por un escrito rebelde hubo un 26 de julio; por un “Presidio político” hubo un Presidio Modelo; por un destierro español hubo un exilio mexicano; por un *Nordstrand* hubo un *Granma*, y por un 11 de abril hubo un 2 de diciembre. Al final, las montañas y los ríos, la exuberante naturaleza cubana, completaron la escena que se repetía un siglo después. Solo que, en lugar de un 19 de mayo, hubo esta vez un primero de enero desde el que avanzó Martí en el nombre y el espíritu de la madre de las columnas rebeldes que comandaba Fidel. Y comenzó la historia que aún no hemos concluido.

Cuando iban a cumplirse ciento sesenta y dos años de la muerte del Libertador, una rebelión de soldados bolivarianos en su natal Caracas quiso reivindicar el principio expresado en la *Carta de Jamaica*, donde el triunfador de Carabobo prescribe que “[...] el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma

de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.”¹⁰ No se logró el objetivo, “por ahora”, como expresó al país ante las cámaras de la televisión el teniente coronel de Paracaidistas, Hugo Rafael Chávez Frías, jefe de los sublevados. Y por un destierro hubo una peligrosa prisión; por una campaña admirable hubo una admirable campaña electoral, un referendo constituyente, una nueva constitución, que integró al cuerpo oficial de la república el nombre de aquel que se la sacó de sus entrañas; y una nueva elección, que consagró al soldado heredero de Bolívar al frente de la nación madre de América. Proceso heroico donde el pueblo venezolano, por fin, echó a un lado los partidos que aquel “hombre solar”, como lo llamó Martí, había querido deshacer con su muerte en aquella dolorosa y última proclama dirigida a sus compatriotas, donde, en acto supremo de humanismo, perdona a los enemigos que lo habían conducido al sepulcro, y pide que se consolide la unión.

Las misiones que hoy se desarrollan en la nueva Venezuela, bajo la dirección del comandante en jefe Hugo Chávez; la Batalla de Ideas que es una revolución radical dentro de la revolución radical del Comandante en Jefe Fidel Castro, con más de ciento setenta programas que revitalizan a la nación cubana; la revolución contra la pobreza y la corrupción que lleva a cabo el obrero metalúrgico Lula da Silva, en el Brasil de Tiradentes; las luchas de los indígenas ecuatorianos; los cocaleros bolivianos de Evo Morales, quienes continúan las luchas donde las congeló la muerte del comandante Che Guevara; el despertar de los revolucionarios del Paraguay del doctor Francia; la resurrección de la Argentina de San Martín; y la nueva oleada de revolucionarios que, día a día, crece en todas partes de esta América nuestra, evidencian que estamos otra vez en tiempos de “reenquicamiento y remolde”, al decir de Martí, donde los sueños del Libertador y del Apóstol renacen como si el Gran Semí, sentado en el lomo del cóndor, continuara regando, del Bravo a Magallanes, por las repúblicas románticas del continentes y las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva.

¹ Francisco Pividal Padrón: “Bolívar: sus últimos días”, en *Granma*, 17 de diciembre de 1974.

² José Martí: *Obras completas*, t. 7, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, p. 287.

³ *Ibidem*, t. 19, p. 141.

⁴ *Ibidem*, t. 6, p. 352.

⁵ Salvador Morales: “El bolivarianismo de José Martí”, en *Cubanos bablan y cantan a Bolívar*, La Habana, Editorial José Martí, 2002, p. 252.

⁶ *Ibidem*, t. 8, p. 241.

⁷ Rubio.

⁸ *Ibidem*, t. 8, p. 252.

⁹ *Ibidem*, t. 4, p. 193.

¹⁰ Simón Bolívar: *Carta de Jamaica*.

Y mi honda clase de Amor

FUENTES BÁSICAS DE LA RETRATÍSTICA MARTIANA

MATILDE TERESA VARELA ARISTIGUETA

Resulta imposible comprender la hondura de las caracterizaciones realizadas por José Martí, si no se atienden las influencias recibidas de lo más raigal de la literatura clásica griega y romana, sobre todo, cuando se conoce su interés por el mundo clásico a través de sus propias referencias, cuando en el *corpus* de su producción se registran alusiones a autores, a obras y a la majestad de la época que las engendró.

Según el índice onomástico de sus *Obras completas*, Cayo Tranquilo Suetonio, el autor de *Vida de los doce césares*, aparece en cuatro ocasiones de forma expresa; en tanto Plutarco de Queronea, el autor de las *Vidas paralelas*, se menciona siete, dos de las cuales aluden a su comentario sobre este autor en *La Liga*, y otra aparece en *La Edad de Oro*, en la que expresa sus consideraciones sobre el héroe. Se perfila con nitidez que, unido a lo eminentemente clásico, son tenidas en cuenta por el Apóstol, otras características que en la propia historia de la biografía como género, aparecen advertidas para períodos posteriores a Martí.¹

Existe generalidad en considerar a Suetonio y a Plutarco exponentes principales de la biografía de la antigüedad. El eminente historiador argentino José Luis Romero, en su estudio preliminar a la *Vida de los doce césares*, alude a que Suetonio rechaza la biografía que propenda a la creación de un arquetipo capaz de alejar al hombre retratado del realismo esencial que debe acompañarlo.

En la producción martiana, los *Cuadernos de apuntes* constituyen páginas de obligatoria consulta para penetrar en sus reflexiones más íntimas, o en aquellos contenidos que la obra mayor de la patria impidió que el Maestro desarrollara a plenitud. Precisamente, será en estos escritos donde aparezcan más referencias a la obra de Plutarco y Suetonio, los más reconocidos autores de biografías de la antigüedad.

Se sabe que no solo aparecen menciones a Plutarco en la obra martiana, sino, también, que les habló acerca de él y de su obra a sus alumnos de *La Liga*, como de igual modo se refería a los hombres notables de América. Al respecto, resulta interesante el testimonio de uno de sus discípulos:

Delante de nosotros pasaron todos los grandes hombres de nuestra América con su trabajo creador: Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Sucre, Morazán, Toussaint. Y de nuestra Cuba y de nuestro Puerto Rico, ¿qué servidor de la patria dejó de ser evocado? [...]²

Sirve la cita anterior como eficaz demostración de la importancia que le confería el Apóstol al conocimiento de la vida de los hombres notables.

A lo largo del decursar de la humanidad —y según recoge Hernán Díaz Arrieta en su estudio preliminar al *Arte de la biogra-*

fía—³ la biografía como género transita por varias etapas. Por ejemplo, en la Edad Media se destaca Jacobo de Varagine, quien contaba la vida de los santos, un tema propio de la época. Pero el punto referencial más importante para la época es, sin dudas, el que marcó ese gran orfebre del discurso biográfico —en este caso autobiográfico— que fue San Agustín, relevante filósofo de la transición de la patrística a la escolástica. Uno de los textos capitales del Obispo de Hipona —infinitamente leído y citado, luego, en claustros conventuales y universitarios mientras la enseñanza escolástica dominó el mundo occidental (y también después, aunque con menos autoridad)— fue su célebre libro *Confesiones*, concentrada autobiografía que traza una evolución a la vez espiritual e intelectiva. Martí, inevitablemente, mencionó varias veces a San Agustín en sus propios textos.

De igual modo, la Edad Media impulsó una vasta producción hagiográfica, destinada, esencialmente, a la lectura religiosa, pero que no deja de ser un factor a tener en cuenta en el desarrollo de discursos biográficos.

No es posible desdeñar la influencia ulterior que tuvo el Siglo de Oro español, con figuras de relevancia para el discurso biográfico, entre las que se distinguen, por solo citar dos nombres imprescindibles, Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo.

Igualmente, el Apóstol alude a Giorgio Vasari, el eminente autor de *Vidas de arquitectos*, obra que en el Renacimiento, además de sentar bases para una valoración novedosa de la arquitectura como arte, dio continuidad al interés por la biografía.

Toda esta fascinación permanente despertada por la obra biográfica no se asienta en una inmovilizada manera de referir vidas, sino que se reanima: evoluciona y se enriquece en matices. De aquí la importancia de que Martí aluda al gran orador francés del siglo xvii, Jacques Bossuet, cuyos muy famosos discursos epidicticos a la muerte de la Reina Enriqueta de Inglaterra, de su hija la Duquesa de Orleáns y del Príncipe de Condé, constituyen verdaderas joyas, a la vez, del arte oratorio y del arte biográfico, por su integración espiritual de poesía y eticidad — fusión que, si en efecto se detuvo en sus discursos obituarios, habría sido un elemento magnético para el gran cubano. También Martí tiene en cuenta, y alude, a Jean La Bruyère, uno de los más importantes fundadores de la psicología con *Los caracteres*, obra que, por otra parte, es heredera de las reflexiones de Teofrasto.

En este rápido y escueto panorama de posibles fuentes de la retratística martiana, hay que mencionar en el siglo xviii a Samuel Johnson, quien especialmente merece atención por su obra *Las vidas de los más célebres poetas ingleses*. Unido a él, resalta la figura de James Boswell, su biógrafo: ambos son mencionados por Martí. Es interesante notar que de nuevo sea en los *Cuadernos de apuntes* y en *La Edad de Oro* donde aparezcan, mayoritariamente, estas alusiones. Así sucederá con Tomás Carlyle, a quien Martí con toda seguridad leyó.

Resulta difícil entender la conformación de los retratos martianos, sin atender al autor de las *Vidas...*, puesto que, como ha sostenido la doctora Ana Cairo

Martí se apropió del arte composicional de Plutarco. Reutiliza las escenas dramatizadas; las hace autónomas, discontinuas con respecto al eje cronológico o espacial. Recrea momentos diferentes de una trayectoria vital. Organiza las escenas a modo de planos yuxtapuestos [...].⁴

y mi horizonte a la de David

Ese poseer un estilo, que hace vivir la existencia de los hombres que retrata, también había encontrado expresión plena en los escritores románticos, como en Carlyle y su *Tratado de los héroes*. El inglés establece un conjunto de tipos heroicos, que, en su opinión, agrupan las distintas tendencias humanas. Así aparecen el héroe-divinidad, el héroe-profeta, el héroe-poeta, el héroe-sacerdote, el héroe-literato, hasta concluir esa galería de hombres magnos con el tipo del héroe-rey.

Sería ingenuo admitir que Martí leyó a Carlyle y no considerar una influencia, al menos posible, del inglés sobre el cubano. Ello es innegable, tanto, que en la propia indicación legataria a Gonzalo de Quesada, donde lo instruye en la forma de organizar sus obras, coloca bajo el título de "Hombres" las semblanzas que realizó con evidente intención de diferenciar esos escritos del resto y de resaltar a los héroes latinoamericanos —cuya majestad, adquirida por su actuación, fuera comúnmente hermoseada por Martí.

Entre las alusiones a cubanos que se articulan, perfectamente, con el tipo de héroe-rey —por ser, en esencia, conductores de pueblos— se encuentran las de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte: aparecen en un texto donde el paralelo que Martí establece entre ambas personalidades, evidencia la alternancia de características que pueden, asimismo, ser aplicables a otros tipos de héroes. De Céspedes dijo:

Asistió en lo interior de su mente al misterio divino del nacimiento de un pueblo en la voluntad de un hombre, y no se ve como mortal, capaz de yerros y de obediencia, sino como monarca de la libertad, que ha entrado vivo al cielo de los redentores.⁵

Varios ejemplos de latinoamericanos pueden ofrecerse. Se alza entre ellos, sublime, la figura de Bolívar, de quien se advierte una gradación ascendente hasta llegar al soberbio discurso martiano en su honor, de 1893, en el cual el Apóstol apunta: "Como el sol llega a crecerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasi. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él".⁶ Evidentemente está simbolizado como el héroe-rey, que está al frente de un grupo de hombres, solo que en el análisis sobre Bolívar, como en otros tantos, se revela que los héroes martianos tienen como rasgo distintivo su condición de ser sujetos falibles.

La obra de Tomás Carlyle es punto de referencia para toda una época. Es probable advertir alusiones a ella en otros autores de biografías y retratos. Hay que señalar, por otra parte, la existencia de toda una revista dedicada con exclusividad a la presentación de semblanzas biográficas: *Les contemporains* (*Los contemporáneos*), que tuvo una existencia relativamente extensa en la Francia del siglo XIX, y dio cabida a grandes retratos de personajes de la vida política, artística y científica francesa, desde el siglo XVIII hasta finales del siglo XIX.

Igualmente, es necesario tener en cuenta la labor específica de otros escritores que concedieron atención al discurso biográfico y, en particular, al retrato periodístico: tal es el caso del francés Paul Bourget, quien se distinguió no solo como novelista, sino, también, por su marcado interés en el tratamiento de la sicología humana, tanto, que no solo lo expresó en los personajes de múltiples de sus novelas, sino que llegó a escribir y publicar *Ensayos de sicología contemporánea* (1883). Si se observa la fecha, evidentemente tanto estas obras como *Retratos de escritores*, del propio autor —recopilación de retratos periodísticos—, tuvieron

resonancia internacional justamente en la época de maduración creativa de José Martí. En el último libro mencionado —que, se sabe, fue leído y anotado al margen por Martí— predomina el acercamiento a la labor creativa de autores como La Fontaine, Lamartine, Víctor Hugo y Gustave Flaubert, entre otros.

En su manera de retratar, Bourget hace mención, de modo escaso, a los rasgos físicos, en tanto su análisis se concentra en ofrecer el modo de creación del personaje caracterizado, sus relaciones y la aceptación social de su obra. Sigue a Carlyle, y considera real la existencia del héroe-literato; le da espacio en sus valoraciones. Aquí la figura de Hugo se alza como paradigma. Resulta alentador saber que, tiempo después, fuera justamente solo con Víctor Hugo con quien se podría comparar a Martí, en la fuerza de sus bramidos y en la autenticidad de sus escritos.

Semejante interés por el hombre, hizo que Martí se detuviera en figuras descollantes del mundo literario, y que las considerara no solo como héroes, sino, también y de modo muy especial, como símbolos de lo más elevado del espíritu humano.

La presencia de Martí en los Estados Unidos fue decisiva para su formación político-cultural, para su radicalización ideológica. Se interna en la sociedad norteamericana teniendo asentada en su memoria la noción de una Latinoamérica colonizada, básicamente agraria y seguidora de modelos europeos. Lo que entonces se le presenta es un vasto experimento social, que se levanta, además, amenazante contra el resto de América.

El acercamiento martiano a esta nación se realiza, se sabe, no solo en la búsqueda de sus cimientos políticos —los que observa con agudeza de periodista—, sino de modo particular, por esta labor retratística, en un buceo hacia los cimientos culturales de la nación. Constituye un foco importante el estudio de aquellas figuras intelectuales en quienes se manifiesten más raigalmente los rasgos distintivos del país. La cúspide de esa expresión es para él la figura de Ralph Waldo Emerson, el pensador norteamericano que más admira, quien es el umbral que le permite el acceso a la cultura estadounidense. En el texto que Martí escribe a su muerte, alude a *Hombres simbólicos*, que constituye un conjunto de ensayos emersonianos sobre tipos humanos, exemplificados en: el filósofo, el místico, el escéptico, el poeta, el hombre de mundo o universal y el escritor. Esta obra le confiere al pensador un lugar importante en la formación intelectual de Martí. Indudablemente los textos martianos sobre Grant y Garfield, por ejemplo, son muestra de "los hombres simbólicos". Emerson es, a no dudar, savia nutritiva de la cultura del Maestro.

Martí toma de la forma clásica de biografiar, pero la rebasa. No se aparta de la estructura de creación de Plutarco, en tanto no se aleja a gran distancia.⁷ En Martí encontramos interpretación, sugerencia, alusión, lo que hace que, mediante sus héroes, se realicen múltiples inferencias acerca de la utilidad de estos hombres, de su función de servicio, y se delineen sus retratos como modelos a seguir, por lo que llegan a convertirse en recursos semióticos altamente provechosos para la tarea fundacional americana del Apóstol.

De manera diferenciadora respecto a otros autores, Martí distingue esencialmente la pertenencia de sus retratados a sus respectivas realidades históricas. Sus hombres no solo están socializados sino que sus actitudes responden a sus medios: piénsese en Heredia y Whitman, en Céspedes y Bolívar, en Cecilio Acosta y Emerson.

y mi horizonte a la de Martí

No fue el fin de las semblanzas martianas penetrar en la personalidad con la intención de estudiar a otros hombres como sujetos sicológicos. Esa es una matización complementaria en él, para quien el propósito fundamental será ponderar el mérito de modo que sirva de patrón de conducta y promueva la elevación de la virtud en sus semejantes. No obstante, resulta prudente aludir, someramente, a la genialidad del Apóstol para, sin ser un profesional en el abordaje de aspectos de la espiritualidad humana, del mundo subjetivo del hombre, lograr penetrar en él de manera renovadoramente adelantada para su tiempo, en momentos en que la ciencia sicológica era aún naciente.

Los rasgos esenciales del biógrafo moderno se encuentran en la concepción martiana de las semblanzas, sobre todo en el caso de los grandes retratos, pero también se advierte en el aliento de cercanía con que presenta a los héroes cotidianos —retratos que se insertan en *Patria* y corresponden a modestos emigrados cubanos.

Múltiples han sido las maneras que se han empleado para caracterizar a los hombres. Es habitual que estos escritos aparezcan en libros especialmente dedicados a ello. Con Martí no sucede así. Será el periodismo su medio de expresión, y este es un dato para atender, pues a las características que tiene el escritor moderno, se le suman las propias de esta labor que fueron capaces de favorecen el desarrollo de aquellas al punto de anunciar el carácter martiano de precursor también en la retratística.

De la labor de Martí periodista, basta expresar con sus propias palabras su concepción de la prensa como instrumento formador, y no solo informador, de manera que lo ideológico prevalezca. Esta idea le acompañará desde *El Diablo Cojuelo*, alcanzará su punto más elevado en los momentos en que el creador-periodista también lo alcanza, será la más alta expresión de su condición de formador-informador con la creación del periódico *Patria*.

Desde que el 18 de octubre de 1868 se pone en circulación el primer periódico de las fuerzas insurrectas, *El Cubano Libre*, comienza una larga, sistemática, por momentos inestable, historia de la prensa mambisa, en alternancia con la prensa oficial. A partir de ese momento se pondrá de manifiesto la misión que le atribuye Nydia Sarabia al periodismo. El siglo de las gestas independentistas en Cuba, contó —no podía ser menos— con una amplísima producción de discursos biográficos en sus distintas variantes: biografías, autobiografías, memorias, diarios. Era una época en que había una conciencia muy directa de que se estaba haciendo historia a través de las vidas mismas, y, por ello, la vida se convertía en objeto de intensa y múltiple escritura.

Es la época en que, por citar solo algunos ejemplos cimeros, aparecen obras como la semblanza del padre José Agustín Caballero, por José de la Luz y Caballero; de *Hombres del 68*, de Vidal Morales, y de *Oradores de Cuba*, de Manuel Sanguily. Son no solamente discursos de importancia histórico-literaria, sino, en primer término, alimento directo de la emergente cubanía. Otros autores y textos se destacan, sin que aquí puedan ser mencionados todos. Son los casos de Enrique Piñeyro, con sus libros sobre biografías o semblanzas de patriotas latinoamericanos, así como con sus críticas literarias; de Manuel de la Cruz, con sus *Cromitos cubanos*; y de Manuel Sanguily, con sus trabajos sobre figuras excelsas, entre las que descuelga su biografía de Luz y Caballero. En todos ellos se revela un marcado carácter hechológico, en el seguimiento de las

acciones de los caracterizados, y una afincada intención de mostrar las más notables figuras artísticas y patrióticas. El periodismo cubano decimonónico se distingue por contar los hechos pero, también, por hacer la descripción de sus hombres, cuya presentación de ese "otro" que ha ido surgiendo en el entorno en fundación.

Martí comprendió la complejidad del hombre como totalidad, como conjunto, pero asimismo llegamos a vislumbrar su precocidad analítica ante su gusto por juzgar los hechos y censurar el error —no al hombre en sí—, lo que lo acerca a los postulados más actuales sobre la comunicación asertiva, que tiende al establecimiento eficaz de empatía entre los hombres.

Estas consideraciones se corresponden con la función del periodista que pretende descubrir al hombre como "noticia" a comunicar. Lo más autóctono del decoro, como adorno espiritual, ha acompañado a esos hombres que han merecido quedar recogidos en la historia, bien sea por la grandeza de su genio, por la utilidad de su virtud, o por la función de servicio que hayan desempeñado. Por estas razones, es imprescindible el detenimiento en los retratos martianos de los padres fundadores de la América nuestra, como también en los del hombre común, pero virtuoso, que coloca como modelos. Sirvan de sostén a este aserto sus propias palabras:

Patria se ve en muchas penas, le sobra alma y le falta espacio [...] Tiene que enseñar por Cuba el alma con que vivimos, y mostrarle cuanto en prudencia sea mostrable de lo que hacemos [...] Tiene que poner en formas miles el alma sensata y generosa con que preparamos la nueva época de la revolución, y quiere honrar a los buenos, contar sus vidas, propagar el modo de pelear con éxito la libertad [...] levantar un pueblo. *Patria* prepara empresas mayores, porque para todo basta el patriotismo que la anima [...] Mientras tanto, anuncia aquí que —sean cualesquiera los trabajos que en ella se acumulen—, cada número llevará, como una serie gloriosa, el estudio de uno de nuestros grandes caracteres [...] El rico que cumplió con su deber [...] y el pobre que cumplió con su deber [...] Hermanar es nuestro oficio.⁸

En efecto, de la mano de la tradición, con la cercanía de la modernidad, con la fuerza de la virtud, por la vía del periodismo, es posible adentrarse en ese mundo poco estudiado de los hombres retratados por José Martí.

¹ Cfr. André Maurois: "Aspectos de la biografía", *Obras completas*, Barcelona, Plaza Ginés Editores, 1962, pp. 1198-1204.

² J.M. González: "El Maestro", *Hombres*, p. 30.

³ Cfr. Hernán Díaz Arrieta: "Selección y estudio preliminar", *Arte de la biografía*, Buenos Aires, J.M. Jackson inc. Editores, 1948, pp. IX-XXXVI.

⁴ Cfr. Ana Cairo: "Martí, Las Casas y los apóstoles de la justicia", *El padre Las Casas*, La Habana, ed. crít. Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 68.

⁵ José Martí: *Obras completas*, t. 4, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 360.

⁶ *Ibidem*, t. 8, p. 243.

⁷ Cfr. Hernán Díaz Arrieta, op. cit., p. XIII.

⁸ José Martí, *op. cit.*, t. 5, pp. 52-53.

JOSÉ MARTÍ: RAZÓN DE SER

IBRAHIM HIDALGO PAZ

Pocas horas antes de partir hacia Cuba, donde se ultimaban los detalles organizativos para el inicio de la guerra de liberación anticolonial, José Martí escribió una breve carta de despedida a uno de sus más queridos colaboradores, a quien dijo: "Esté yo aquí o allá, haga como si lo estuviese yo siempre viendo. No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar."¹

Aquel hombre universal, cuyos contemporáneos y las generaciones posteriores llamamos Maestro, nunca se cansó de amar, como recomendaba a su amigo. Había convocado a la guerra, había gestado su órgano dirigente, había contribuido decisivamente a organizar el levantamiento armado, que tuvo lugar el 24 de febrero de 1895, pero en ningún momento hizo llamados al odio contra el pueblo español, o contra quienes en los Estados Unidos o en Cuba aspiraban a supuestas soluciones, que se apartaban de las que él consideraba como la única viable para los problemas del país: la independencia absoluta de toda dominación extranjera. Aquella no podía ser una batalla contra determinados individuos, o contra una u otra nacionalidad, sino contra un sistema de opresión político-económica, el colonialismo hispano, y contra el intento de la gran nación del norte de apoderarse de la mayor de las Antillas. "Cuba debe ser libre, de España y de los Estados Unidos",² había expresado Martí.

El odio irracional contra determinada nacionalidad no podía ser el motivo para la acción de un pueblo que se había integrado a lo largo de su historia con la inmigración española, que le sirvió de raíz y de tronco, al que se sumaron los negros de diversas etnias africanas, asiáticos de procedencias disímiles, como de variados lugares fueron los hijos de Nuestra América, los Estados Unidos y Europa, que se fusionaron en aquel territorio favorecido por la naturaleza, lleno de sol, de luz y de verdor. Mala raíz para el futuro hubiera sido convocar a una guerra xenófoba, cuando se intentaba fundar una república donde no se repitieran los errores que otros habían sufrido. Mal podría servir al resto del continente una nación que surgiera agrietada por la división interna.

Otra era la concepción de Martí. En sus proyectos revolucionarios, la libertad de Cuba debería contribuir a la consolidación de la independencia de América Latina para el logro de su unidad. Dijo:

¡Pues en igual continente, de iguales padres, y tras iguales dolores, y con iguales problemas, —se ha de ir a iguales fines! ¡Acelera su fin particular el pueblo que se niega a obrar de concierto con los pueblos que le son afines en el logro del fin general!³

El revolucionario cubano, discípulo de sus predecesores en la larga marcha por la unión continental, tomaba de ellos tanto las ideas luminosas como las experiencias fallidas, y no pretendía en lo inmediato, como Bolívar y San Martín en su época, el vínculo con los Estados en cuanto instituciones políticas. Esta unión se lograría tras la obtención de la prosperidad en cada país y se articularía por agrupamientos parciales, lo que tomaría tiempo. No obstante, Martí avizoró ese momento, como expresó en su discurso durante la conmemoración del centenario de Bolívar, al calificarla como un anuncio: "Eso ha sido en toda América la fiesta. ¡Oh! ide aquí a otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta que va a haber llegará al Cielo!"⁴

Desgraciadamente, la apreciación del Maestro adoleció de

un defecto de cálculo. Ya pasó el segundo centenario, y aún no hay motivo para un convite en las estrellas. Pero se ha avanzado desde entonces en la vía que él propuso como válida en la segunda mitad del siglo XIX: la unión espiritual de nuestros pueblos, el reconocimiento de nuestras identidades y diferencias, y los vínculos cada vez más estrechos en medio de la diversidad.

Quienes han querido separar, aislar a los que tienen que andar juntos, han apelado a todo tipo de artimañas y argumentaciones, han fomentado odios y pasiones, y a veces han logrado sus propósitos; pero más temprano que tarde los vecinos, diferentes en colores y costumbres, en ritmos y hábitos, en tradiciones y naturaleza, han coincidido nuevamente en lo que los vincula y los acerca: el pasado común de esperanzas y sufrimientos, el presente común de aspiraciones y deficiencias. Ya son menos los que desprecian lo ajeno solo por ser diferente. El otro, que ve en nosotros a otro, no nos es ajeno. Tenemos mucho en común y lo que nos falta hemos de alcanzarlo juntos. Martí expresó:



Agustín Bejarano: *Imágenes en el tiempo*, 2004

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?⁵

Estas palabras salían de la pluma de Martí cuando su patria era aún colonia de España. Nada pedía para aquel país que sufría encadenado, salvo el amor y el respeto de sus hermanos del continente. Por su parte, la admiración por el avance de los pueblos al sur del río Bravo se expresaba en cada una de las crónicas que escribía para diversos periódicos del continente. En política, nada tenían estos que imitar de los vecinos del norte ni de territorio alguno de la faz de la Tierra. En su seno tenía el continente nuevo las fuerzas necesarias para su desarrollo independiente; de su pueblo mestizo en lo cultural y en lo étnico surgían las inteligencias que contribuían al desarrollo general y de cada región.

Pero, a la vez, señaló los peligros que se cernían sobre Nuestra América, no advertidos por los políticos imprevisores. Estudió la correlación de fuerzas de su época, y comprendió que el mundo estaba abocado a un desequilibrio que, de no conjurarse, afectaría la estabilidad del continente con el predominio desmedido del norte. Desde principios de siglo, los Estados Unidos habían intentado marcar límites al resto del mundo, atribuyéndose preeminencia sobre el resto de los países de América, como si la soberanía y la independencia de estos le hubiera sido concedida por su gracia y bondad, y no por la decisión, el esfuerzo y la sangre de los americanos del sur. La Doctrina Monroe fue uno de esos engendros con los que intentaron ponerle contenes al mundo. Es por ello que en sus crónicas sobre la Conferencia Internacional Americana, realizada en Washington entre los años de 1889 y 1890, Martí destaca uno de los momentos en que los intereses de América Latina fueron defendidos con mayor elocuencia. Escribió:

[...] cuando el delegado argentino [Roque] Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el Zollverein, la frase que es un estandarte, y allí fue una barra: "Sea la América para la humanidad", —todos, como agraciados, se pusieron en pie, comprendieron lo que no se decía, y le tendieron las manos.⁶

Era la reafirmación del espíritu universal que debía prevalecer en nuestra área, en este mundo nuevo que se libró de un amo y no quería dogal de otro. Ante el apetito confeso de los Estados Unidos de dominar a Nuestra América mediante el desplazamiento de Inglaterra y demás competidores, Martí expone la necesidad del estrechamiento de sólidos vínculos interamericanos. Las disputas en torno a la apertura de lo que sería el Canal de Panamá eran una señal que a nadie debía pasar inadvertida.

El Maestro comprendió que en aquellos momentos, a fines del siglo xix, el equilibrio del mundo dependía de la liberación de Cuba y Puerto Rico, últimas colonias de España en América. El otrora imperio ibérico era ya una potencia decadente, débil frente al pujante desarrollo de los Estados Unidos, que siempre había ansiado poseer a Cuba, cuyo comercio y producción de azúcar dominaba en su casi totalidad. En la década de los años noventa, los grandes países euro-

peos incrementaban sus esfuerzos colonizadores en África y Asia, por lo que los políticos yanquis consideraron el momento oportuno para tomar para sí a la mayor de las Antillas y a Borinquen.

Martí previó las consecuencias que tal hecho acarrearía no solo para su patria —para la isla hermana y para el continente— sino en el plano universal, por lo que alertó:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ella abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.⁷

Con la independencia de Cuba se pondría freno al proyecto imperialista norteamericano de apoderarse de esta parte del mundo, lo que se lograría mediante la destrucción del dominio hispano, y, principalmente, con la fundación de la república nueva, concepto martiano que implica la instauración no solo de un gobierno totalmente distinto al colonial, sino la conformación de un orden diferente, sustento de una sociedad libre de las estructuras de la dependencia —tanto de España como de los Estados Unidos. La república martiana sería antioligárquica, con base de sustentación en el derecho igual de todos los ciudadanos; mediante la participación proporcional de todos los sectores en la gestión de gobierno, con respeto a la voluntad de las mayorías populares; buscaría el equilibrio entre las diferentes clases sociales, entre los disímiles intereses de la sociedad, a fin de evitar el choque enconado de sus elementos constitutivos; se ejercerían limitaciones y controles sobre la administración de la economía, para lograr una disminución de las diferencias entre propietarios y desposeídos; se regularía el desarrollo económico nacional, mediante una agricultura diversificada y sin latifundios improductivos; combatiría todo género de discriminación, ya fuera por motivo de raza, sexo o nacionalidad.

Este proyecto, concebido por el Apóstol a lo largo de su vida de pensador, de creador intelectual y de hombre de acción, no era un sueño sobre ordenamientos supuestamente libres de contradicciones. Él sabía las grandes dificultades que el pueblo cubano tendría que vencer. Al respecto, dijo:

En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.⁸

Resalta aún más la complejidad del objetivo, si tenemos en cuenta que todo cuanto hemos esbozado formaba parte de una concepción que tiene al hombre, al ser humano como centro. El individuo, para Martí, sería protagonista, actor y beneficiario de las transformaciones sociales.

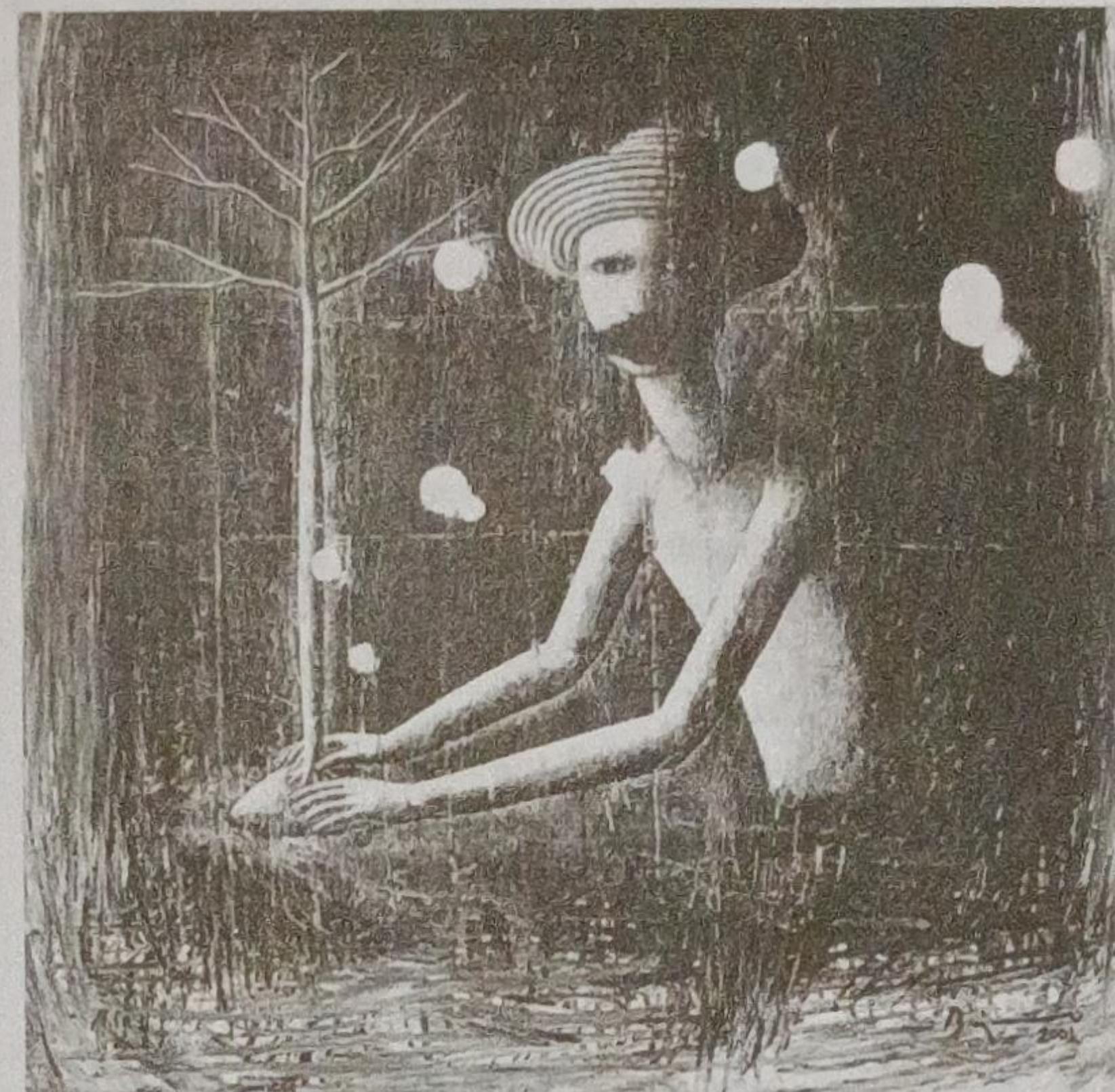
Pero el proyecto martiano de independencia nacional y justicia social quedó inconcluso, pues lo que tanto había temido, sucedió. Las tropas estadounidenses intervinieron en la guerra que ya los cubanos tenían prácticamente ganada contra el colonialismo español, e implantaron la ocupación del territorio, izaron su bandera e impidieron que los dirigentes cubanos participaran siquiera como observadores en la discusión de los tratados con los cuales se puso fin a la contienda.

Cuba quedó bajo un virtual protectorado, con gobiernos sumisos a las órdenes emanadas del norte. Había ocurrido un cambio de amo. Las ideas de Martí cobraron, por tanto, una nueva dimensión, en medio de condiciones que ratificaban su vigencia. Era necesaria la lucha por la identidad nacional, por la reafirmación de lo autóctono frente a los intentos de penetración de ideas ajenas y contra los objetivos de anulación del sentimiento patrio. El Apóstol continuó guiando a su pueblo. Los enfrentamientos a dos tiranías mediante la lucha armada y la movilización del pueblo, permitieron finalmente la victoria sobre las fuerzas al servicio de los intereses foráneos y sus seguidores dentro del país. Cuba pudo proclamar, por vez primera, su total independencia.

El enfrentamiento al poderoso vecino del norte, advertido por Martí, no se hizo esperar. Hoy más que nunca en los últimos decenios es fácilmente comprensible que la pretensión de los intereses más retrógrados dentro del gobierno norteamericano y sus seguidores anticubanos no es contribuir a la incorporación de la mayor de las Antillas al supuesto "mundo libre", sino aplastar las aspiraciones de independencia nacional y justicia social a las que no está dispuesta a renunciar la inmensa mayoría del pueblo de la Isla. No se trata de la solución del diferendo entre Cuba y los Estados Unidos; ni de una polémica entre las ideas sobre el socialismo y el capitalismo, sino que la mayor potencia del mundo intenta retrotraer la marcha de la historia y tomar de nuevo a Cuba, ocuparla con sus transnacionales y anular todo vestigio de las profundas transformaciones realizadas en beneficio de las amplias masas de la población. Lo que está en juego es la defensa de la identidad nacional cubana, que desde mediados del siglo pasado constituye la motivación de todo un pueblo para llevar a cabo la guerra contra el colonialismo español, la oposición al protectorado yanqui, y la resistencia actual contra el intento de hacer desaparecer una nación que tiene pleno derecho a existir. Si no se comprende esto, no se comprende la existencia de la revolución cubana en el momento actual del mundo.

Hoy, una crisis de valores se ha impuesto en el orbe. Han sido destruidos paradigmas e ideales. Tal parece que, para algunos, ha llegado el final del decursar de la historia. Pero después que el polvo del derrumbe de muros que nunca debieron existir se ha aplacado, y luego de que algunos se recuperaron del asombro de ver al universo trastocado, ha venido el momento de la reflexión y el balance, y son muchos los que se preguntan la causa por la que aún no se ha alcanzado la prosperidad, la paz y la estabilidad anunciadas por los heraldos de la mal llamada "democracia occidental" para la etapa posterior a la desaparición del campo socialista. Y, queramos o no, recordamos uno de los textos de Martí:

Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras íntiores, los puños con que escriben.⁹



Agustín Bejarano: *Metáforas de la salvación*, 2001

Estas palabras de Martí corresponden a 1882, cuando la humanidad atravesaba por una etapa de transformaciones profundas, que destabilizaban todas las estructuras de la sociedad.

En este sentido, existen similitudes entre aquel período y la actualidad. Se buscaban explicaciones y vías, como hoy. Los estudiosos del pensamiento martiano hallamos en las ideas del Maestro una fuente de inspiración y una guía válida en la búsqueda de respuestas para las interrogantes contemporáneas. Es obvio que no pretendemos hallar la solución de todos nuestros problemas en las ideas de aquel hombre del siglo XIX, pero sus criterios pueden aportarnos una mejor comprensión de la realidad, en lo que puede haber de semejanza entre los retos que él enfrentó, y los nuestros. Las claves del conocimiento del pasado y el presente no se hallan en ninguna ley, supuestamente universal, que podamos aplicar a la realidad, sino en el estudio sistemático de esta para descubrir las verdades, e interpretarlas adecuadamente.

De este modo apreciamos cabalmente el legado martiano. En estos momentos de crisis ideológica, cuando los enemigos del progreso alientan la creencia en la inviabilidad de todo proyecto de transformación social, podemos hallar en el pensador cubano los fundamentos de una estructura socio-económica a la que él llamó "república justa", "república democrática". Quienes confiamos en la capacidad humana para alcanzar la justicia social apelamos a lo esencial de la concepción martiana como uno de los fundamentos del proyecto de ordenación más acertada de la sociedad, ante el fracaso tanto del modelo capitalista como del socialismo soviético.

La historia no ha concluido con la desaparición de este sistema en Europa. Pero las lecciones que aporta su estudio pueden resultar inútiles si no se admiten las causas internas que llevaron a la destrucción de aquella forma de ordenamiento político-económico. De tal análisis pueden obtenerse múltiples conclusiones, pero la ineludible es que ha de elaborarse un proyecto emancipatorio que

y mi honda elude Madrid

constituya una opción frente al capitalismo trasnacionalizado, que muestra a diario sus fracasos, y frente a aquel socialismo fracasado, que no puede constituir motivo de nostalgia.

La historia no se detiene en ningún punto de negación, ni se halla el género humano en un retorno cíclico. La reimplantación defectuosa del capitalismo en lo que fue el campo socialista equivale al triunfo, por una parte, de la reacción política, y por otra, de la racionalidad tecnológica sobre la negación de las posibilidades infinitas del quehacer humano en las condiciones de libertad e iniciativa creadoras que aquel sistema debió propiciar, pero no lo hizo. Es por ello que en toda propuesta actual que pretenda inducir a la lucha por la justicia social, el hombre ha de ocupar el lugar central que siempre debió tener.

Resulta imprescindible que el proyecto transformador contemporáneo tenga en cuenta el humanismo revolucionario de José Martí, no coincidente con formulaciones que idealizan a los seres humanos, sino como concepción apegada a la realidad. El Maestro expresó que

[...] los pueblos no están hechos de los hombres como debieran ser, sino de los hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie.¹⁰

Martí concibió al individuo como centro de su labor formativa, pues solo el hombre capaz de decidir por sí mismo ante las opciones que se le presentan podrá acometer conscientemente la transformación de la sociedad. Cada uno ha de asumir la realidad y actuar con independencia de criterios a partir del conocimiento de aquella. Esta debe ser una decisión consciente, no un acto de acatamiento sumiso de lo dispuesto por otros. Advierte que la dicha futura se encontrará “en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre”; que la república ha de basarse en la entereza de cada ciudadano, en el trabajo y en el pensamiento propio, lo que para él constituía no solo un derecho, sino un deber: “El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo.”¹¹

Esto hacemos los que, en Cuba, creemos en la posibilidad de crear una realidad nueva y superior, en medio de enormes adversidades. Obviando las diferencias de época y de fines inmediatos, nos hallamos, como pueblo, ante desafíos y riesgos de signos similares a los afrontados a fines del siglo XIX. Están en peligro la independencia, la soberanía y la justicia social alcanzados, y para su defensa han de ser llamados todos, sin distingos ni condiciones no esenciales, para poner coto a los factores adversos, de dentro y de fuera, que se oponen al logro de la prosperidad de las grandes mayorías. La revolución martiana habría de lograr que el bien fuera de todos, y esto hemos de lograrlo hoy.

Para movilizar a las masas tras un proyecto emancipatorio, este ha de tener en cuenta la lección política del Maestro: la sociedad democrática que se postula ha de organizar la producción y la distribución de la riqueza de modo que sean satisfechas las necesidades materiales y espirituales de cada individuo, y ha de alcanzar la genuina solidaridad, al superar el individualismo mediante la potenciación de los valores humanos. Y han de tenerse presentes las palabras que constituyen el núcleo central del pensamiento político martiano:

Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre [...] O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre,—o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños.¹²

Actualmente, los enemigos de lo mejor del hombre tratan de aplastar en este las virtudes y toda posibilidad de mejoramiento humano. Opongamos nuestras esperanzas activas a la arbitrariedad, la explotación y el odio. No permitamos que maten la esperanza. No.

¹ José Martí: “Carta a Rafael Serra”, *Epistolario*, t. V, comp., ordenación cronológica y notas Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, pról. Juan Marinello, Colección Textos Martianos, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. 50.

² José Martí: *Obras completas*, t. 21, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 380.

³ *Ibidem*, p. 164-165. V. Pedro Pablo Rodríguez: “La idea de liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, no. 4, La Habana, Sala Martí, Biblioteca Nacional “José Martí”, 1972.

⁴ José Martí: “El centenario de Bolívar”, *Obras completas*, t. 8, ed. cit., p. 180.

⁵ José Martí: “Guatemala”, *Obras completas*, t. 7, ed. cit., p. 118.

⁶ José Martí: “La conferencia de Washington”, *Obras completas*, t. 6, ed. cit., p. 81.

⁷ José Martí: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América”, *Obras completas*, t. 3, ed. cit., p. 142. V. Ramón de Armas: “Acerca de la estrategia continental de José Martí. El papel de Cuba y Puerto Rico”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 7, 1984.

⁸ José Martí: “Los pobres de la tierra”, *Obras completas*, t. 3, ed. cit., p. 304-305.

⁹ José Martí: “El Poema del Niágara”, *Obras completas*, t. 7, ed. cit., p. 225. V. José Olivio Jiménez: “Una aproximación existencial al ‘Prólogo al Poema del Niágara’ de José Martí”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, no. 2-3, Madrid, 1973-1974.

¹⁰ José Martí: “La guerra”, *Obras completas*, t. 2, ed. cit., p. 62.

¹¹ Las frases citadas se hallan, en este orden: José Martí: “El tercer año del Partido [...]”, *Obras completas*, t. 3, ed. cit., p. 139; “Hombre del campo”, *Obras completas*, t. 19, ed. cit., p. 381. Sobre este tema, V. Nöel Salomon: “El humanismo de José Martí”, *Cuatro estudios martianos*, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, La Habana, 1980; y Vybhā Maurya: “El humanismo de José Martí y Mahatma Gandhi”, en *Anuario de Estudios Martianos*, no. 10, La Habana, 1987.

¹² José Martí: “Discurso en el Liceo Cubano, Tampa”, *Obras completas*, t. 4, ed. cit., p. 270.

EL CÓMO Y EL PORQUÉ DEL ISMAELILLO

RAMIRO VALDÉS GALARRAGA

Numerosos trabajos, artículos y análisis del valor poético del *Ismaelillo*, famoso poemario precursor de la época moderna en el género, han sido producidos por eminentes intelectuales cubanos y extranjeros, pero poco se ha escrito en cuanto a las causas que motivaron la concepción de tan extraordinario aporte a la literatura universal.

El propósito de este trabajo es referirse, exclusivamente, a los móviles que indujeron al autor a escribirlo, para lo cual nos hemos apoyado en comentarios del propio Martí, tomados de sus *Obras completas*. Como homenaje a la genialidad de este poemario, como punto de partida de nuestro trabajo se reproduce, una vez más, el significativo prólogo con el cual nuestro Héroe Nacional, dio a conocer al mundo, la razón de ser del *Ismaelillo*.

Hijo:

Espantado de todo me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

“¡Espantado de todo!” ¿Cuál no sería el dolor y abatimiento de su alma, que en una sola expresión puso al descubierto todo el engaño que embargaba su corazón?

Muchas fueron sus vicisitudes, pero el destino le reservaba otras muy duras que la vida se encargaría de ponerlas en su destino; pero citemos algunas de las que provocaron esta lacónica, pero emotiva frase.

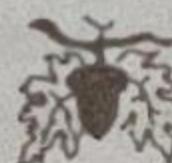
A los dieciséis años, en plena adolescencia, fue penado a seis años de prisión, por sus ideas políticas de libertad para Cuba; los grilletes de presidiario, condenado a trabajo forzado en las canteras de San Lázaro, en La Habana, le ocasionaron una enfermedad ganglionar, que padeció varios años y tuvo que ser operado con frecuencia.

La condena le fue conmutada por el destierro a España, que, en cierta medida, contribuyó a alejarlo, para siempre, de su amada tierra y de sus familiares. Cuando arribó a Madrid en 1871, acababa de cumplir los dieciocho años de edad; en un artículo publicado en el diario español *La Soberanía Nacional*, volcó una patética y sentida revelación:

Rara vez me río ya: No hallo nada que seduzca mi vida, nada que distraiga mi pensamiento. En cada una de las flores de mi alma, dejó una negra lámina el dolor; pero estoy tranquilo, estoy contento, estoy hasta ufano con mis dolores. Si su-

JOSÉ MARTÍ

ISMAELILLO



New York
IMPRENTA DE THOMPSON Y MOREAU
51 Y 53 MAIDEN LANE
MDCCCLXXXII

frir es morir para la alegría, en cambio es nacer para la vida del bien. Gracias por los que me han hecho sufrir tanto. Gracias para los que arrancaron de mi frente la corona de la inocencia, colgando de mis hombros la túnica del firme, del energético, del fuerte varón.²

Este fragmento basta para demostrar cuánto debe haber sufrido en su primera juventud; pero revelaba, también, la entereza de carácter, el coraje y la valentía con que pudo vencer las difíciles situaciones que tuvo que afrontar siempre.

Su gran mérito en España radicó en el hecho de que, en menos de cuatro años, con grandes sacrificios y esfuerzos inauditos, logró hacerse abogado; él estaba convencido de que, al no poder luchar en la guerra, podría defender con sus ideas la libertad de Cuba.

Por fin, luego de vencer grandes dificultades, pudo escapar de España y desembarcar en Nueva York el 14 de enero de 1875, para seguir viaje a México, donde su familia se encontraba exiliada desde 1874. El abrazo de sus padres se transformó en un nuevo y profundo dolor para su vida: Ana, la hermana con quien mayor afinidad tenía, había fallecido el mes anterior a su llegada, a los diecinueve años de edad.

y mi honda alude don

Gracias a sus dotes periodísticas, comenzó a abrirse paso en México; en la capital azteca conoció a la que habría de ser su esposa, Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo, hija de un acaudalado abogado camagüeyano, quien había salido huyendo del país en 1871, para escapar a los horrores de la guerra.

Tras fuerte oposición del padre de Carmen, los jóvenes enamorados iniciaron su noviazgo, aunque tuvieron que apelar mayormente a la correspondencia para poder comunicarse, a causa de la férrea vigilancia que sobre ellos se ejercía.

Con la reelección de Lerdo de Tejada, sucesor de Juárez, Martí pensó que su situación y la de su familia mejorarían bastante, pues él mantenía buenas relaciones con el presidente y apoyaba con sus comentarios políticos su plataforma de gobierno; pero al ser derrocado Lerdo, y Porfirio Díaz apoderarse de México, tuvo que salir del país ante la amenaza de ser perseguido. Allá quedaban la adorada Carmen y su familia.

Después de una corta estancia clandestina en Cuba, bajo el nombre de Julián Pérez, "para ser lo menos hipócrita posible" y dejar arreglada la situación de su familia con vistas a que regresaran a La Habana, se dirigió a Guatemala lleno de ilusiones y esperanzas, en busca de nuevos horizontes.

Fue bien recibido y halló un ambiente muy favorable, pero un inesperado acontecimiento sumió de nuevo su vida en una angustiosa situación. María García Granados, primogénita del ex presidente de Guatemala y él —al decir del filósofo y poeta Argentino, José Ingenieros— se flecharon mutuamente a primera vista: pusieron en peligro el compromiso de Martí con Carmen en México, pero él no dudó en evitar que aquella incipiente, pero profunda y romántica pasión se convirtiera en un serio impedimento para cumplir con su deber.

Durante seis meses, tuvo que sortear aquella placentera pero inevitable fuente de dolor; mientras tanto, trabajaba arduamente para reunir los recursos mínimos necesarios para su matrimonio con Carmen. Fue una gran lucha entre el deber y el placer, pero, al fin, se dirigió de nuevo a México, donde celebró sus espousales el 20 de diciembre de 1877. Por extraño y paradójico que pueda suponerse, él amaba también a su esposa.

De vuelta a Guatemala, tuvo que afrontar la amarga experiencia de la Paz del Zanjón, que daba al traste con su ilusión de libertad para la tierra que lo vio nacer. Otro acerbo e inesperado acontecimiento le aguardaba: el 10 de mayo de 1878 fallecía María Granados, con todas las características de un posible suicidio.

La muerte de María —unida a otras razones— influyó en el rechazo que sufrió Martí, durante esta segunda estancia guatemalteca. Su situación económica se hizo insostenible, y aunque él no quería volver a Cuba, las lágrimas de su mujer, y una insolente e irrespetuosa carta de su suegro, lo obligaron, prácticamente, a regresar.

Su llegada coincidió con los preparativos para reiniciar la lucha en Cuba y Martí, a pesar de que presentía la oposición de su esposa, se sumó a los trabajos conspirativos, se integró, enseguida, al llamamiento del Comité Revolucionario Cubano, con sede en Nueva York. Su hijo había nacido el 22 de noviembre de 1878, cuando ya Martí estaba de lleno incorporado a las actividades conspirativas, lo que le ocasionó frecuentes disgustos con su esposa.

La llamada Guerra Chiquita estalló, al fin, durante los días 24 y 26 de agosto de 1879. La vigilancia sobre Martí se incrementó al máximo, hasta que fue detenido el 17 de septiembre de ese año y remitido, preso, a la cárcel de Empedrado y Monserrate. Por gestiones de amigos influyentes con el capitán general, se le concedió su libertad y permanencia en Cuba, si se adhería al gobierno español. La respuesta fue viril e inmediata: "Martí no es de la raza vendible".

Este acontecimiento dio lugar a la primera, y probablemente definitiva, evidencia de que la identidad del matrimonio había comenzado a deteriorarse. Carmen no entendía, ni podía entender, la decisión de su esposo de no aceptar lo que le ofrecían. Así, el 25 de septiembre de 1879, Martí fue nuevamente deportado a España.

En Santander estuvo preso varios días, hasta que, al fin, lo liberaron con la obligación de permanecer en Madrid. Luego de más de dos meses de una torturante espera, recibió carta de Carmen, pero qué carta más infeliz, qué desengaño.

Nunca hemos conocido lo que Carmen le escribió entonces, pero debe haber sido terriblemente dura. La esposa que él había soñado, la "esposa-gemela", de tal manera lo lastimó que en sus cuadernos de apuntes Martí anotó:

Cuando se es presa de un gran dolor, se recuerdan luego mal las impresiones que se recibieron ajenas a él. Cien puñales clavados en mi pecho no me causarían el dolor que esta primera carta me ha causado. ¡Ciega,—ciega para mí!—He ido esta noche al Fausto.³

Luego de vencer algunos contratiempos, de nuevo logró escapar de España para regresar a su América. Desembarcó en Nueva York el día 3 de enero de 1880, y se incorporó de inmediato al Comité Revolucionario Cubano, que dirigía la guerra desde Nueva York.

A pesar del descalabro amoroso experimentado en Europa, Martí, quien nunca fue rencoroso y, además, permanecía esperanzado en que pudieran reconciliarse —puesto que a pesar de todo, la amaba todavía—, logró que Carmen accediera a reunirse con él en Nueva York. Sentía, además, la nostalgia de su hijo, a quien amaba con locura.

Carmen y José Francisco arribaron el 3 de marzo a los Estados Unidos. Para colmo de sus obligaciones patrióticas, Martí tuvo que asumir, ese mismo mes, la presidencia provisional del movimiento, cuestión que, desde luego, exacerbó los ánimos de Carmen. Los disgustos, los reproches y las presiones económicas, dieron lugar a que ella permaneciera menos de ocho meses a su lado y regresara a Cuba llevándose, naturalmente, a su hijo.

La partida de Carmen —junto con el fracaso de la Guerra Chiquita— dejó a Martí en un completo estado de indefensión y desaliento, que le hizo concebir la idea de dirigirse a Venezuela, confiado en la perspectiva de un mundo mejor.

Ese era el estado en que Martí se encontraba cuando concibió la idea de dedicarle un poema a su hijo. Pero no lo escribió, lo copió. Convirtió en versos las imágenes, que, como él decía, se le presentaban ante sus ojos y, cuando las dejaba de ver, cesaba de pintarlas.

Para conocer a plenitud cómo pensaba Martí de su *Ismaelillo*, es indispensable leer sus propios comentarios, tal y como aparecen en sus *Obras completas*.

Salvo los "Cuadernos de apuntes", estos comentarios se recogen de fragmentos de cartas dirigidas a distintas personas en cuyos

y mi herida clase Sanín

casos se anotarán los nombres, lugares, fechas, tomo y paginación de las fuentes utilizadas.

A Diego Jugo Ramírez, Nueva York, 9 de diciembre (1881).

Aquí, mis escasas horas de esparcimiento son horas venezolanas. Las parto con Bonalde, y con Gutiérrez Coll. Ellos me animan a imprimir un librito, que escribí en Caracas, y allá le irá. Ya está en las prensas. Es un juguete, como para mi hijo.⁴

A Charles A. Dana, Nueva York, 1882 (abril).

Mi estimado amigo: Acabo de publicar un pequeño libro, no para beneficiarme con ello, sino para regalarlo a aquellos a quienes amo, en nombre de mi hijo, que es mi señor: es la novela de mis amores con mi hijo; uno se cansa de leer tantas novelas de amor con mujeres [...]⁵

A Agustín Aveledo, Nueva York, 23 de mayo (1882).

No tengo tiempo, amigo mío, más que para cumplirle su promesa. ¿No recuerda que le ofrecí un libro para sus huérfanos? Pues ya le mando el libro. Véalo—y si le parece que merece excusa, y que hallará paga de algunas almas buenas, dígame cómo le mando cien de ellos, que es el regalo pobre que mi hijo hace a los huérfanos de su Asilo. Yo no vendo ese libro: es cosa del alma. Pero me da gozo pensar que puedo hacer con él un pequeño beneficio. Ni lo hago por fama, pero pensando en mi hijo, se me llena el alma de jazmines: y ése es un haz de ellos: habrá quien no le halle perfume: ¡que no sea usted, por Dios! Mas no ha de ser usted, que tiene siempre bálsamo para todos los dolores.⁶

A Diego Jugo Ramírez, Nueva York, 23 de mayo (1882).

Esta carta no va más que a llevarle a "Ismaelillo". No lo lea una vez, porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí una sola línea mental. Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aún voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas.⁷

A Vidal Morales, 8 de julio de 1882.

Y también le mando mi Ismaelillo. No es colección de mis versos, como le han dicho, amigo mío. Antes quiero yo hacer colección de mis obras que de mis versos. Es una porción mínima de los que llevo hechos, que manos amigas han sacado a la luz, porque las mías—poco piadosas con lo mío—la hubieran dejado para siempre olvidada. Ni la pongo a la venta porque son cosa íntima, y me repugna vender obras de afecto. Ni se parece a lo demás que he hecho. Fue como la visita de una musa nueva. Y ya estoy avergonzado de ver esa sencillez en letras de imprenta.—Tal vez sea, porque me ocupan ahora cosas mayores, y porque aficionado a pensar en los dolores ajenos, y encariñado en la busca de medios de aliviarlos, me queda apenas tiempo para pensar en los míos.⁸

A Gabriel de Zéndegui, Nueva York, 28 de julio (1882).

Mi amigo Gabriel:

Pudiera guardarte rencor porque no me agradeciste que te enviase tan gallarda persona como el buen poeta José Pérez Bonalde, y porque no quieras saber de mí. Yo te lo excuso, y te quiero, y en prenda de ello te mando una fruslería que he impreso—no porque la tenga por mejor que lo demás que llevo hecho, sino porque me la sacaron de las manos, y la hallé semejante a los rizos rubios de mi hijo. Ya los tendrás, aunque no son buenos los tiempos para ello, y verás como la vida es fruta áspera, que rompe los labios—y los hijos son urnas de bálsamo.—No sé si he acertado a dar forma artística al tropel de visiones aladas que cuando pienso en él me danzan en torno de la frente.—Ni si esa vez, que dormí en almohada de rosas, pudo olvidar mi cabeza la almohada de piedra en que usualmente duerme.—Y los demás versos que hago, que procuro que sean siempre en número menor que otro género de obras, y no son—por esto y aquello—para enviados, son versos de cabeza hecha a dormir en almohada de piedra.—Lo cual no es malo: es fama que los buenos pianistas aprenden a tocar en teclado de hierro.⁹

A Enrique José Varona, 28 de julio (1882).

No he hallado modo de leer el tomo que publico Vd., en que andan juntas sus conferencias. Lo que Vd. hace regocija y nutre: bien que yo lamento no haberlo aún visto. De su olvido de mí—puesto que a haberse recordado más, bien pudo enviármelo—me vengo ahora, con mala venganza, enviándole, ya que anda por la Habana sin que yo lo haya mandado, mi librito de versos a mi hijo, que es cosa que saqué a luz por empeño ajeno, y que envío a los que estimo, mas no pongo a la venta, porque me parece que es quitar su perfume a esa flor vaga. Me ha entrado una grandísima vergüenza de mi libro, luego que lo he visto impreso.

De intento di esa forma humilde a aquel tropel de mariposas que, en los días que lo escribí, me andaban dando vueltas por la frente. Fue como una visita de rayos de sol. Mas iay! luego que los vi puestos en papel, vi que la luz era ida.

Perdóneme, en gracia del empeño con que trabajo en cosas más serias, este pescado.¹⁰

A Manuel Mercado, Nueva York, 11 de agosto, (1882).

Otra le escribí, que tampoco fue, cuando me sacaron el Ismaelillo de las manos, y lo pusieron en prensa. En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición,—porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos.—Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parece ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra v o una culpa. Con lo que verá Ud. que no esconde el libro por modestia, sino por soberbia.—¹¹

A Manuel Mercado, Nueva York 14 de septiembre, (1882).

Con Guasp le mando mi "Ismaelillo", y unos diez ejemplares, para que U. los ponga en manos delicadas. Si quiero que

Yankee Honda a la de Soto

lo conozcan, por mi hijo. Gozo en verlo famoso, y en que le hagan versos, y en que luzca como caballero de importancia, y príncipe de veras, en diarios y revistas.—Un ejemplar se llevó a México Heberto. Ahora envío a Peón y a Sánchez Solís, y a Pedro Castera, que se ha acordado de mí en la República. Venero a quien me recuerda. ¿Qué haré con Ud. que sé que me ama?¹²

A Felipe Sánchez Solís, Nueva York, 16 de septiembre de 1882.

Con el caballero Guasp, que lleva esta carta, le envío un pequeño libro de versos que acabo de publicar, como cosa privada, y no para ser dado al polvo de las calles, ni a la venta—por ser todo él ofrenda a mi hijo. Es una sencillez, pero la envío con gusto—a Vd. a quien quiero.¹³

A Gabriel de Zéndegui, Nueva York, octubre 14, 1882.

Mi querido Gabriel:

Robé un momento a mis quehaceres de oficina para contestar tu carta del 27 de septiembre, que recibí aquí de manos del caballero Luis, siete días hace.—Me da gozo, porque es tuya, y me anuncia que vienes:—me sorprende, porque es tuya, y me anuncia que vienes:—me sorprende, porque me hablas en ella de confidencias anteriores tuyas que me son caras, en carta que no he recibido, pues no han llegado a mí más letras de tu mano que las de esta carta a que contesto,—y me enoja, aunque suavemente, porque me supones capaz de montar en ira porque no te haya parecido el Ismaelillo cosa maravillosa.—Dime que no soy bueno, o que no vivo enamorado del bien de los hombres, y me enojaré, porque sería injusticia; pero de cuanto yo escribo, dime cuanto te parezca cierto, útil a mí, que yo sé que me quieras, y eres sincero, y me hará bien y, no me enojaré.¹⁴

A Alejandro Magariños Cervantes, Nueva York, 21 de octubre de 1885.

Me hace la merced de llevar a Vd. esta carta uno de los hombres a quienes más quiero y estimo, el doctor Don. Enrique M. Estrázulas, en quien he aprendido a querer el Uruguay, y con mi más afectuoso saludo envío a Vd. por él mi libro de versos a mi hijo, que sólo vio la luz porque eran suyos y yo sólo me amo en él: va a Vd. el libro como a una palma va una mariposa.¹⁵

A Nicolás Domínguez Cowan, Nueva York, abril 22, 1886.

[...] Va por fin "Ismaelillo", que sólo no le había mandado por ser mío. Me lo hizo imprimir un mal amigo, y aún tengo toda la edición en mis cajones. Para venderlo no está hecho: esas son cosas del alma; y para regalarlo, ¿a quién, sino a los que como V., conozcan bien el recodo íntimo en que nacen esas flores?¹⁶

A Gonzalo de Quesada, Montecristi, 1 de abril, 1895.

Versos míos, no publique ninguno antes del Ismaelillo: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.¹⁷

están estrechamente vinculadas con el surgimiento del *Ismaelillo*. La primera la publicó en *El Federalista*, edición literaria, el 11 de febrero de 1876 en México.

Es ley ya que termine la fatigosa poesía convencional, rimada con palabras siempre iguales que obligan a una semejanza enojosa en las ideas. No se hacen versos para que se parezcan a los de otros: se hacen porque se enciende en el poeta una llama de fulgor espléndido, y enardecido con su calor, allá brota en rimas en tanto que de su alma brota amor. Que todo, hasta el amor mismo, debe ser y parecer amor en el poeta. La voluntad no debe preceder a la composición poética: ésta debe brotar, debe aprovecharse su momento, debe asírsela en el instante de la brotación; lo demás fuera sujetar el humo a las formas.¹⁸

Esta segunda, supuestamente escrita en 1881, aparece en sus "Cuadernos de apuntes". También de allí trajimos las que siguen.

Sucedió a poco que afligido mi espíritu por dolores más graves que los que corrientemente lo aquejan,—y como extinguida temporalmente aquella luz de esperanza a la que yo había escrito los primeros versos, las ideas sobre mi hijo salían de mis labios en versos graves, de otro género distinto, acordes a la situación de mi espíritu, más no en acuerdo con la necesidad artística que, por haber tomado diversas ideas semejante forma, pensé dar a la obrilla.—Si la luz de esperanza no se hubiera de reencender, quedaría así la obra, sin que yo la desfigurase ni falsificase, terminando con [palabra ininteligible] entretenimiento del cerebro lo que habían sido purísimas expansiones de mi amor.—Porque a esto tengo jurado guerra a muerte: a la poesía cerebral.¹⁹

La tercera.

¿Mi objeto?—no se me calumnie, diciendo que quiero imitar nada ajeno; mi objeto es desembarazar del lenguaje inútil la poesía: hacerla duradera, haciéndola sincera, haciéndola vigorosa, haciéndola sobria; no dejando más hojas que las necesarias para hacer brillar la flor. No emplear palabra en los versos que no tenga en sí propia real e inexcusable importancia.—Denunciar el vulgar culto a la rima, y hacer a ésta esclava del pensamiento, vía suya, órgano suyo, traje suyo, mas no es eso lo que ha venido la rima siendo hasta ahora, ahogada túnica de Nesso.— [palabra ininteligible] del pensamiento desvestido.

Al calor de mi amor iqué variedad de formas toma este hijo mío! A su belleza natural icuánto no añade la enamorada fantasía!—Ni una sola de las imágenes de este pequeño libro ha dejado de ser vista por mis ojos, con sus formas, proporciones y esto antes de venir en forma de versos a los labios.—Y cuando la imagen se ha desvanecido, allí he escrito el último verso donde se desvanecía, extinguido el fuego, la impresión.—Deslealtad de poeta, villanía de padre hubiera sido lo contrario.—Por eso amo este libro: porque ese pequeñuelo suelto entre sus páginas, ora triste, ora risueño, ora travieso, esa sencilla criatura, a quien yo hago, con la potencia de mi amor, rey mío, amigo mío, caballero mío,—ha pasado realmente ante mis ojos, alado, relampagueante, bullicioso, como yo lo pinto.—Si he visto a un niño bello, cubierto apenas por ligerísima camisa, sentado en alto poyo, batiendo al aire sus dos pies rosados—me he dicho: así, como ese niño a los que de abajo le ven, se asoma él a mí alma—y he escrito "Mago".—Si lo imaginaba rey en un trono, húmedo y fluido como un trono q. reluciere para Galatea, y a su presencia, como homenaje a mi monarca

y mi horita a la de Sandr

y dueño lo llevaba, a modo de cazador su jauría, mis pasiones embridas—esta idea de reyecía, aleteando sobre mi alma enamorada,—hacía nacer esa sencillez que acaba gravemente, porque así van gravedad y sencillez aparejadas en mi alma.—Rey amarillo.²⁰

Y aún otra más:

Porque es necesario que ese hijo mío, sobre todas las cosas de la tierra, y a par de las del cielo, y isobre las del cielo!, amado; ese hijo mío a quien no hemos de llamar José sino Ismael—no sufra lo que yo he sufrido”—(Pa. Ismaelillo).²¹

Hay otros momentos, que parecen estar relacionados con la bella exposición poética de Martí de la tercera y larga cita anterior. Veamos uno.

—¡Qué me ha costado en este mes larguísimo domar mis impaciencias!—¡Pero no cuelga la naranja de oro de la rama verde—sin que antes haya estado un buen espacio la semilla escondida debajo de la tierra!²²

Otro.

Hay cosas curiosas—icuántas veces se toma una metáfora de poeta en su sentido estricto, por un ser vivo!—Por ejemplo—juzgado luego—mí Rey Amarillo.—Entonces dirían los anticuarios: “Adoraban los hombres en aquel tiempo a un rey amarillo!—²³

Otro más.

Ya me veo jugando contigo. Y para hacerte aprender con gozo, ya te hago un bonetillo de maestro, y te monto espejuelos en tu risueña nariz, y te siento en altísima silla, porque te acostumbres a ser en todo alto.²⁴

Y, este, para concluir.

Ea, ia escribir! Pero si alguna vez has de mover la pluma en defensa de alguna injusticia, o en servicio de tu ambición, o de algún malvado—séquese ahora mismo tu manecita blanca, y quédese tu pluma sobre el papel como convertida en piedra, iy vuelve de tus labios, como una mariposa avergonzada, la palabra de vida!—²⁵

Incluyo el último fragmento para que se pueda comprender hasta qué punto Martí no transigía con la injusticia. Quien fue capaz de escribir —o copiar— el *Ismaelillo*, no era capaz de liberar a su propio hijo de los errores humanos.

¹ José Martí: *Obras completas*, t.16, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 17.

² *Ibidem*, t. 4, p. 353.

³ *Ibidem*, t. 21, p. 124.

⁴ *Ibidem*, t. 7, p. 269.

⁵ *Ibidem*, t. 20, p. 295 y t. 21, p. 253 (en este último tomo la carta aparece escrita en francés).

⁶ *Ibidem*, t. 7, p. 270.

⁷ *Ibidem*, t. 7, p. 271.

⁸ *Ibidem*, t. 20, p. 297.

⁹ *Ibidem*, t. 20, pp. 297-298.

¹⁰ *Ibidem*, t. 20, pp. 298-299.

¹¹ *Ibidem*, t. 20, p. 64.

¹² *Ibidem*, t. 20, pp. 66-67.

¹³ José Martí: *Epistolario*, t. I, comp., ordenación cronológica y notas Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, pról. Juan Marinello, Colección Textos Martianos, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. 251.

¹⁴ José Martí: *Obras completas*, t. 20, ed. cit., p. 301.

¹⁵ *Ibidem*, t. 20, 312.

¹⁶ *Ibidem*, t. 20, p. 313.

¹⁷ *Ibidem*, t. 20, 477.

¹⁸ *Ibidem*, t. 6, p. 368.

¹⁹ *Ibidem*, t. 21, pp. 213-214.

²⁰ *Ibidem*, t. 21, pp. 220-221.

²¹ *Ibidem*, t. 21, p. 216. Es opinión del autor que, independientemente de lo que ya se conoce en torno al origen bíblico del nombre Ismaelillo, es muy posible que ya Martí lo hubiera pensado cuando lo bautizó en La Habana. La razón que se aduce en relación con esta idea es la siguiente: a través de todos los tiempos, el primogénito de un matrimonio llevaba el nombre de su padre, es decir, en este caso José; pero el segundo nombre —Francisco— debe haber sido aceptado por Martí como cuestión de delicadeza por ser el primer nombre del padre de Carmen Zayas Bazán, con quien él había tenido significativas discrepancias.

²² *Ibidem*, t. 21, p. 216.

²³ *Ibidem*, t. 21, p. 220.

²⁴ *Ibidem*, t. 21, p. 167.

²⁵ *Ibidem*, t. 21, p. 167.

Y mi herida a la de Sanit

TRILOGÍA PARA LA MÚSICA: MARTÍ, WHITE Y CERVANTES

GISELDA HERNÁNDEZ RAMÍREZ
ISABEL DÍAZ DE LA TORRE

En ocasiones, no somos capaces de calcular la genialidad de hombres que abarcan todo un universo cultural y espiritual capaz de sobrepasar sus límites temporales. Con frecuencia tendemos solo a realizar análisis de alguna de sus facetas mientras otras pasan inadvertidas. Tal es el caso de José Martí —un genio sublime, como bien lo catalogarían los pitagóricos—, un ilustrado que nos legó críticas musicales que, en nuestra opinión, se mantienen vigentes dada su profundidad, delicadeza y dominio técnico. Todos estos elementos hacen que a cada momento tengamos que ir a ese Martí oyente y crítico musical, tan poco estudiado. Es posible que algunos se resistan a pensar que ese hombre asistió a conciertos y expresó llegó a expresar sus impresiones de la manera en que únicamente él podía hacerlo.

Cuánta sapiencia y júbilo despertó en él la música, cuando expresa:

Lo que se piensa es mezquino: lo que se revela es sumo y armónico: se rompe la voluntad en el cerebro: sonríe y se adormece en los espacios inefables de la música.¹

Aun sin ser un gran conocedor de esta manifestación artística, fue capaz de ofrecernos una conceptualización filosófica y poética como la siguiente:

La música es el hombre escapado de sí mismo: es el ansia de los límites surgida de lo limitado y de lo estrecho: es la armonía constante y venidera.²

Como hombre de vasta cultura, asistió a conciertos de importantes músicos nacionalistas cubanos, como José White Laffite, el eminentе violinista, pedagogo, director de orquesta y compositor, hijo de padre francés y madre criolla. En 1836, en la ciudad de Matanzas, María Escolástica arrullaba a la hora de la primera misa a un recién nacido, a quien Carlos White nombraría Pepe.

Sus primeros conocimientos musicales los adquirirá, justamente, por la vía paterna, pero su afición por ella surgió desde muy pequeño. Antonio González López refiere —en una conferencia efectuada el 6 de junio de 1937— que, tras caer preso José María Roman, el maestro de White, conoce al doctor Escoto y todo indica que sus consejos le fueron útiles en la composición. Así lo demuestran las ejecuciones de obras de su autoría en las fiestas de la parroquia de San Carlos durante las festividades de la Semana Mayor; donde se celebraban procesiones en diferentes cofradías, y Joseito —como le llamaban— marchaba a la cabeza, tocando el violín. Comentarios de época aluden que los feligreses se sentían más cerca de Dios al escucharlo.

Así se dejan interpretar títulos como “Versos de amor hermosos” —para voces y orquesta—, “Versos a las llagas de Cristo”,

“Miserere”, “Misa para dos voces y orquesta” —estrenada en 1854 en la parroquia de San Carlos.

A los quince años, White compuso una misa a dos voces y orquesta que se ejecutó en la parroquia de Matanzas. Siendo un joven aún ya se le consideraba virtuoso del violín, además de poder ejecutar piezas con otros instrumentos, como el contrabajo, el violonchelo, la guitarra, el piano, el clarinete y la trompa. El 21 de marzo de 1854, con diecisiete años, compartió como violinista un concierto en su ciudad natal con el famoso pianista estadounidense Louis Moreau Gottschalk, que fuera acogido por el público y la prensa con gran beneplácito.

Con diecinueve años, en 1854, su padre lo envía a Francia, etapa en que compone “La bella cubana”. En la capital francesa continua estudios y alcanza el primer gran premio en el Conservatorio Imperial frente a un gran número de concursantes. Este éxito le valió una crítica muy alentadora de la prensa en la *Gasette Musicale*.

No sería su único premio. Se sabe que gozó de la admiración del compositor Rossini, quien motivado por su interpretación le escribiría, en 1856:

Permitidme expresaros todo el placer que experimenté; vuestra cálida ejecución, el sentimiento, la elegancia y la brillantez de la escuela a la que pertenecéis, son cualidades, en un artista como vos, de que puede enorgullecerse la escuela francesa.³

En 1863 llega a Madrid, donde es nombrado comendador de la Orden de Isabel la Católica. El 22 de diciembre de ese mismo año, la corte, estupefacta, aplaude su genio.

De regreso a Cuba, en 1874, se siente motivado por las ansias libertadoras de los cubanos y pone su arte al servicio de la misma. Es este el momento en que compone “Viva Cuba libre”, interpretada por primera vez en Guanabacoa. Finalmente, ofrece un concierto en el teatro Tacón junto a Ignacio Cervantes. La ejecución de su obra produce una catarsis en los oyentes, que vitoreaban ¡Viva Cuba libre!

Tras este acto de cubanía provocado en el público por su música, el jefe de la policía de La Habana le hace llegar una orden de salida del país. Se traslada a México, donde cautiva a la audiencia y es precisamente allí donde José Martí lo escucha y, con ese espíritu delicado y profundo de las grandes almas, comenta:

White no toca, subyuga: las notas resbalan en sus cuerdas, se quejan, se deslizan, lloran: suenan una tras otras como sonarían perlas cayendo.

Ora es un suspiro prolongado que convida a cerrar los ojos para oír; ora es un gemido fiero que despierta el oído aletargado: en el Carnaval de Venecia, las notas ya no gimen ni

resbalan, salpican, saltan, brotan: allí encadena voluntad y admiración.⁴

Continúa exaltado y conmocionado:

No hay un ruido bronco; no hay una nota aguda ni desapacible: allí están armónicamente entendidos, atrevidamente opuestos todos los secretos del sonido; todo lo débil de lo tenué y todo lo solemne del enérgico; murmurios de notas suaves que arrancan bravos unánimes al auditorio suspenso y dominado.

Aquel violín se queja, se entusiasma, regaña, llora: con qué lamentos gime con qué dolor tan hondo se desespera y estremece.

Horas inolvidables y brevísimas son las horas que se pasan a su lado: se halla el alma a sí misma: con verse allí tan bella se perdona su miseria y estrechez.

[...] Cuanto quepa de alabanza, White lo merece. Cuanto de arte quepa, White lo tiene [...]

Hijo es de aquella tierra en que el crepúsculo solloza: en que los cañaverales gemebundos besan perennemente con su sombra las clarísimas aguas de los ríos; hijo es de mi patria muy amada [...]

Yo honro en él a la vigorosa inspiración, y la ternura y la riqueza de mi tierra queridísima cubana.⁵

Desde México, White se traslada a New Orleans donde lo aguarda Ignacio Cervantes, también víctima de la persecución de los españoles. En esta ciudad ofrece conciertos en la Academia de Brooklyn, la Sociedad Filarmónica de New York, el Teatro Boston. Su música fue apreciada por el emperador Napoleón III y la reina Victoria.

Posteriormente, visitó Chile, Argentina, Uruguay, donde su obra "La zamacueca" y "La bella cubana" fueron del agrado del público. De igual modo, los brasileños se sintieron atraídos por su arte.

Su obra "Marcha a Cuba" resume la cubanía de este músico que tanto alabó Martí.

Otro genio nacionalista, Ignacio Cervantes Kavanagh, nacido en La Habana el 31 de julio de 1847, acaparó el interés del Apóstol como refinado oyente y hombre de gran cultura.

Ignacio Cervantes, en la opinión de Alejo Carpentier, fue el músico más importante del siglo XIX cubano; considera que nadie pudo igualarle. Coincidimos en que, efectivamente, la música cervantina difiere, definitivamente, del concepto de su época y esto se puede apreciar en su tratamiento armónico, aun cuando fue un músico que respondió a los presupuestos estéticos y formales de la época en que vivió.

Su padre, en 1859, encomienda su instrucción a Nicolás Ruiz Espadero, quien hace que su alumno trabaje técnicamente a Kalkbrenner, Cramer, Clementini, Chopin, Mozart, entre otros.

Siendo aún muy pequeño, escribió una danza que tituló "La solitaria", dedicada a su madre. En 1865, viaja a París para continuar estudios y al año obtiene el primer lugar en un concurso de piano. En el 1868 se alza con lauros en Armonía, Contrapunto y Fuga, además de ofrecer importantes conciertos. Dirigió la *Misa solemne* de Charles Gounod, en presencia del autor, quien lo felicitó. Cultivó la amistad de Rossini y Liszt.

Regresa a Cuba en medio del fragor de la Guerra de los Diez Años y, como habíamos mencionado, junto a White se empeña a recaudar fondos para la causa. Carpentier narra un diálogo sostenido entre Cervantes y el capitán general de la Isla, que refleja la entereza y el patriotismo del músico.

Ignacio Cervantes [...] Tenemos la certeza, ahora, de que el dinero que usted recauda en sus conciertos pasa a manos de los insurrectos. ¡Lárguese antes de que me vea obligado a encerrarlo! [...] ¿A dónde piensa ir?

A los Estados Unidos —contestó el músico—. Es el país más próximo a Cuba, y allí podré seguir haciendo lo que aquí hacía.⁶

Situación que probablemente provocara la inspiración de la danza "Adiós a Cuba".

Vivió en los Estados Unidos por un período de cuatro años, ofreciendo conciertos con gran reconocimiento del público y la prensa. La enfermedad del padre hace que regrese a su patria, que para entonces había firmado la paz del Zanjón. En ese momento escribe su danza "Vuelta al hogar".

Cuando estalla la Guerra del 95, viaja a México donde alcanza mucho éxito ofreciendo conciertos junto al violinista cubano Rafael Díaz Albertini. De ahí pasarán a Tampa y actuarán en tabaquerías. El 5 de mayo de 1892 Martí, quien presencia una de sus actuaciones, escribió:

[...] Ni se escapó jamás del teclado soberano del uno, ni del violín impecable del otro, armonía semejante a la que en aquella visita de los hombres del trabajo del salón a los hombres del trabajo de la fábrica ascendió, como un himno de anuncio, como una proclama de paz, como una proclama de concordia, del silencio satisfecho de aquellos corazones: De pie recibieron los tabaquereros cubanos del Cayo a los músicos cubanos [...]⁷

Cervantes fue, además, un prolífico compositor, que incursionó en disímiles géneros. Sus danzas, como "Los delirios de Rosita", "La camagüeyana" y "Los muñecos", son muy conocidas. Su genialidad como músico penetró el espíritu de Martí, quien, en una crónica titulada "Albertini y Cervantes", sentenció: "Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen".⁸

Así, la más abstracta de las artes logró una comunión espiritual entre estos tres genios, que difieren por sus individualidades pero que convergen en la magnanimidad de la música.

¹ Antonio López González: "Un gran violinista cubano: José White", en *Anales NACIONAL de Artes y Letras*, Año XXII, t. XIX, Abril-Junio, 1937, pp. 130-165.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Alejo Carpentier: *La Música en Cuba*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, Cuba, 1989, 346 pp.

⁷ Edgardo Martí: "Guía de estudio de Apreciación musical", mimeografiado.

⁸ *Ibidem*.

y mi horizonte a la derecha

CIENTO CINCUENTA AÑOS DEL NATALICIO
DE JUAN GUALBERTO GÓMEZ

JUAN GUALBERTO Y SU ESTANCIA EN PARÍS (1869-1876)

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

Juan Gualberto Gómez, nacido el 12 de julio de 1854, en el ingenio Vellocino de Sabanilla del Encomendador, provincia de Matanzas, fue un patriota plenamente identificado y comprometido con la independencia de Cuba desde el inicio de la primera guerra, en 1868, hasta su muerte, ocurrida el 5 de marzo de 1933.

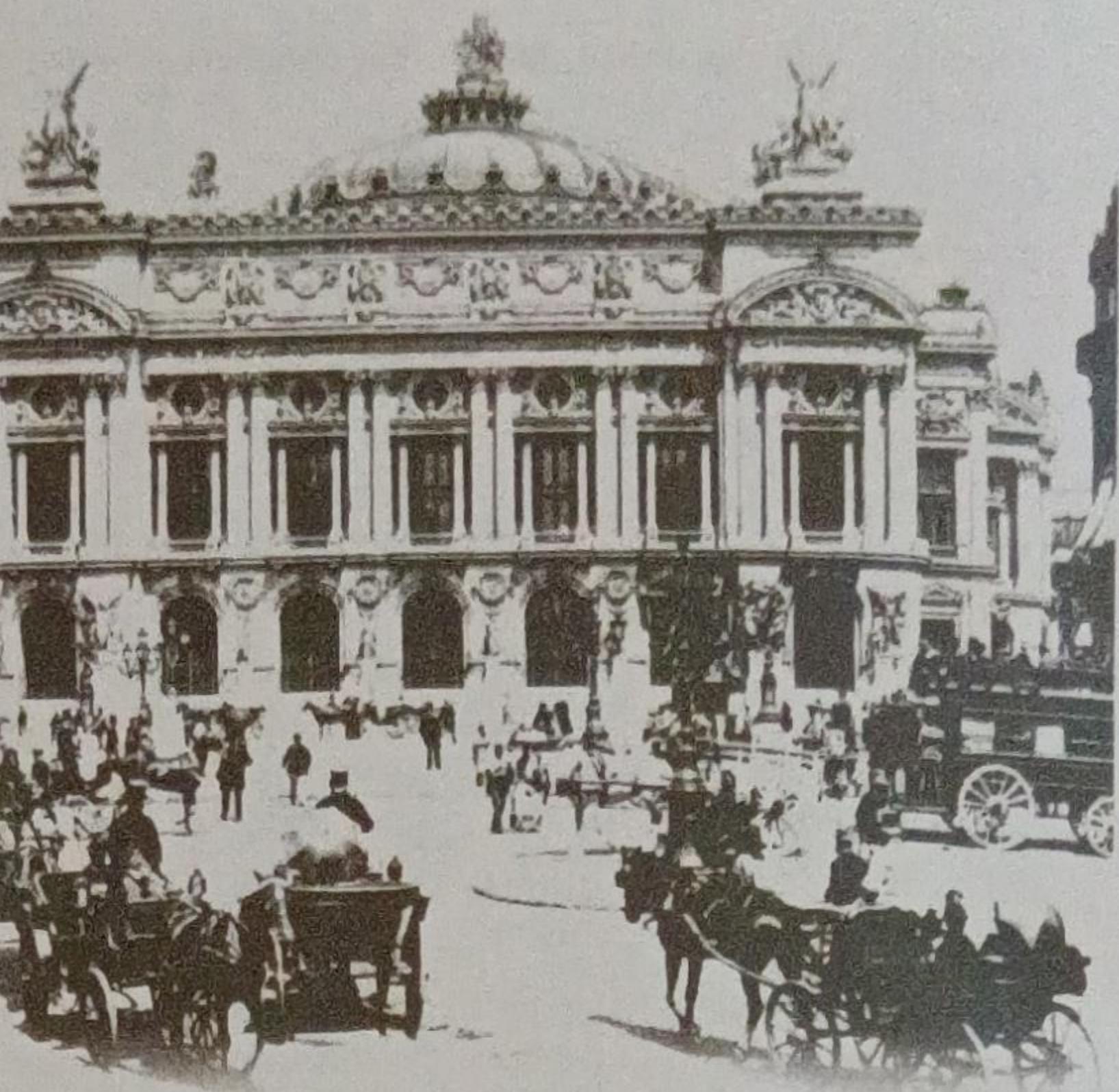
Representante de José Martí en Cuba y del Partido Revolucionario Cubano en la última guerra por la independencia, estuvo entre los que más se opusieron a la intervención norteamericana y a la ignominiosa Enmienda Platt. Miembro de la Constituyente de 1901, llegó a ser senador y representante a la Cámara, y fue muy respetado durante la República.

Los padres de Juan Gualberto eran esclavos domésticos y antes de su nacimiento compraron su libertad, por lo que vino al mundo libre. En sus primeros años de vida fue enviado a La Habana, donde transcurrió su infancia. Estudió en una escuela privada hasta que matriculó en el colegio Nuestra Señora de los Desamparados, del poeta y periodista Antonio Medina y Céspedes. Allí aprendió cuanto el régimen colonial español permitía enseñar a los negros, pardos y pobres en general.

Temerosos sus padres de que pudiera verse comprometido en el movimiento insurreccional de La Habana y en sucesos sangrientos —como los ocurridos a fines de enero de 1869 en el Teatro Villanueva y en la histórica acera del café Louvre—, en mayo de ese mismo año lo enviaron a París, con el objetivo de que realizara estudios de carruajería —aunque luego, debido a su inteligencia y conocimientos, emprendió otras carreras, que, por falta de recursos, tampoco pudo terminar.

En la capital francesa, donde permaneció hasta 1876, tuvo el privilegio de ser testigo de la Guerra Franco-prusiana y los acontecimientos de la Comuna de París, hechos que influyeron decisiva y positivamente en su formación revolucionaria.

En alguno de sus varios apuntes autobiográficos —existentes en el Archivo Nacional de Cuba— afirma que, cuando salió de la



Isla, contaba catorce años y, por supuesto, aún no tenía un pensamiento político definido. Pero, aclara, que en contacto con las ideas más avanzadas de Francia y a partir de las informaciones que le llegaban sobre Cuba, bien pronto fue asumiendo el camino independentista a favor de su patria.

En 1872, debido a los conocimientos que ya tenía de la lengua francesa, según los referidos apuntes autobiográficos, sirvió como traductor al patriota cubano Francisco Vicente Aguilera, quien, en calidad de vicepresidente de la República en Armas, había viajado a Francia en unión de otros compatriotas para desarrollar actividades de propaganda y apoyo a la revolución cubana. Puede decirse que este encuentro fue decisivo para Juan Gualberto, porque en su contacto con ellos obtuvo noticias directas de lo que ocurría en la Isla. Su adhesión a las ideas y causas representadas por esos jefes la demostró con la ayuda que les prestó no solo como traductor, sino como conocedor del mundo parisino de la época. Aunque no existen muchos datos al respecto, hay algunas referencias de su posible vinculación a una expedición independentista que se trató de organizar durante la estancia del mencionado vicepresidente Francisco Vicente



Aguilera en Francia. En uno de sus apuntes autobiográficos podemos leer lo siguiente:

En 1869 teniendo 14 años, pues cumplí los 15 en París, fui mandado por mis padres a Francia para aprender el oficio de carruajero [...] Cuando en 1869 llegué a Francia, no tenía como era natural, opiniones políticas definidas. Sin embargo ya en el vapor que viajaba trabé relaciones afectuosas con un patriota esclarecido el abogado Dr. José Ramón Betancourt y con el malogrado hijo del marqués de Santa Lucía, Agustín Cisneros. Intimé en París con ellos y con ellos me inicié como separatista y revolucionario. Esa iniciación produjo un resultado: hacer definitiva mi devoción al ideal de independencia. Un incidente contribuyó a arraigar en mi esa devoción, allá por los años 1872 ó 1873 llegó a París el inmortal político Francisco Vicente Aguilera, Vice-Presidente de la República en Armas. Don José Ramón Betancourt y Don Gabriel Millet me indicaron servirle de traductor. El gran patriota, en las semanas que trabajé a sus órdenes, me impresionó de tal manera por su bondad y me abrió tales horizontes con su devoción a Cuba que me inculcó un amor definitivo al ideal por el cual sacrificó su cuantiosa fortuna, la paz de su hogar, su reposo y cuanto tenía. Por eso cuando dicen que soy discípulo de Martí, se equivocan: mi maestro en amor a la independencia de Cuba fue Aguilera.¹

Desde la capital francesa, donde el joven mulato cubano se nutrió del pensamiento más avanzado y adquirió gran cultura, escribió a su amigo en La Habana, Juan C. Alsina, algunas cartas reveladoras de su identificación con la causa independentista cubana. En una de ellas —localizada por este autor en el Archivo Nacional de Cuba y fechada en París, el 11 de marzo de 1873— al referirse a la desconfianza e inseguridad de algunos de sus amigos respecto al posible triunfo cubano, le expresó:

¿Qué importa eso Juan, que no triunfe Cuba? ¿Su causa es menos sagrada por eso. Es decir que un pueblo carece de derecho cuando no tiene mil bayonetas que lo defienda? Ah no, Juan, no. Las causas santas están protegidas por el Dios que protegió al cristianismo y ellas todas están destinadas a triunfar. Sobre las cenizas de las víctimas el altar de la patria se levantará y sobre el cadalso de los mártires ondeará la bandera de la libertad.

Y además ¿quién puede asegurar que Cuba no engendrará su San Martín?

Un hombre de mucho talento el más grande hombre literato de nuestra época, quiero decir, Víctor Hugo, ha dicho en una carta que dirigió al Sr. Luis Blaiset: “Cuba se separará de España como Haití se separó de la Francia. Haití dando la libertad a los negros ha hecho prevalecer el principio de que un hombre no tiene derecho a poseer otro hombre. Cuba hará triunfar este otro principio, no menos grande, de que un pueblo no tiene derecho a poseer otro pueblo”.

Esas palabras son tan lógicas y tan grandiosas que no dudo que cualquiera que las lea reconocerá que nuestra causa tiene que triunfar. Para ese triunfo cuenta con el valor de los cubanos y con el patriotismo de los que la dirigen [...] Y ahora yo le pregunto hay algún corazón que merezca el nombre de humano, que pueda negarnos el deber de defender a nuestra Cuba [...] Es desgraciado el español que no defienda a España; es desgraciado el cubano que no defienda a Cuba.²

En Francia también escribió versos, en los cuales se reflejan su romanticismo e ideas políticas y sociales, tal y como puede comprobarse en más de veinte poemas escritos en francés y español —localizados, asimismo, por el autor en el Archivo Nacional de Cuba. Están fechados en París (1872-1876), España —décadas del ochenta y noventa— y Cuba —durante la República. Veamos uno de esos poemas:

A Voltaire
Escrito después de haber visitado su estatua.

Soneto

*La uniforme y letal melancolía
Que reina sobre el mundo temeroso,
Es el fruto filósofo glorioso
De tu negra y sarcástica teoría.
Esa perpetua y cínica ironía
Que corre por tu labio malicioso
Ha derrumbado el templo religioso
Llamando la Impiedad Sabiduría
Los hijos de este siglo, sin creencia
Sin fe, sin esperanza y sin consuelo
Sufrimos de la duda el cruel tormento.*

*Y maldiciendo la funesta ciencia,
Deploramos en vano el alto cielo
Buscando un Dios que rija el firmamento.*

París, 1876.³

La estancia de Juan Guaberto en Francia —como ya habíamos sugerido antes— era costeada por sus padres, quienes, en 1874, al verse imposibilitados de continuar haciéndolo, le aconsejaron al hijo regresar a Cuba y hasta le enviaron el pasaje por intermedio del señor Mendive. Pero el joven e inteligente mulato —quien ya desde 1869 a 1873 había cursado estudios en la Escuela Monge, así como en una academia nocturna, y que luego había ingresado a la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París— decidió quedarse y retar a la capital francesa, parado frente al Sena, tal y como lo hizo en su momento el protagonista principal de la novela *Papá Goriot*, del célebre escritor Honorato de Balzac.

Sobre esta decisión y algunos pasajes de su vida en París, podemos encontrar alguna información en un artículo que escribió en diciembre de 1890 bajo el título: “Recuerdo de un periodista. Mi primer artículo”. Aquí, entre otros asuntos, explica cómo, luego de algunas dificultades y contratiempos para encontrar un empleo que le permitiera sostenerse y sobrevivir, se hizo periodista gracias al consejo y ayuda de amigos franceses. Primero, como corredor o buscador de noticias y, luego, como colaborador en la *Revue et Gazette des Théâtres*, de París —en donde firmara su primer artículo como “Gómez y Ferrer”.

Por el éxito alcanzado en dicha publicación, lo nombraron corresponsal de *Le Petit Journal Suisse*, de Ginebra. También colabo-

yemí honda - a. b. a. 2018

ró con *L'Evénement de Paris*, el periódico *Bien Público* y *Le Poyer*, de Lieja, Bélgica. Pero, según Juan Gualberto Gómez, el diario de verdadera importancia en cuya redacción puede decirse que hizo su aprendizaje como periodista, fue en *La Opinión Nationale*. Pero veamos la siguiente descripción suya, en el ya mencionado artículo:

Tenía yo diez y nueve años. Acababa de presentarme al examen de la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París, establecimiento que ha producido la pléyade admirable de ingenieros químicos, mecánicos y de construcción, que ha permitido a Francia concebir y realizar las obras grandiosas que le aseguran puesto tan privilegiado en la Historia del Arte y de la Industria contemporánea.

Calaveradas de la juventud, me habían arrastrado al punto de devorar en pocos años los ahorros penosamente acumulados por mis excelentes padres; y como éstos no podían sostenerme en las orillas del Sena por el tiempo necesario para que terminara mis estudios, habían decidido que regresara a la Habana, donde esperaban que utilizaría los conocimientos adquiridos en varios años de pupilage en la célebre Escuela Monge.

En aquella época no había problema de Álgebra elemental o superior que yo no resolviera; ni Teorema de Geometría analítica, cualesquiera que fuesen sus dimensiones, que no pudiera demostrar. Durante dos años consecutivos, los últimos que pasé en Monge, antes de sufrir el examen de ingreso en la Central, había sido siempre el primero o el segundo en la clase de matemáticas especiales, que contaba más de sesenta alumnos. Dibujaba como un arquitecto, me sabía de memoria el tratado de física de Carnot. No era fuerte en química, conocía palmo a palmo nuestro universo mundo, puesto que dibujaba los mapas en que otros estudiaban la geografía y no había acontecimiento histórico desde la fundación de Roma hasta el reinado del último Napoleón, cuya fecha no recordase y de cuyos autores no pudiera hacer una pequeña biografía.

Con esos elementos, creían mis padres que aunque no trajese más diplomas que los certificados de mis años escolares y mis notas de exámenes, podía ganarme fácilmente la vida como profesor, como empleado ó como mayordomo.

Pero ardía en Cuba la guerra por aquel entonces, y yo, que había salido de mi país al iniciarse la Revolución; no me resignaba a volver después de cinco años de cultura, de libertad y del contacto de la más refinada civilización, para de nuevo doblegar la cerviz al yugo del esclavo. Desesperado de convencer a mis padres tomé una resolución heroica. Una dignísima persona había recibido el encargo de equiparme, de saldar todas mis cuentas pendientes, de asignarme una pequeña cantidad para mis gastos de viaje y de tomar mi boleto para La Habana, que debía entregarme la víspera de mi salida de París. Cumplió su encargo al pie de la letra el señor Méndive. Despedíme de él la víspera del día en que zarpaba de Southampton el vapor inglés que tocaba en el Havre, donde yo debía embarcarme, pero en vez de hacer esto último, me quedé en París.

Y en este mismo artículo, más adelante, Juan Gualberto cuenta cómo sus amigos lo ayudaron, luego de su decisión de quedarse, así como todo lo que hizo para sobrevivir:

y mi honda a la de Santo

Me agasajaban con esa cariñosa generosidad que hace de los franceses uno de los pueblos más amables y hospitalarios del mundo [...] Pronto aprendí a almorzar con dos pesetas, pero la lavandera me arruinaba, aunque más tarde logré introducir alguna mayor economía en este ramo, con el uso de los cuellos y puños postizos. Mi frac estaba siempre correcto y mi corbata conservaban constantemente su blancura. Tenía el buen humor de los veinte años [...] nadie adivinaba que para pagar a la lavandera había tenido que acostumbrarme a no almorzar nunca y a comer con mucha irregularidad.⁴

Así, luego de tan importante estancia y experiencia adquirida en Francia para su formación intelectual y política, y donde sin haber concluido ninguna carrera se inició como periodista, salió rumbo a Cuba en el segundo semestre de julio de 1876. Llegó a La Habana en el vapor francés Ville de Bordeaux, el 10 de agosto de 1876, según aparece registrado en el *Diario de la Marina* del 12 de ese mismo año.

Ya en La Habana, comenzó a residir en la casa de Belascoán, número 20, propiedad de Montes de Oca, dueño del ingenio donde había nacido. Intentó abrir una academia para impartir francés, pero las autoridades españolas no se lo permitieron. Molesto y agraviado, a los pocos meses se marchó del país y regresó, procedente de México, en 1878, después del Pacto del Zanjón —que puso fin a la primera guerra de independencia. Fundó, en 1879, el periódico *La Fraternidad* para trabajar por la gente de color y a favor de la independencia cubana. En mayo de 1880, implicado en la Guerra Chiquita, fue detenido y desterrado a España donde permanecería hasta 1890.

Desde Madrid, el 5 de agosto de 1885, escribe —en francés— una extensa e interesante carta a su amigo haitiano de los días parisinos, Francois Saint Sauvin Manigat, entonces ministro de Instrucción Pública de Haití, donde le comunica que tiene un proyecto para escribir biografías en inglés y francés sobre y en defensa de las personalidades negras y mestizas del mundo, en el cual participaba, por Francia, el escritor Alejandro Dumas. En sus páginas vuelve a recordar sus días parisinos y le confía:

Cuando salió usted de París, me dejó en la Escuela Monge, donde permanecí hasta fines de 1874, época en que hice mi examen de ingreso a la Escuela Central. Permanecí en París dos años más y durante ese tiempo comencé a practicar el periodismo, oficio penoso que desde entonces ha sido mi sustento y mi arma de combate contra [ilegible] y los enemigos de nuestra raza.⁵

¹ Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativo y Remisiones, Caja 144, no. 64.

² *Ibidem*, Fondo de Adquisiciones, Caja 3, no. 3.

³ *Ibidem*, Caja 3, no. 11. Poemas manuscritos y mecanografiados en francés y español.

⁴ *Ibidem*, Caja 102, Signatura 10. "Recuerdos de un periodista".

⁵ *Ibidem*, Carta al haitiano Francois Saint Sauvin Manigat.

CIENTO CINCUENTA AÑOS DEL NATALICIO DE JUAN GUALBERTO GÓMEZ

EL PERIODISMO DE JUAN GUALBERTO

MIRALYS SÁNCHEZ PUPO

*Tiene el leopardo un abrigo
En el monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo
Porque tengo un buen amigo.*

JOSÉ MARTÍ.¹



“Él quiere a Cuba con aquel amor de vida y muerte, y aquella chispa heroica, con que la ha de amar en estos días de prueba quien la ame de veras. Él tiene el tesón del periodista, la energía del organizador, y la visión distante del hombre de estado”.² Así elogió José Martí al mulato que nació de vientre esclavo, vencedor de todo tipo de dificultades, que recibió reconocimientos por la tenacidad de su lucha sin perder una ética a prueba de fuego, y fuera, además, como mástil viviente en la fidelidad martiana e insobornable defensor de la soberanía y la independencia de Cuba durante los difíciles años iniciales de la República.

El acercamiento de Juan Gualberto a las informaciones, los artículos y las gacetillas propias del periodismo, tuvo lugar bajo la influencia de Francisco Vicente Aguilera, vicepresidente de la República en Armas, luego de su llegada a París en julio de 1872. El patriota había sido enviado para arbitrar recursos con destino al apoyo de la lucha iniciada el 10 de octubre de 1868, pero necesitó poner la verdad en su lugar ante las calumnias de algunos periódicos retribuidos de forma muy generosa por el cónsul de España en la nación gala.

Las barreras idiomáticas propiciaron la localización del intelectual pardo cubano en la Escuela Monge, quien hizo las traducciones al francés para contribuir en la polémica pública, cuyos fundamentos democráticos le explicó Aguilera. Los patriotas aspiraban a la conquista de la igualdad de todos los cubanos, y aquellos argumentos llenaron de asombro y amor los ojos del joven ante su interlocutor, quien, en el primer abrazo con la patria, se convirtió en su padre espiritual.

Juan Gualberto recibió una propuesta de sus amigos, que le animó a dedicarse al periodismo en momentos de limitaciones económicas. Llegó a una publicación dedicada a temas culturales y su primera reseña teatral no fue muy halagüeña, a pesar de haber pasado una noche rehaciéndola, una y otra vez, sin lograr colocar cada dato en su lugar preciso. Pero el director de la *Revue et Gazette des Théâtres*, quien se la había encargado, percibió falta de práctica en un joven de indudable talento y cultura: fue capaz de expresar juicios acertados y bajo su disciplina asimiló las reglas del ejercicio periodístico cotidiano.

No pasó mucho tiempo cuando se inició como corresponsal del diario *Le Foyer* de Bélgica. El nombre del mulato cubano apareció en el periódico *Le Petit Journal Suisse*, considerado de avanzadas tendencias, donde tuvo la oportunidad de publicar sus primeros

artículos políticos en torno a la agitada vida francesa. Con estos antecedentes, tuvo la oportunidad de asistir a los debates de la nueva constitución francesa para el reordenamiento de su Estado, a inicios de 1875. En medio de ellos conoció el despertar del parlamentarismo, donde las pugnas políticas propiciarían el debate. Le sirvió para interesarse en la búsqueda de los secretos de las formas de gobierno y el sentir popular, un aspecto que estará presente a lo largo de toda su vida.

Todo esto sucedió sin adivinar el valor que tendría la profesión que aprendía para la historia de Cuba, donde sería reconocido como un patriota de palabra oportuna en bien de su pueblo, sin atender a divisiones absurdas por el color de la piel o los límites de la miseria o la riqueza de algunos. Descubrió, muy temprano, el valor de contar con un lenguaje asequible y muy cercano a los menos instruidos, pero incorporándoles todo argumento de valor hasta cautivar a todos con los razonamientos de mayor trascendencia.

Huellas de un fundador

Juan Gualberto dejó la constancia de su paso por el periódico *La Lucha*. El acercamiento a Enrique José Varona, le permitió, más

y mi horroza a la deidad

tarde, convertirse en editorialista de la *Revista Cubana*. Pero su vida no podía significar una ruptura completa con sus años franceses y en consecuencia fundó el periódico *La Fraternidad*, el 17 de abril de 1879. Allí combatió en favor de los esclavos en su última etapa servil, desde una casita en la calle Empedrado, que sería, después, sede de otra de sus publicaciones durante la etapa colonial. La denominación escogida era un símbolo ideológico, un nítido programa para la lucha en favor de la fraternidad de los cubanos sin distinción de color ni de posición económicas o de jerarquía social. Y su director demostró con entereza, la estrategia de una lucha que estuvo presente a lo largo de su vida, cuando expuso, con hechos, que el combate contra la colonia "no es impulso irreflexivo sino [...] firme convencimiento de que su existencia es ya un contrasentido."³

Pero no le era suficiente el espacio de *La Fraternidad* y formó parte de los redactores de *La Discusión*, que dirigía Adolfo Márquez Sterling. En sus páginas publicó una crónica, dedicada a un concierto de la Sociedad "La Caridad" que fuera efectuado por artistas negros, que despertó una gran polémica. Como consecuencia, el periódico distribuyó un sueldo donde daba por terminados sus vínculos con Juan Gualberto y, justamente, su adversario en el debate producido fue a ocupar su plaza. Entonces, con la palabra ratificó su posición: escribió al director una misiva encargada de dejar clara su actitud.

El reencuentro de Juan Gualberto con su amigo don Nicolás de Azcárate, le permitió conocer al joven José Martí, con quien compartió inquietudes políticas hasta el descubrimiento de grandes coincidencias ideológicas que los convirtieron en inseparables luchadores por la independencia. Sus encuentros diarios coincidían con las campanadas de las tres de tarde, cuando el joven mulato atravesaba algunas calles hasta llegar al bufete de Miguel Viondi: allí le esperaba Martí. Descubiertos en labores conspirativas en apoyo a la Guerra Chiquita, ambos fueron desterrados de la Isla.

Por gestiones de Nicolás de Azcárate con Rafael María de Labra, político republicano español, a Juan Gualberto se le permitió salir de Ceuta —donde había sido confinado— y tener, más tarde, la posibilidad de permanecer en Madrid. Allí fue redactor de *El Abolicionista* y director de *La Tribuna*. En el periódico madrileño *El Progreso*, publicó un conjunto de trabajos sobre la realidad cubana durante el año 1884, que sus amigos le instaron a reeditar. Fueron reunidos en un folleto bajo el título de *La cuestión de Cuba*: en su prólogo se refirió al drama de un país que, cuatro siglos después de descubierto, era una factoría.

En palabras iniciales a la edición de 1885, se pueden conocer con claridad las cualidades del patriota y periodista, quien ante sus críticos aseguró:

[...] me causa extrañeza oír que me tachen de timorato, de débil, de "inocente", algunos que han esperado salir de los dominios de España para defender las libertades en Cuba y que cuando en 1879 y 1880 yo luchaba a pie contra el esclavismo antillano, preferían colaborar en los papeles reaccionarios y adictos al gobierno, a secundar mi campaña democrática y abolicionista. Esos si que se olvidan de que yo no he variado jamás mis opiniones ni de conducta, en cambio dejaron a un lado sus antecedentes, que los incapacitan aquilar

y mucho menos para poner en duda mi adhesión a los grandes principios de las libertades cubanas. Entre ellos y yo no hay diferencia que la que en tanto que he hablado siempre el mismo lenguaje en La Habana, Ceuta y Madrid, ellos han tenido especial cuidado de colocarse fuera del alcance de los tiros del despotismo para alardear de más patriotas, más cubanos, más firmes que los que, como yo, no han tenido tanta prudencia ni cautela."⁴

Juan Gualberto regresó a Cuba después de su destierro —a pesar de que su prestigio en España le hubiera permitido quedarse y ejercer como periodista— e hizo renacer la tribuna de sus sentimientos patrióticos en *La Fraternidad*. Escribió el artículo "Nuestros propósitos", donde delineó un programa de lucha que cerró con la frase "Por la Patria, por la libertad y por la democracia", cuando ya bullía en su mente su próxima batalla para declarar lícita la propaganda separatista en Cuba, a partir de las experiencias que vivió en la península.

Bajo estos presupuestos concibió la trascendental denuncia publicada el 23 de septiembre de 1890 bajo el título "¿Por qué somos separatistas?", cuyo contenido desató la furia de Camilo Polavieja, máxima autoridad en la Isla, que lo consideró un hombre atrevido e incómodo, y ordenó la desaparición del periódico. A Juan Gualberto se le colocó en prisión, con la exclusión de fianza; pero, dictado el fallo, se le concedió la libertad —pagada por suscripción popular— luego de ocho meses en la celda. Tuvo la oportunidad de esperar fuera de la cárcel los resultados de su reclamación ante las máximas autoridades jurídicas de España.

Entre las ideas principales planteadas en "¿Por qué somos separatistas?", se encontraron las siguientes:

Algunos periódicos conservadores, lo mismo en La Habana que del interior, han dado en la flor de asegurar que porque somos separatistas odiamos a España. Nada más estrecho y ridículo que ese modo de discurrir.

No, no podemos educar nuestros cerebros, instruir nuestra inteligencia en principios americanos para después que se nos gobierne a la antigua usanza europea.

No podemos continuar abogando por una cultura libre pensadora y laica y progresista, para topar después con leyes clericales, con prácticas reaccionarias.

No podemos seguir viviendo bajo el régimen de reacción, cuando nuestras aspiraciones y nuestra cultura reclaman un régimen de libertad.

No podemos vivir así; y porque a lo imposible nadie se obliga, por eso es por lo que defendemos y defenderemos la conciencia de que unidos en una aspiración de ideas y necesidades peninsulares y cubanos levantemos la voz de todos los medios, para decir a la metrópoli. La hora de la separación ha sonado. Démonos un cordial abrazo de despedida y que la suerte nos proteja a ambos.⁵

El Tribunal Supremo de España reconoció en su sentencia que Juan Gualberto estaba asistido por el derecho constitucional, siempre que no incitara a la lucha separatista. El éxito de su tozudez le había permitido colocar al gobierno colonial en el banquillo de los acusados, al analizar las circunstancias económicas y sociales que

diferenciaban a Cuba de su metrópoli. Sin temor alguno, podía continuar su batalla, entre otros, con el trabajo "La crisis en España"—publicado el 16 de diciembre de 1890—, donde las lanzas de sus palabras aseguraron:

En España ha bastado que media docena de periódicos llamaran las cosas por su nombre para que la opinión democrática se rehiciese y el gobierno conservador se viese en la necesidad de encerrarse en los límites de la ley. Aquí en Cuba, ha pasado otro tanto: aquí como en España, el poder se ha visto contenido por él espacio público. Se puede denunciar un periódico, llevar a la cárcel a un periodista. Pero no se puede ya luchar contra los sentimientos de un país que tenga medios aunque imperfectos, eficaces para manifestarlo.

En el título de otra de las obras fundacionales de Juan Gualberto estuvo presente la remembranza de sus años franceses, cuando inauguró las páginas del bisemanario *La Igualdad*, el 7 de abril de 1892—nueva trinchera de su apasionado periodismo que extendió su vida hasta el año 1894. En sus páginas tocó con elegancia los grandes extremos: las frivolidades mundanas y los comentarios de profundidad política a que ya tenía acostumbrado a sus lectores en memorables y cotidianas batallas con la fuerza de su palabra.

La publicación se convirtió en tribuna para la defensa de las libertades de la sociedad cubana, donde descolló el coraje sin vacilaciones del ya conocido periodista, quien abrió espacio para presentar ante todos la crítica a las autoridades, que discriminaban la entrada de los negros en los establecimientos públicos. El éxito alcanzado por el Directorio⁶ y el acceso de los niños negros a la escuela pública en igualdad respecto a los blancos, fueron honores ganados en bien de su pueblo por el también patriota, natural de Yellocino.

La opinión autorizada de *Patria* —del 16 de abril de 1892— saludó al joven periódico ante sus desvelos como tribuna de la sociedad cubana, al afirmar "Anuncia *La Igualdad* que viene a mantener las ideas de Juan Gualberto Gómez, fijadas en aquel prospecto de *La Fraternidad*, firme y generoso, que hace tres años leyó La Habana entera con admiración."

Luego del 24 de febrero, el patriota fue desterrado y llegó nuevamente encadenado a España. Al regresar, en 1898, continuó con sus colaboraciones con la prensa, a pesar de sus labores en la constituyente, donde demostró su patriotismo con el digno "no" a la Enmienda Platt. Al plegarse el Partido Republicano ante el apéndice constitucional, renunció a su condición de miembro. También abandonó su trabajo en *La Discusión*, que significaba el apoyo económico para mantener a su familia. Estos chispazos de un hombre de tanta altura ante sus ideales y opiniones, demostraron que siempre triunfó en él la ética ante cualquier criterio que no compartiera.

Juan Gualberto ya había pasado de los setenta años, cuando esa energía que le era característica para el debate cotidiano mediante las páginas de la prensa, lo inspiró para fundar otro periódico más donde estuvo presente el juicio oportuno y esclarecedor. Así nació *Patria*, que desde 1925 a 1927, recordó el nombre sagrado que lo uniera a Martí. En esta publicación hay muchos trabajos que muestran los frutos de una larga dedicación profesional y patriótica, con nuevas lecciones para el país como "La Reforma Constitucional", "Excursión imposible" y "Enseñemos nuestra historia".

Destellos de un estilo periodístico

Juan Gualberto Gómez cargado de patriotismo, saber y refinamiento cultural, fue un editorialista comprometido con las verdaderas soluciones para Cuba como demostró en trabajos como "La cuestión de Cuba", "¿Por qué somos separatistas?" y "El porvenir es nuestro", publicado este último en *La Fraternidad*, el 28 de febrero de 1893, y donde, con el lujo de su capacidad, expuso la situación de los partidos ante la selección de los diputados al Parlamento y la proximidad de la entrada de los cubanos en la escena política cuando afirmó:

Los días del régimen político están contados. Esto salta a la vista cuando se examina la actual situación de nuestro escenario político.

Y puesto que esa hora se aproxima, tengamos más que nunca calma, prudencia y serenidad, para no comprometer con la más leve impremeditación un provenir que podemos considerar como nuestro, que está formado tanto por el desaliento y los fracasos de nuestros adversarios como por nuestra perseverancia y nuestra fe en la santa causa de la Patria.

Entre las peculiaridades del periodismo de Juan Gualberto estuvo la claridad en los argumentos así como una capacidad para seleccionar, comparar datos para equilibrar sus debates con discreción y elegancia. Muchos son los trabajos audaces donde sobresalen estas características, pero vale el ejemplo dado en "La Polemiquilla": apareció en *La Igualdad*, el 20 de mayo de 1893, como respuesta a otras publicaciones que lo aludieron, aunque sin nombrarlo, en momentos en que algunos levantamientos en el oriente del país. Aprovechó para dejar sentada su posición ante lo que pudieran ser los verdaderos brotes de una revolución. En algunos de sus fragmentos podemos leer:

Y llegamos a un punto delicado, que no vamos a poder dilucidar, sino dejando a un lado todo recelo y toda prevención. Quien esto escribe se precia de tener el valor de las convicciones. Nunca —hasta ahora— ha disfrazado sus sentimientos.

El buen "escopetero" tiene grandísimo empeño en hacer constar que el "cronista" de la Revista se quedó en su casa.

No sabe el "escopetero", el servicio grandísimo que nos presta, propalando do urbi et orbi que no tomamos parte en motines aislados ni en movimiento cuya génesis ignoramos, cuya dirección desconocemos, o cuya generalización se nos oculta.

Nosotros, a nuestra vez, opinamos que la gente únicamente no basta. Que la organización, la bandera y el jefe son los elementos primordiales, puesto que ellos son los que traen a la revolución la gente útil y necesaria.

Y puesto que todos estamos satisfechos con lo que somos y hacemos, pongamos punto final al debate con *La Vanguardia*. Y hasta el martes, que contestaremos al *Diario de la Marina* de ayer viernes.

El periodista de abnegado trabajo entre dos siglos, siempre demostró dominio de los disímiles temas que trató, fueran puramente políticos, económicos, jurídicos, éticos, históricos. Pero fue capaz, al mismo tiempo, de llegar con gran sencillez a todos los niveles de la población. Su palabra en, "A El País y a Las Avispas", publicado

y mi horva a la de don

en *La Igualdad* el 20 de julio de 1893, presenta esa original forma de esbozar la respuesta patriota ante las propuestas de reforma del Plan Maura⁷ para Cuba, que no perseguía otro propósito que detener las aspiraciones independentistas de los cubanos. Su valiosa opinión sintetiza:

[...] Es sensato esperar que, siendo hombre de convicciones, habríamos de aplaudir el proyecto que no tiene siquiera ni la mitad de la más pequeña dosis de autonomía que pueda darse a una colonia civilizada?

Pues bien: contra esa pretensión me levanto con toda la energía de que soy capaz. Yo no experimento el deslumbramiento que otros paisanos míos tienen por el plan Maura, y como no lo experimento, lo digo con franqueza y lealtad, sin preocuparme si esa actitud mía disgusta a los liberales de Derecho o agrada a la Derecha de los conservadores. Yo voy hacia la independencia con todos los que allá vayan.

[...]

Sin embargo, a *El País* le parece mal que combatamos el proyecto Maura. Y *Las Avispas* llega hasta calificar de odiosa la actitud de los cubanos que tal hacemos. Por cierto que me alegra del calificativo, porque después de haberlo empleado respecto a los señores Labra, Varona y respecto a mí *Las Avispas*, no tendrá en lo adelante derecho para quejarse de ningún calificativo que apliquemos a su actitud.

Y es que deseo no tener que lamentar haber calificado de "odiosa" la actitud de ningún cubano que sirva a su patria con desinterés y siempre haya combatido por su completa libertad.

El Mulato de Vellocino, considerado como una personalidad por su labor patriótica y periodística desde los años de la colonia, recibió el reconocimiento de ser miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

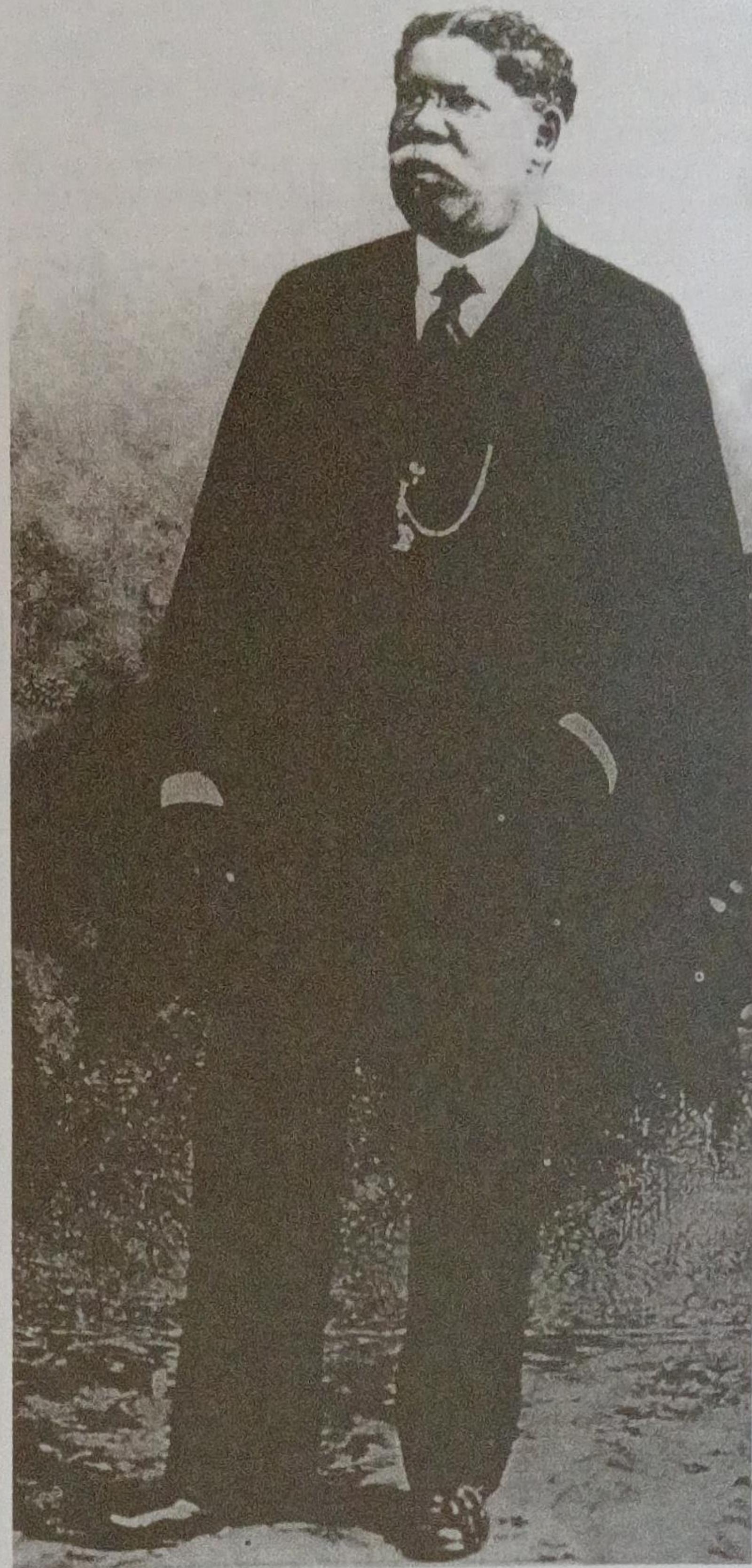
Fue un criollo alegre, de hablar agradable, con buen uso de los giros populares de la época, capaz de ser interlocutor ante políticos y hombres del pueblo con idéntica serenidad y simpatía.

Los razonamientos lógicos de Juan Gualberto en la prensa atraían la atención pública, donde se incluían, también, sus detractores. Buscaban sus trabajos para hurgar en su contenido y alcanzar una dimensión de las críticas con las valoraciones del sagaz periodista. Su mucha salud para el debate ante sus adversarios ideológicos era bien conocida, cuando el incansable patriota de poder con la palabra colocaba en su lugar la verdad. En este sentido se autodefinió:

Hace muchos años que pongo toda la inteligencia y toda la actividad que la Naturaleza me haya dado al servicio de una empresa que creo levantada: la libertad de mi país. Escribo, hablo, me agito, lUCHO para que mi país sea libre e independiente.⁸

La popularidad del Mulato de Vellocino entre todos los contendientes del ruedo político de la época lo demostró en trabajos como el titulado "Preparémonos", publicado en *La Igualdad*, del 18 de febrero de 1893, donde alertó sobre las sorpresas en este campo al afirmar:

Es indispensable que vayamos pensando todos en la posibilidad de que sobrevengan aquí, a una hora imprevista trascen-



denciales, y que nos dispongamos a hacer frente a las circunstancias que puedan producirse. Los destinos de Cuba, no están fijados de un modo permanente. El orden político existente no tiene nada de definitivo.

El cronista, por razón de su oficio, tenía información sobre los principales sucesos del país, aún cuando no habían nacido como noticias. En independencia de este privilegio, su pluma demostró, entre otras de sus capacidades, una indulgencia ante las opiniones contrarias —tanto de amigos como de opositores— a lo largo de su tenaz batalla cotidiana en la prensa. Así lo patentizó en uno de sus muchos debates, de 1893, donde aseguró lo siguiente:

y mi honda a la de San Joaquín

[...] Hubiéramos sentido "herir", en lo más mínimo al buen "escopetero". Reúne para nosotros tales condiciones de talento y respetabilidad, que nos honramos al contender con él, y que puede estar seguro de que si alguna vez le lastimamos, será sin quererlo. Si sucediere que alguna bala nuestra, contra nuestros deseos, le tocase; habríamos de poner tanto bálsamo en la herida, que, o tendría el corazón de piedra, o acabaría por olvidar la involuntaria ofensa.

No todos los días tropezamos con adversarios corteses e ilustrados. Cuando tenemos la fortuna de encontrarlos, si pudiéramos, los trataríamos mejor que a nuestros amigos. Porque esos adversarios, cuando discuten de buena fe, ayudan a disipar los equívocos y contribuyen a que la verdad resplandezca, como ha de resplandecer después de este debate.⁹

El inquieto Juan Gualberto fue fiel al espíritu de combate hasta en los momentos finales de la vida. Sin claudicar en sus convicciones, no olvidaba mezclar el gracejo que caracterizaba su peculiar forma de presentar sus trabajos con cierto halo humorístico, capaz de conminar agradablemente a la reflexión y de echar mano a un acervo cultural que le hace sobresalir como en un diariismo para todos y para cualquier circunstancia.

La rica personalidad de este humanista, estuvo presente en la profusión de su arsenal como cronista, donde hizo espacio a su gracia pícara, inserta junto a un rico anecdotario como recurso persuasivo que le permitía hacer llegar sus opiniones a una gran segmento de lectores.

Uno de los trabajos que con mayor posibilidad nos puede ejemplificar esta cualidad de dueño de la palabra para convencer y al mismo tiempo denunciar, apareció en una de las ediciones de *Patria* (1925-1927), publicación cuyo nombre lo unió con la identidad martiana que no pudo dejar de tener presente. En él le advierte al dictador Gerardo Machado sobre excesos de violencia en sus discursos políticos, de forma muy educativa, en correspondencia con ese estilo amable pero firme de sus páginas periodísticas, que argumentó sobre la base de recuerdos de sus lecturas juveniles: describió a un gran orador de la antigüedad, quien, para refrenar sus excesos, tenía a un amigo al pie de la tribuna para sonar de vez en vez un suave flautín. En "El pitazo salvador", del 10 de septiembre de 1925, podemos leer:

Porque no es posible ocultarlo ya: la oratoria del Señor Presidente de la República, cada día se hace más ruda y violenta. Cuando recibió a los liberales habaneros, estuvo duro, desde luego, esa dureza se acentuó, al hablar a los matanceros [...] Como aún faltan los discursos a los camagüeyanos y a los orientales, no deja de inspirar inquietudes y sobresaltos, lo que pueda declarar el Señor Presidente, si ha de continuar en gran ascendente su vigorosa elocuencia.

Y eso no es generoso. Ni es bueno. Créalo, General: hay ocasiones en que si la palabra es de plata, el silencio es de oro.

Nuestro destacado periodista fue un optimista que no conoció la palabra derrota. Como un abanderado de nuestro glorioso pasado animó que la historia debía ser difundida. Entre sus observaciones de la cotidianidad estuvo su mesurada respuesta ante la actitud de jóvenes que se burlaron de una manifestación de veteranos y sobre la cual, con su acostumbrado magisterio en el debate, mostró sus

cualidades en este reflexivo hacer profesional. Observamos esos valores en el trabajo "Enseñemos nuestra historia", publicado en *Patria*, el 19 de marzo de 1925. En sus líneas nos asegura:

Es indudable que la actitud esos jóvenes merece censura; pero, a más de ello merece que estudiemos la causa de que un elemento tan dispuesto al entusiasmo y a la admiración, llegue al extremo de faltar a la consideración y al respeto que imponen a todo pecho honrado a los cubanos que lucharon y quienes expusieron su vida en los campos de batalla para hacer de su país una patria libre y soberana.

Excusemos, pues, a los equivocados jóvenes de ayer. Su reprobable actitud tiene una excusa de que proviene de su desconocimiento de lo que valen y significan aquellos a quienes, irreverentemente, motejaba. Pero para ser completamente justos, empecemos por culparnos también nosotros mismos, dandonos cuenta de que no enseñamos bastante nuestra Historia a la juventud patria.

Este defensor de la difusión de las ideas nos convence con la vigencia de su ejemplo y nos insta a seguirlo...

¹ José Martí, *Obras Completas*, t.16, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 122.

² *Ibidem*, t. 4, p. 418.

³ Leopoldo Horrego Estruch: *Juan Gualberto Gómez, un gran inconforme*, Editorial Mecenas, La Habana, 1949, p. 85.

⁴ "Prólogo de La Cuestión en Cuba" (Rafael Marquina: *Juan Gualberto en sí*, Instituto Nacional de Cultura, La Habana, p. 152).

⁵ "¿Por qué somos separatistas?" (Angelina Edreira de Caballero: *Vida y obra de Juan Gualberto Gómez*, La Habana, pp. 35 y 38).

⁶ Juan Gualberto Gómez demostró su capacidad organizativa al reunir a los sectores negros de todo el país en el Directorio Central de las Sociedades de Color, que tuvo un importante papel en la preparación ideológica de sus integrantes y alcanzó una decorosa equiparación social de sus miembros en la sociedad cubana de su época.

⁷ Antonio Maura era Ministro de Ultramar cuando propuso algunas reformas como aparentes concesiones de España a la Isla, que algunos pusilámines aceptaron como suficientes para rechazar el programa del independentismo, aunque, finalmente, el político español no alcanzó el éxito esperado en sus planteamientos en la península. El periódico *Patria*, en su edición del 9 de septiembre de 1893, criticó categóricamente esta propuesta al afirmar que el país necesitaba transformaciones profundas.

⁸ "A *El País* y a *Las Avispas*", *La Igualdad*, La Habana, 31 de agosto de 1893.

⁹ Leopoldo Horrego Estruch: *op. cit.*, p. 82.

ym: horrova - clade

JOSÉ MARTÍ EN EL DECURSAR ANTROPOLÓGICO DE FERNANDO ORTIZ

JESÚS GUANCHE

La obra magna de José Martí, tanto en el ámbito de su acción política como en sus textos, ha marcado un hito indeleble en el pensamiento cubano, latinoamericano y caribeño de la segunda mitad del siglo xix y ha trascendido hasta nuestros días, muy especialmente en quienes han tratado de guiar su vida bajo el paradigma martiano de la justicia social —sintetizado en la idea incluyente de “Con todos y para el bien de todos”.¹

Otro de esos grandes hombres, cuya obra se desarrolla y madura en la primera mitad del siglo xx, fue el sabio cubano Fernando Ortiz (1881-1969), quien cargó sin pandeárselo ^{3/4} al decir de Juan Marinello (1898-1977)^{3/4} el altísimo título de “tercer descubridor de Cuba”, en secuencia cronológica con Cristóbal Colón en lo geográfico y Alexander Von Humboldt en el vasto campo de las ciencias naturales.

En este sentido, nos proponemos reflexionar sobre la significación e influencia de la obra martiana, particularmente de sus ideas humanistas y antirracistas, en las investigaciones antropológicas de Fernando Ortiz. La apreciaremos como parte de su acción sociocultural y política para enfrentar el racismo y la discriminación racial, unas de las peores lacras ideológicas creadas por la especie humana, que cobraron fuerza en el momento histórico que le tocó vivir —de modo especial en la etapa de entreguerras y durante la Segunda Guerra Mundial. La doctrina racista renace ahora como hierba que envilece el jardín de todo lo creado por las culturas de los pueblos, habitantes de la pequeña esfera azul en el inmenso universo.

Martí en Ortiz: los primeros pasos

La interpretación y valoración adecuada de la obra martiana fue una de las ocupaciones fundamentales de la intelectualidad cubana, que se enfrentó a un proyecto sociopolítico de República marcado por la frustración de la guerra de independencia (1895-1898) y por la injerencia plena del neocolonialismo norteamericano en la vida de la nación emergente.

La memoria histórica —reciente entonces— sobre la acción emancipadora de José Martí representó un asidero para quienes tra-



taron de llevar a la vida pública y a su acción personal la obra y el pensamiento del Apóstol de la nación cubana.

Sin embargo, en la obra temprana de Fernando Ortiz —como *Los negros brujos* (1906), *El pueblo cubano* (escrito entre 1908 y 1912), *La crisis política cubana: sus causas y remedios* (1919), *La decadencia cubana* (1924) y otras del primer tercio del siglo xx— no hay referencias a los textos martianos.²

Por esos años, la actividad política de Ortiz, quien había ingresado al Partido Liberal y fue electo a la Cámara de Representantes (1917-1927), se encontraba limitada por su ideología liberal-reformista, que concebía el cambio republicano a partir de cuatro principios básicos, como bien ha sintetizado la doctora Ana Cairo.

Primero: La necesidad de una reestructuración del sistema de instituciones políticas y sociales de la República. Entre las necesidades vitales estaba la de una nueva constitución.

Segundo. La voluntad de una lucha permanente —encabezada por la opinión pública— contra la corrupción política y económica de los gobernantes. En tal sentido, se mantenía adscrito a la tesis de la “virtud doméstica” que propugnaba Manuel Márquez Sterling (1872-1934), como factor de equilibrio interno que podría evitar la humillante introducción neocolonial de los yanquis.

Tercero: La defensa del interés social de elevar el acceso a la educación de la mayoría del pueblo cubano. La actualización científica y la educación cívica podrían ser los factores primordiales para enseñar a las nuevas generaciones la importancia de la fuerza de la ciudadanía en contra de los males republicanos —como la corrupción administrativa, el robo y el nepotismo, entre otros.

Cuarto: Las funciones patrióticas de la intelectualidad, la cual servía al pueblo al facilitar los conocimientos imprescindibles acerca de los problemas de la República. De este modo, la misma contribuía a las reformas, sin descartar que algunos intelectuales podrían o deberían dirigirlas.³

Estas ideas se vienen abajo con el fracaso de la Revolución de 1930 y el exilio de don Fernando en los Estados Unidos de América, entre 1930-1934, como parte de la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado (1871-1939).

El nexo de Fernando Ortiz con la obra martiana, aún conocida de modo incompleto, se pudo haber efectuado gracias a las relaciones de su suegro Raimundo Cabrera (1852-1923) con Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915). Ellos se habían conocido en el exilio en Nueva York durante la guerra de 1895-1898. Quesada había sido secretario e hijo espiritual de José Martí y asumió la honrosa tarea de publicar, como albacea, los primeros tomos.

La amarga experiencia de la Revolución del 30 posibilitó reorientar los esfuerzos hacia el conocimiento e interpretación de la obra martiana durante la etapa 1936-1958. Este proceso coincidió con el surgimiento de varios gobiernos fascistas europeos y en ese contexto fueron, precisamente, Fernando Ortiz y Raúl Roa (1907-1982) los primeros en acudir a los textos antirracistas de José Martí como instrumento ideológico para la lucha política antifascista.

Paralelamente, durante esta etapa republicana se promueve de manera creciente e intensiva el conocimiento de la vida y la obra del apóstol de la revolución cubana.

Entre 1936 y 1947 Gonzalo de Quesada y Miranda (1900-1976) da continuidad a la gran tarea de su padre y logra publicar, con fines patrióticos, nuevos textos martianos que son vendidos a bajos precios en escuelas, bibliotecas y otras instituciones interesadas. De ese empeño salió la primera versión de las *Obras completas*. En 1941 el propio Quesada y Miranda encabeza, en la Universidad de La Habana, la apertura del Seminario Martiano, anexo a la dirección de Extensión Universitaria. La divulgación llega luego hasta el Aula Magna del alto centro docente, mediante cursos especiales impartidos por reconocidos profesores como Raimundo Lazo (1904-1976) y Jorge Mañach (1899-1961).

Entre 1940 y 1952 el escritor Félix Lizaso (1891-1967) aborda la publicación del *Archivo José Martí* y da a conocer inéditos e interpretaciones sobre su vida y obra.

Al mismo tiempo, la realización del conjunto monumental de la Plaza Cívica de La Habana (1937-1958) —hoy Plaza de la Revolución José Martí— y el mausoleo en el cementerio Santa Ifigenia en Santiago de Cuba —concluido en 1951— generaron una amplia campaña nacional, que presionó a los gobiernos de entonces a aportar parte de los recursos financieros para su construcción.⁴

El diseño de un plan de conmemoraciones en torno a José Martí implicaba resaltar los cincuentenarios de la Fundación del Partido Revolucionario Cubano, el inicio de la Guerra del 95 y su muerte en Dos Ríos. En esas actividades, entre 1941 y 1945, ocupa un lugar cimero la figura de Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964) desde su Oficina del Historiador de La Habana, fundada en 1937.

Todo ese proceso tuvo su culminación en las actividades conmemorativas por el centenario de su natalicio el 28 de enero de 1953. El centenario

[...] devino el monumento histórico más alto en la consolidación de la vocación martiana del pueblo cubano. Dicha filiación ideológica se convirtió en uno de los factores esenciales de los nuevos proyectos políticos, que legitimaban el combate contra la segunda dictadura de Fulgencio Batista (1952-1958). Se repetía la epopeya popular de la Revolución del 30.⁵

Ortiz, acerca de Martí

Como parte de su extensa obra escrita, Fernando Ortiz dedicó conferencias, discursos, ensayos y reseñas al apóstol de la independencia cubana.

Entre sus variadas inquietudes lingüísticas y sus búsquedas incesantes sobre los aportes léxicos de otras culturas al español de Cuba, Ortiz publica en 1939 un breve ensayo titulado “‘Cañales’, dijo Martí”,⁶ con el propósito de someter a discusión una arraigada confusión terminológica al identificar a las siembras de caña de azúcar con el término *cañaveral*, derivado de otra planta usada para forraje en España, y no a la que se le extrae el dulce jugo.

Su defensa del término *cañal*, reconocido entonces por la Real Academia de la Lengua Española, lo apoya en el texto martiano cuando refiere:

Un lingüista tan consumado como José Martí debió de apreciar la impropiedad intrínseca de la voz *cañaveral* por no referirse a cañaveras, y, aun cuando siguió el uso corriente, no vaciló en usar con igual objeto el vocablo *cañal*, que mejor satisfacía el exquisito gusto de quien como él era un enamorado de las palabras bellas de sonoridad y puras de sentido y las saboreaba con placer. Por eso José Martí no tuvo inconveniente en escribir *cañales*, y no *cañaverales*, en este delicioso cuadrito de la vida rural guatemalteca.⁷

Casi al salir el libro de Gonzalo de Quesada y Miranda, *Martí, hombre*, en 1940, Ortiz escribe una breve pero enjundiosa reseña⁸ que no solo resalta la labor del autor, enfrascado en el titánico empeño de preparar las *Obras completas* de Martí, sino en el valor del texto, que aproxima al lector al quehacer múltiple de un especializado martista —pues casi nunca don Fernando empleó el adjetivo *martiano*.

La obra recorre “la vida de Martí en literatura, en música, en religión, en filosofía, en arte, en novela, en psicología, en erudición o en ideología política o social”,⁹ a la vez que se propone el conocimiento de su vasta obra.

Esta reseña, que resalta el apostolado martiano, concluye con una evocación al contexto del primer gobierno de Fulgencio Batista: “En los templos siguen los mercaderes, en los atrios los fariseos y en los pretorios los Pilatos que por lavarse las manos en público ya dan por limpiadas sus conciencias”.¹⁰

En pleno auge del fascismo alemán en Europa, Ortiz imparte una conferencia el 9 de julio de 1941, en el Palacio Municipal de La Habana —hoy Museo de la Ciudad de La Habana—, en un ciclo en homenaje a José Martí organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, que ese mismo año aparece publicada como “Martí y las razas”.¹¹

Constituye un texto de lectura obligada, que mezcla hábilmente vivencias personales de la vida republicana en ciernes, aspectos claves de la historia cubana en relación con la participación de múltiples seres humanos de la más variada pigmentación epitelial en las guerras independentistas, las secuelas racistas del darwinismo y el evolucionismo con sus desacertados intentos clasificatorios, las causas del expansionismo colonialista en la argumentación antropológica del racismo, a la vez que reconoce las inconsistencias científicas de intentar clasificar algo inexistente como las "razas" —tal como ha demostrado recientemente el mapa del genoma humano.¹²

En este sentido refiere: "Averiguar cuál es el número de las razas, ha dicho Von Luschen, es tan ridículo como el empeño de los teólogos cuando discutían el número de ángeles que podían bailar juntos en la punta de una aguja".¹³

A partir de las anteriores reflexiones acude a las múltiples ideas extraídas de los textos martianos, que sirven para desconstruir la falacia biológica de las razas humanas. Si bien Ortiz afirma que: "La obra escrita de José Martí no es un tratado didáctico, ni siquiera una faena sistemática, sino una producción fragmentaria, casi siempre dispersa en versos, artículos, discursos y manifiestos"; reconoce que "En toda la obra de Martí hay una vertebración interna que la articula, una idéntica y medular vitalidad que la impulsa".¹⁴

Inmediatamente acude Ortiz a la afirmación rotunda de Martí, tantas veces referida:

No hay odio de razas porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las *razas de librería*, que el viajero justo y observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resulta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y color.¹⁵

Lo anterior le sirve de base para identificar la esencia misma del racismo, no en causas de aparente desigualdad biológica, sino en sus verdaderas causas: las diferencias económicas y sociales, que sirvieron de sostén a las expansiones coloniales y, en consecuencia, a la gigantesca e infranqueable brecha entre países y regiones ricas y pobres hasta llegar a la situación de nuestros días, en que la sostenibilidad del orbe pende de un frágil hilo de araña.

Ortiz encomia la crítica martiana a quienes, desde cualquier pertenencia antropomórfica, practican directa o sutilmente el racismo en una u otra dirección.

Basado en su anterior conferencia, Ortiz escribe un importante artículo sobre "Martí y las 'razas de librería'", que sirve para la confrontación internacional de estas ideas, pues aparece publicado en *Cuadernos Americanos*, de México, en 1945.¹⁶ Tanto este trabajo como otros precedentes y siguientes,¹⁷ son parte de una denodada batalla ideológica contra el racismo y sus secuelas, tanto para la opinión pública nacional como al nivel continental y mundial.

Ortiz resalta entonces la vigencia de las ideas de Martí sobre las supuestas "razas" y contra el racismo. Vuelve a desconstruir el mito racista a partir del estigma bíblico del patriarca Noé en todo el ámbito de la cultura occidental. Cómo en América se aplicó este estigma a los indios por el padre Gumilla y por Las Casas en relación con los africanos; y cómo "Ese racismo llegó a tales absurdos que fray To-

más Ortiz y fray Diego de Betanzos sostuvieron que los indios eran como bestias y que por tanto eran incapaces del bautismo y demás sacramentos",¹⁸ sin dejar de hacer alusión a la bula papal de Paulo III, en 1537, y al fanatismo teológico de Juan de Torquemada, quien llegó a escribir: "por justo juicio de Dios, por el desconocimiento que tuvo Cam con su padre, se trocó el color rojo que tenía en negro como carbón y, por divino castigo, comprende a cuantos de él proceden".¹⁹

Ortiz logra probar cómo en vida de Martí y aun tras su caída en combate, en Cuba se llega a publicar en 1896 el libro del presbítero Juan Bautista Casas con argumentos semejantes en relación con las sublevaciones de esclavos y las consecuencias del castigo divino.

En el desarrollo del texto Ortiz hace referencia a varias ideas esenciales de Martí sobre el tema, pero llama la atención —por su dramática vigencia— la que escribe en 1884, tras la muerte de Benito Juárez: "La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar la América".²⁰

Y no se refiere, por supuesto, a esa parte de América que con pleno orgullo denomina "nuestra", sino a todo el continente. Esta es todavía una asignatura pendiente por resolver en América, pues los pasos dados han sido resultados de la lucha del movimiento indígena, pero los nuevos que hay que dar tienen que ser *con* los indígenas.

El 28 de enero de 1953, Fernando Ortiz pronuncia el discurso solemne del primer centenario de José Martí,²¹ en el Capitolio Nacional. El honor es inmenso y la responsabilidad mayor. El entonces "honorable señor presidente" había encabezado el 10 de marzo de 1952 un artero golpe de Estado y se había instalado en el poder contra la voluntad popular; había comenzado la Guerra Fría tras la Segunda Guerra Mundial y el orador no oculta la tensa situación nacional e internacional.

Pero, inmediatamente, el hilo del discurso va al centro mismo de la figura homenajeada. Valora las ideas independentistas, democráticas y humanistas de José Martí, así como su proyección universal; justamente todo lo contrario de lo que acontecía en la situación política del país.

Las argumenta con ideas centrales del pensamiento —a su decir— *martista*. En relación con la *libertad* evoca un texto con plena vigencia, que, a su vez, vincula con el carácter relativo en la valoración de las culturas de los pueblos: "No hay pueblo en la tierra que tenga el monopolio de una virtud humana: pero hay un estado político que tiene el monopolio de todas las virtudes: la *libertad ilustrada*".²²

Relaciona estas ideas con la propia historia de Cuba y de América, al tiempo que compara, de manera sintética, el humanismo libertario de Bartolomé de Las Casas con el de José Martí, como apertura y cierre de un proceso que continúa.

Fernando Ortiz, agudo observador y analista, reconoce que "[...] José Martí está embebido de la ciencia antropológica de su época. Él siente [...] 'la garra de Darwin', marcha 'con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro'; pero su mente niega los fatalismos racistas."²³

La comparación entre ambos humanistas de los siglos xvi y xix es una joya de la oratoria, que ahonda en múltiples intersticios de

la obra del fraile sevillano y del poeta habanero, mientras permite constatar la universalidad de ambos y la continuidad histórica del pensamiento humanista en América.

Ortiz cierra este discurso apoyado en la "fe martista", al subrayar que "Martí no ha muerto", y vuelve a referirlo cuando evoca su trascendentalidad: "La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida",²⁴ para concluir con una enardeceda paráfrasis del Padre Nuestro.

Martí, padre nuestro que estás en la gloria de tu doctrina, de tu ejemplo, de tu pasión y de tu sacrificio, siempre venerado sea tu nombre; venga a nos tu inspiración pura para que se cumpla tu voluntad, nos perdonemos recíprocamente las culpas, haya paz en nuestra tierra y que los pueblos, libres de malas tentaciones, tengan seguro el sustento de cada día y el pleno, pacífico y progresivo goce de la vida como fue tu promesa, "con todos, y para el bien de todos", por el amor, el trabajo y la ciencia. ¡Que así sea!²⁵

La culminación de este homenaje en su centenario la hicieron, sin lugar a dudas, los jóvenes que, el 26 de julio del propio año, reiniciaron el proceso de lucha revolucionaria que triunfa el 1 de enero de 1959.

El texto "La fama póstuma de José Martí",²⁶ publicado en 1957, sirvió de introducción al libro de Marco Pitchón acerca de *José Martí y la comprensión humana*. El volumen, escrito por "un esmirnés de espíritu elevado, muy tenaz, laborioso y amigo de este país, que desde hace décadas vive en La Habana afincado y con sus hijos aquí nacidos",²⁷ representa una significativa contribución de la colonia judía de Cuba. El autor era entonces presidente de la Sociedad "Bené Berith Maimónides", dè La Habana, una rama de la sociedad internacional fundada en Nueva York, en 1843, que poseía unos trescientos mil miembros y unas setecientas logias.

Este texto tuvo una amplia distribución internacional y fue una forma inmediata de dar a conocer el ideario de José Martí. Al mismo tiempo, constituía una excelente oportunidad para resaltar la presencia hebrea en Cuba, desde la llegada de Cristóbal Colón hasta aquel momento.

Tras valorar la inmigración judía, encubierta o reconocida, Ortiz considera: "El mismo José Martí parece de ascendencia semítica, por su arcaico apellido de Valencia, antaño tan cundida de levantinos",²⁸ y todo parece indicar que Ortiz estaba en lo cierto, pues los apellidos Martí e incluso Pérez, por su madre canaria, aparecen recogidos en el levante español en un interesante documental exhibido en el Canal 2 de TV Española —denominado *El estigma chueta*—, dedicado a la presencia judía en Mayorca, junto con los movimientos migratorios desde la España peninsular.²⁹

El libro, refiere Ortiz, incluye un conjunto de opiniones de jefes de Estado, gobernantes, intelectuales y sacerdotes de diversas religiones de América, África, Asia y Europa. Esa ocasión constituye la primera vez que Ortiz valora las ideas de José Martí sobre la religión, basándose en sus propios textos. Tanto respecto a sus criterios generales sobre el pensamiento religioso, en general, como al cristianismo, en particular, las ideas martianas son ampliamente flexibles y profundamente reflexivas.

Uno de tantos ejemplos lo relaciona Ortiz con la crítica martiana al dogmatismo religioso:

El predominio de un solo dogma es funesto al desarrollo de la mente y el carácter de un pueblo, máxime si es autoritario y fanático. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel estado medroso e indeciso a que desciende la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible.³⁰

El mismo intelectual que leyó emocionado la "Oración a Martí" en su centenario, reprochaba años más tarde:

La República de Cuba ha sido ingrata con las obras de las más prestigiosas figuras intelectuales de la patria. Ni Poey ni Varona, ni otros, han merecido todavía la edición póstuma de sus obras completas. Tampoco le ha rendido esa honra a Martí la república por él creada.³¹

La evidente admiración de una parte de la intelectualidad no se correspondía con la abulia de los gobiernos republicanos.

Presencia martiana en la obra madura de Fernando Ortiz

Las reiteradas lecturas de los textos martianos, así como las diversas actividades conmemorativas que incluyeron conferencias y discursos, repercutieron en varias obras de carácter monográfico, realizadas por Fernando Ortiz en las décadas de 1940 y 1950. Tales son los ejemplos del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), *El engaño de las razas* (1946) e *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (1959).

Contrapunteos de humo y dulzura

La obra más conocida y divulgada de Fernando Ortiz es su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*,³² una joya ensayística de las letras hispanoamericanas. Inspirado en *El libro del buen amor*, pero ajustado a la realidad histórico-cultural, social y económica de Cuba, Ortiz aborda un rico estudio comparativo entre el autóctono tabaco y la inmigrante caña de azúcar, cual síntesis de la formación de la nación cubana.

En esta obra se observan reiteradas citas y alusiones a la obra martiana, tanto para referirse al tubo amargo de hojas secas, que es convertido en cenizas, aunque de trato delicado durante su siembra, cosecha y confección artesanal, como a la gramínea que, cortada y procesada industrialmente, se transforma en cristales de azúcar.

Durante el estudio pormenorizado sobre el tabaco, don Fernando recurre a la identificación martiana respecto a "la planta amable que da humo, compañero del hombre".³³ Aunque para que la planta tenga buenas hojas todo depende de su adecuado cultivo y de la habilidad del veguero. En este sentido reitera Ortiz:

Y el apóstol de las libertades de Cuba José Martí exaltaba la inagotable devoción del veguero, consagrado a cuidar cada mata de tabaco "con sus manos cuidadosas, del sol excesivo, del grillo rastretero, del podador burdo, de la humedad putrefactora".³⁴

En sus reflexiones sobre el tabaco y su significación sociopolítica para la historia independentista cubana, Ortiz recuerda:

Como [Martí] les dijo a los tabaqueros de Tampa, en su famoso discurso revolucionario del 26 de noviembre de 1891,

y mi honda a la de David

ellos trabajan "con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan". Y habló de "aquellos fábricas que son como academias con su leer y su pensar continuos, y aquellos liceos donde la mano que dobla en el día la hoja de tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar".³⁵

Más adelante, en el capítulo XI, "Del vocablo 'cañal' y de otros del lenguaje azucarero", Ortiz retoma las palabras de Martí sobre el tema, ya referido en el artículo que publicara en 1939, a la vez que enfatiza:

Y aducimos la autoridad de Martí como la de un maestro del lenguaje. Aun sabiendo que habrá que seguir el uso corriente del vocablo impropio, de la misma manera que, dentro y fuera del idioma, continuarán no pocos usos, vulgares e igualmente corrompidos pero mucho más trascendentales y dignos de abominación, a pesar de que también para evitarlos se invoque a veces y siempre inútilmente la excelsa autoridad del mismo Martí.³⁶

La polémica sobre las "razas" y contra el racismo

La culminación del conjunto de artículos, cartas, discursos y actividades realizadas para demostrar la falacia de las "razas humanas" y, al mismo tiempo, denunciar el estigma del racismo, lo da a conocer Ortiz con su libro *El engaño de las razas*, donde efectúa un pormenorizado análisis crítico del estado de la cuestión hasta ese momento. Para ello, entre su amplia bibliografía, acude, necesariamente, a la obra martiana.

Vale destacar el primer exergo del prólogo, dedicado a la rotunda afirmación de Martí acerca de que: "No hay odio de razas porque no hay razas", ya referido en su texto sobre "Martí y las razas" (1941).

En el desarrollo del capítulo X, sobre "Razas puras y razas impuras", Ortiz acude a diferentes clásicos de la antropología, como el francés Montandon³⁷ y el norteamericano Boas³⁸ entre otros, para desmontar el mito de las "razas puras". Para ello vuelve a recurrir a la idea martiana en torno a las supuestas "razas de librería".³⁹

En el capítulo XI, sobre "La jerarquía de las razas", así como sus implicaciones sociales e ideológicas, Ortiz alude a otro mito, el de la supuesta superioridad blanca y refiere:

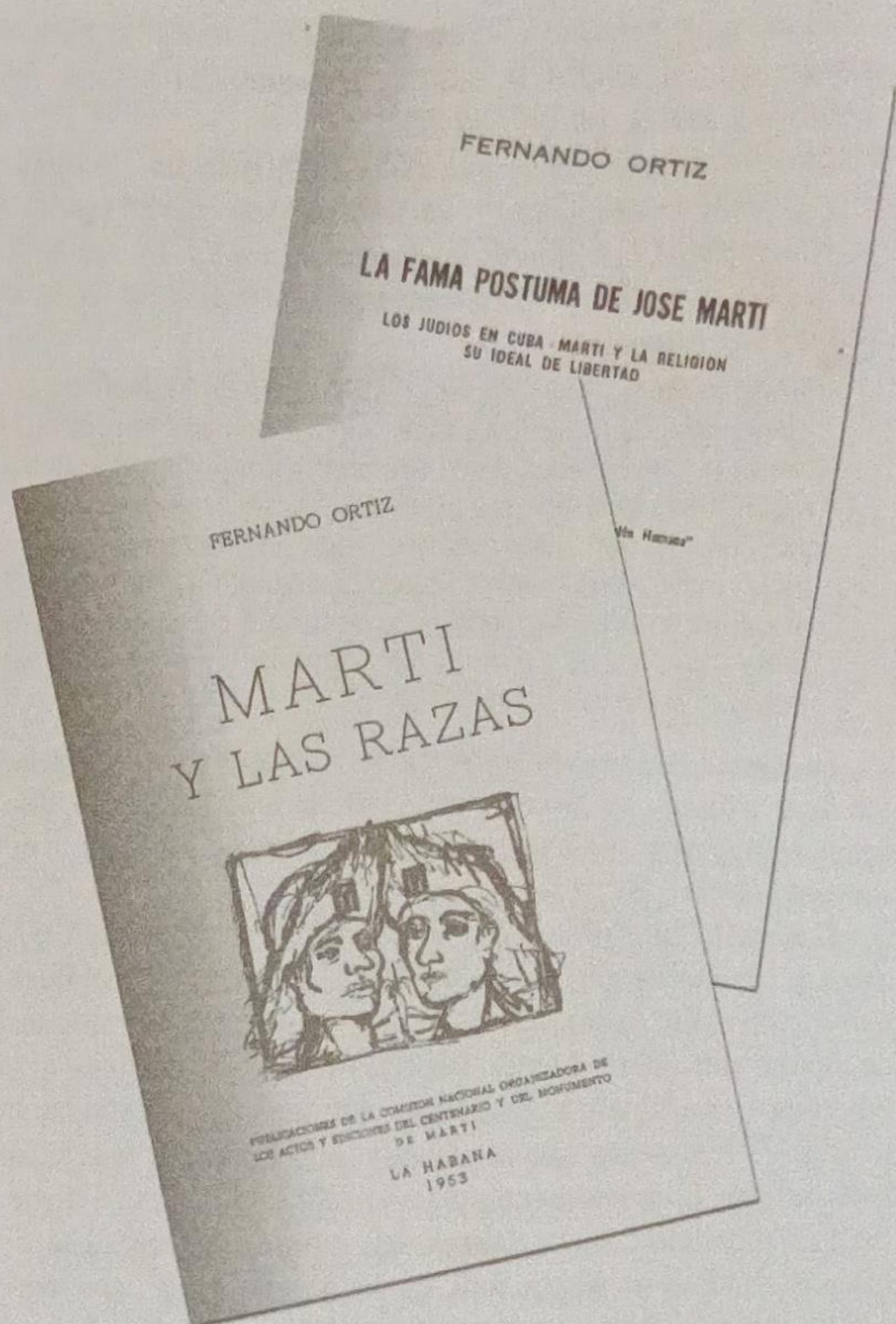
El gran cubano José Martí lo dijo con elegancia metafórica y profundidad ética: "En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan ante todo su propio interés; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan antes que todo el interés humano".⁴⁰

Al cierre del capítulo XII, donde cuestiona si "¿Hay razas humanas?", Ortiz retoma la idea martiana acerca de las "razas de librería" y concluye con Martí lo que había abierto en el exergo del prólogo: "No hay odio de razas porque no hay razas".

Este importante libro —seguido por unos y desconocido por otros— adquiere hoy una especial vigencia cuando muchos autores contemporáneos vuelven a cuestionarse la existencia biológica de las razas humanas y sus terribles secuelas en los órdenes sociocultural y económico.

Contra námenes demoniacos

La aparición de la *Historia de una pelea cubana contra los demonios* no es una simple narración de acontecimientos ocurridos a mediados del siglo XVII, en la región central de Cuba, sino un pro-



fundo estudio demonológico con múltiples implicaciones para la cosmovisión teológica del catolicismo y para el tratamiento del otro culturalmente diferente en las relaciones cotidianas.⁴¹

Con este propósito, también Ortiz acude con mayor reiteración que en la obra anterior al pensamiento martiano.

Para significar el valor del contexto histórico y su relación con la realidad compleja, desde el "Prólogo" se apoya en la idea martiana que sentencia: "Hace daño a la inteligencia de los hombres quien les cuenta un hecho desnudo, y no lo engrana con los demás hechos humanos".⁴²

Más adelante, con la intención de promover la reflexión acerca del origen histórico de las religiones y su amplia diversidad confesional, vuelve a acudir a Martí cuando escribe:

Son los hombres los que inventan los dioses a sus semejanzas, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado. Siempre fue el cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, según viviesen en paz, en gozos de sentido, o en esclavitud y tormento las naciones que las crearon; cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo.⁴³

En reiteradas ocasiones Ortiz hace referencias al pensamiento martiano acerca de las religiones como apoyatura de la lógica del discurso.

Con el fin de enfatizar el contenido universal de los “sincretismos religiosos”, acude a autores de ese momento, como Wundt,⁴⁴ Touqueray,⁴⁵ Le Roy,⁴⁶ y cierra, nuevamente, con el racionalismo de Martí cuando dice:

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otras, no se llevan un codo ni una punta [...] Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios.⁴⁷

Al cierre del capítulo XVI —donde estudia la situación de la villa de Remedios y la valiente actitud asumida por los alcaldes del cabildo frente a la presión de la Iglesia para mudar la villa por “voluntad divina”—, hace referencia a la idea martiana de asumir con responsabilidad y decoro el lugar en el ciclo vital de cada quien como: “Creador de sí y responsable de sí, providencia de sí mismo; pues fomenta la cobardía, laxa el carácter, impide el desenvolvimiento natural del espíritu humano la idea de una aciaga Providencia cooperadora”.⁴⁸

Las aristas de análisis y el alcance de la obra no satisfizo las expectativas del propio Ortiz y de ella se derivaron otros dos volúmenes, que vendrían a completar esta importante trilogía. La pelea cubana contra los demonios implicaba conocer la santería y brujería de los autodenominados “blancos”, como deuda intelectual con los desaciertos señalados en *Los negros brujos* (1906) —que en vida no quiso reeditar—, así como el drama de las brujas perseguidas por los inquisidores.

Consideraciones finales

No cabe duda que Fernando Ortiz, como otros intelectuales contemporáneos, se deslumbró con la obra martiana. Se identificó con ella, la incorporó a su vasto acervo cultural y la devolvió enriquecida con sus investigaciones en torno a temas claves de la realidad sociocultural cubana. Escribió y le rindió culto al hombre proa de la independencia de Cuba, pues en esa permanente relación causa-efecto, como sintéticamente dijo el Apóstol, “honrar, honra”.

La admiración por el racionalismo, el humanismo, el anticlericalismo y el antirracismo martianos se reflejó en su obra mayor como sostén de ideas a demostrar y como apoyatura en una autoridad confiable.

Las lecturas y relecturas de los textos martianos, el contacto personal con quienes conocieron de su vida y trabajaron directamente en el cotejo de su obra, le sirvieron de fuente imprescindible para identificarse con el drama de un hombre que permaneció más de la mitad de su ciclo vital fuera del territorio donde nació, pero cuya libertad llegó a convertirse en su razón de ser.

Al tiempo que Ortiz se dedicaba a impartir conferencias, elaborar discursos, redactar artículos, cartas, ensayos y reseñas sobre Martí, iba incorporando lo que consideró más significativo de sus ideas y lo volcó, ampliado, en sus obras principales.

Tal fue la valoración que, en su momento, tuvo Ortiz de la obra martiana que aprovechó un interesante juego de palabras sobre figuras decimonónicas para sentenciar: “La república por imperiosa condición de su existir no puede olvidar las ideas del *martismo*. Ni

retorno al *marcismo*⁴⁹ ni salto al *marxismo*.⁵⁰ Hoy ni *marcismo* ni *marxismo, martismo* [...] Nada más.”⁵¹

Con el paso del tiempo se podrá estar de acuerdo o no con esta afirmación, se podrán matizar detalles, delimitar alcances y precisar contextos, pero no cabe duda que la obra martiana, como labor de vida y ejemplo, caló profundo en el quehacer científico del tercer descubridor de Cuba.

¹ José Martí: *Obras completas*, t. 4, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 279.

² V. Araceli García-Carranza: *Bio-bibliografía de don Fernando Ortiz*, La Habana, Biblioteca Nacional “José Martí”, 1970.

³ Ana Cairo: “José Martí y el proyecto republicano de Fernando Ortiz”, en Fernando Ortiz: *Martí humanista*, comp. Isaac Barreal y Norma Suárez Suárez, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996, p. IX.

⁴ En 1949 Fernando Ortiz dirige una carta abierta al primer ministro doctor Manuel A. de Varona, que es publicada como “Honores a Martí y otros mártires”, en *Bohemia*, La Habana, año 41, no. 25, 19 de junio de 1949, pp. 59 y 82.

⁵ Ana Cairo, op. cit., p. XII.

⁶ Publicado en la *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XLIV, no. 2, septiembre-octubre de 1939, pp. 291-295; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 89-93.

⁷ Fernando Ortiz, op. cit., p. 93.

⁸ Publicada en la *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XLVI, no. 2, septiembre-octubre de 1940, pp. 312-313; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 95-97.

⁹ Fernando Ortiz, op. cit., pp. 95-96.

¹⁰ Ibidem, p. 97.

¹¹ Publicado en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XLVIII, no. 2, septiembre-octubre de 1941, pp. 203-233; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 1-33.

¹² El Proyecto Genoma Humano, es un programa internacional de colaboración científica cuyo objetivo es obtener un conocimiento básico de la dotación genética humana completa y de la función de cada uno de los genes que conforman el genoma humano. Esta información genética se encuentra en todas las células del cuerpo, codificada en el ácido desoxirribonucleico (ADN). En febrero de 2001 se publicó el mapa del genoma humano adelantándose, en varios años, a la fecha en que tenía previsto finalizarse este proyecto. La secuencia del genoma es ya una realidad, sin embargo, aún queda por conocer la función de cada uno de los genes localizados, saber cómo interactúan unos con otros, cómo se regula su actividad y de qué manera actúan las proteínas que éstos codifican. V. *Encyclopædia Encarta 2002*, Microsoft Corporation.

¹³ Fernando Ortiz, op. cit., p. 8.

¹⁴ Ibidem, op. cit., p. 9.

¹⁵ José Martí, op. cit., t. 6, p. 22.

¹⁶ Año IV, no. 3, mayo-junio de 1945, pp. 185-198; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 35-48.

¹⁷ Entre estos se encuentran “Del cierre y de la raza” (1910), “Cultura, cultura y cultura, en lugar de raza, religión e idioma” (1928), “Ni racismo ni xenofobias” (1929), “Cultura, no raza” (1929), “La cubanidad y los negros” (1939), “Los factores humanos de la cubanidad” (1940), “Por la integración cubana de blancos y negros” (1943), entre otros. V. Araceli García-Carranza, op. cit., pp. 71 y ss.

Yerminia Honda Alba Sandoval

- ¹⁸ Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 35.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 35.
- ²⁰ José Martí, *op. cit.*, t. 8, pp. 336-337.
- ²¹ Publicado como "Oración a Martí", en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXX, no. 1, enero-diciembre de 1955, pp. 236-248; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 49-61.
- ²² José Martí, *op. cit.*, t. 8, p. 381.
- ²³ Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 55.
- ²⁴ José Martí, *op. cit.*, t. 6, p. 420.
- ²⁵ Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 61.
- ²⁶ Fue publicado por P. Fernández y Cía. en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXXXIII, no. 2, julio-diciembre de 1957, pp. 5-28; y en *Martí humanista*, ed. cit., pp. 63-87.
- ²⁷ Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 63.
- ²⁸ *Ibidem*, p. 69.
- ²⁹ Este autor observó el documental el 12 de octubre de 1998, en Madrid.
- ³⁰ Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 79.
- ³¹ *Ibidem*, p. 86.
- ³² J. Montero, La Habana, 1940; *Cuban counterpoint: tobacco and sugar*, A.A. Knoff, New York, 1947; Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1963; Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963; Editorial Ariel, Barcelona, 1973; *Contrappunto del tabacco e dello zucchero*, Rizzoli, Milano, 1982; y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983; *Tabak und Zucker: un kubanischer disput*, Frankfurt, Insel Verlag, 1987; *Cuban counterpoint: tobacco and sugar*, Duke University Press, Durham and London, 1995; ed. de Enrico Mario Santí, Ediciones Cátedra, Madrid, 2002.
- ³³ Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, ed. de Enrico Mario Santí, Madrid, Ediciones Cátedra, 2002, p. 155.
- ³⁴ *Ibidem*, p. 167.
- ³⁵ *Ibidem*, p. 248.
- ³⁶ *Ibidem*, p. 535.
- ³⁷ Se refiere a la obra de G. Montandon: *La Race, Les Races*, París, 1933.
- ³⁸ Se refiere a la obra de Franz Boas: *The Mind of Primitive Man*, New York, 1938.
- ³⁹ Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 327.
- ⁴⁰ *Ibidem*, p. 360.
- ⁴¹ De esta obra se derivaron otros dos volúmenes que permanecieron inéditos en vida de don Fernando: *La santería y la brujería de los blancos*, publicada por la Fundación Fernando Ortiz en el 2000, y *Brujas e inquisidores*, 2003.
- ⁴² Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, ed. cit., p. 23.
- ⁴³ *Ibidem*, p. 26.
- ⁴⁴ Se refiere a la obra de Wilhem Wundt: *Elements of Folk Psychology*, London, 1928.
- ⁴⁵ Se refiere a la obra de A. Touqueray: *De vera religione*, Roma, 1930.
- ⁴⁶ Se refiere a la obra de A. Le Roy: *La Religion des Primitives*, París, s/f.
- ⁴⁷ Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, ed. cit., p. 72.
- ⁴⁸ *Ibidem*, p. 332.
- ⁴⁹ Por el contexto, posiblemente se refiera a la obra de Marc Bloch (1886-1944), el afamado historiador medievalista francés. Después de escribir una tesis sobre historia medieval, obtuvo una plaza en la Universidad de Estrasburgo, donde conoció a Lucien Febvre. Con él creó la revista especializada *Annales d'histoire économique et sociale*. En su obra renovó totalmente el estudio de las prácticas políticas, de la historia económica y de la historia rural, ya que tomaba su material para establecer sus síntesis no solo de los planteamientos de la denominada "escuela de los Anales" sino, también, de la erudición tradicional y de los análisis marxistas. El compromiso de Marc Bloch con la Resistencia francesa contra la ocupación alemana durante la II Guerra Mundial, se efectuó de manera natural para este demócrata patriota y republicano, a quien su condición de judío privaba de cualquier posibilidad para ejercer su trabajo. Fue detenido y torturado por los nazis y fusilado en 1944 cerca de Trévoix.
- ⁵⁰ Ortiz hace referencia al "marxismo" no a partir de las obras directas de Carlos Marx, sino $\frac{3}{4}$ de acuerdo con el contexto $\frac{1}{4}$ como crítica a un libro inédito del jurista habanero Domingo Villamil titulado *Tomás de Aquino y Carlos Marx: La síntesis inmanente*. Por lo que ese autor "sin basarse para nada en el filosofismo materialista y dialéctico de aquel pensador judío decimonono, [...] fundándose solo en 'verdades' tomistas y en tradiciones de los judíos bíblicos y evangélicos y en su religiosa demonología, imaginaba que iba a poder crear una teoría socio-económica que él titularía *Comunismo profético cristiano técnico*" (Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, ed. cit., p. 581).
- ⁵¹ *Ibidem*, p. 583.

A CIENTO SETENTA Y CINCO AÑOS DEL NACIMIENTO DE JUAN CRISTÓBAL NÁPOLES FAJARDO

EL CUCALAMBÉ: ALBORADA PERENNE EN NUESTROS CAMPOS

CARLOS RODRÍGUEZ ALMAGUER

El 1^o de julio se cumplieron años del natalicio de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, *El Cucalambé*. Su obra poética constituye uno de los grandes tesoros culturales que guardamos con celo los cubanos de hoy y una de las fuentes primigenias de nuestro patriotismo, en el paciente y amoroso proceso de fomentar una nación.

Su patria chica, Las Tunas, honra su memoria celebrando cada vez con mayor tino y frescura un evento que ya trasciende las fronteras de nuestro archipiélago y se proyecta allende los mares: la Jornada Cucalambeana, que con gran éxito ha concluido recientemente.

La espinela cucalambeana —ciento cuarenta y ocho años después de aparecido su libro *Rumores del Hórmigo*, en 1856—¹ continúa provocando intensos regocijos, como si estuviéramos en un permanente amanecer campestre. Mas no es solamente lo bucólico de sus versos, cuajados de una radical autoctonía, lo que atrae a los lectores de esta generación, sino el leer entre las líneas de aquella polisemia exquisita, los gritos de un cubano preocupado y dolido por el destino de su tierra, donde se contrastaban, como diría Heredia, “las bellezas del físico mundo, los horrores del mundo moral.”

El Cucalambé utiliza la alegoría de forma magistral para denunciar los males sociales que arrasaban su bella isla, y emplea de manera —pudiéramos decir subliminal— los vocablos aborígenes para remarcar la diferencia esencial entre los que se consideraban hijos de la Isla, y los otros, los venidos de otros lares y los extraños de espíritu. De esta manera, la poesía en sus predios se convierte en el machete que años después tajará a muerte y para siempre la identidad postiza impuesta por la fuerza entre cubanos y españoles.

El vínculo reconocido del cantor de Rufina con la conspiración de Joaquín de Agüero, en 1851, las consecuencias que trajo este acontecimiento para la familia, así como sus versos y proclamas separatistas, nos revelan una dimensión aún más vigorosa del bardo tunero.

Su época fue la de la consagración sagaz y silenciosa, la de la sedimentación de una conciencia de mismidad que, de no consolidarse en las sufridas mayorías, haría imposible el salto definitivo hacia la realización plena como pueblo libre. Es la época en que aquel a quien Martí llamó “el silencioso fundador”, no perdía tiempo en hacer libros porque le faltaba para lo más importante, que era “hacer hombres”. Don José de la Luz muere en el mismo año en que se presume la muerte o la desaparición de El Cucalambé, y éste, como el maestro de El Salvador, busca penetrar en el espíritu de

quienes tendrían en sus manos la tarea de hacer la libertad, si bien esto no impidió la realización de acciones concretas en ambos casos.

A influir en las mayorías, dedicó sus versos Juan Cristóbal, y lo logró en su forma más completa. Este entrelazamiento del poeta con la tradición oral de su pueblo es destacado por Lezama Lima como algo excepcional:

Es cierto, en las noches de bailongo y guitarreo, se oyen las décimas de El Cucalambé, otras el pueblo se las atribuye, lo que demuestra que la línea divisoria entre lo que verdaderamente él describiera y lo que se le atribuye, ha quedado abolida. Es una transubstanciación, está disuelto en su pueblo, como la sal en el mar.²

Y, por último, quisiéramos referirnos, también en voz del autor de *Paradiso*, a la reiterada comparación entre el bardo de El Cornito y otros poetas criollistas o siboneyistas, fundamentalmente Fornaris, con quien mantuvo una amistad y una identificación plenas, no solo por su condición de poeta cultivador de la décima y cantor de la naturaleza cubana, sino por sus sentimientos de amor a la tierra que le vio nacer. Al respecto escribe Lezama que

[...] la primera diferencia entre El Cucalambé y los otros poetas populistas, está en que lo que seduce en él no son los temas literarios, indios, guajiros, sino la naturaleza. Es el júbilo nominal, el descubrimiento de yerbas, árboles, animales. La misma palabra se goza en su onomatopeya. Hay en él una primitividad, una frescura inaugural, que no ofrecen ni Poveda ni Fornaris. Tiene una alegría matinal, el nacer de todos los días en nuestros campos.³

¹ Respecto a la fecha de publicación de este libro hay dos opiniones. Una, la de Samuel Feijóo, quien la fija en 1856, y la otra de Carlos Tamayo, quien la ubica en 1857, según la edición encontrada.

² José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*, tomo III, La Habana, Editorial del Consejo Nacional de la Cultura, 1965, p. 89.

³ *Ibidem*.

y mi honda al lado de Dario

CELEBRANDO EL CIENTO QUINCE CUMPLEAÑOS DE *LA EDAD DE ORO*AL NIÑO, HOMBROS
PARA SUSTENTAR LA VIDA

MIRTHA LUISA ACEVEDO Y FONSECA

José Martí, autor del clásico en lengua castellana *La Edad de Oro*, dirigido a los niños de América, deviene crítico de la literatura infanto-juvenil, al suscribir en artículos, crónicas, cartas y apuntes, valoraciones de obras y autores del género. Pero resulta necesario advertir, para transitar por estos juicios martianos, los propios presupuestos críticos que él señalara: “La crítica no es censura, ni alabanza, sino las dos, a menos que solo hay razón para la una o la otra”.¹

Se conocen sus extensos y profundos juicios sobre las publicaciones periódicas infantiles de su tiempo, especialmente las de los Estados Unidos, recogidos por investigadores de la temática martiana y, de manera especial, por el doctor Salvador Arias (1935) —con lo cual ha enriquecido los valiosos aportes que constituyen sus estudios de *La Edad de Oro*.

Conoció José Martí la presencia de textos escritos para niños en Cuba. Se refiere, por ejemplo, a los libros de Eusebio Guiteras:² “Sus versos sencillos de nuestros pájaros y nuestras flores y sus cuentos sanos de la casa y la niñez criollos, fueron para mucho hijo de Cuba, la primera literatura y fantasía”,³ lo cual confirma cómo aprendieron a leer los niños cubanos entre los que se incluye Martí.

Se hace evidente, además, la relación de Martí con el escritor y pedagogo Fernando Urzáis⁴ y, en sus criterios sobre la obra del poeta cubano Rodolfo Menéndez, le ha llamado “versos útiles y “honrada prosa”. Sin embargo, acerca del tema señala en 1879: “Proveíale el solícito padre de ese caudal pequeño de los niños siempre enamorados de bellezas que cautivan en la infancia, de las láminas de brillantes colores, de los juguetes de acción y relieve, de los elegantes libros extranjeros, —que propios— aún no los tenemos”,⁵ al referirse a las relaciones entre un padre cubano y su hijo, admite la ausencia de una literatura infantil a la luz de sus concepciones

Y en torno los grandes clásicos de la literatura universal solamente aparecen breves referencias a los ogros o los gigantes de Perrault, alusiones a la obra de Julio Verne, de los Hermanos Grimm o aquella referencia a Andersen, cuando llamó “fardo obligado de cuentecillos”⁶ a sus obras, parte de la cual más tarde incluyera en *La Edad de Oro* con original versión.

A José Martí —establecido en Nueva York desde 1880—, tanto por su condición de ávido lector como por su profesión de periodista, no le fue ajena aquella literatura didáctica, religiosa y moralizante, que, como parte de la época, adornaba los estantes de aquella sociedad fundada por los colonos ingleses, y que permanece hasta bien entrado el siglo XVIII.



A modo de bosquejo panorámico de cuanto le fuera cercano a este tema, hemos de mencionar la aparición en New England del primer libro de imágenes para los niños de Norteamérica, que subsistió hasta el propio siglo XIX; pero cierto es que la mayor parte de la literatura se importaba de Inglaterra: así se leían los poemas de Anne y Jane Taylor o el *Baile de las mariposas* de Roscoe, las *Melodías de la Madre Ganso* o los *Sonetos para la cuna*. En este último se encontraba el personaje que más tarde diera lugar a la Mother Goose como iniciadora de las *nursery rimes*, aquellos versos infantiles y fórmulas orales de tradición popular, que se suelen acompañar de algún tipo de juego.

Otros clásicos ingleses aparecieron rápidamente en Norteamérica, a poco tiempo de ser publicados. El escritor Peter Parley escribió unos cien libros sobre temas históricos, geográficos y de ciencia popular vistos desde la perspectiva norteamericana y Joel Chandler hizo relatos sobre el negro esclavo en las plantaciones del sur. En 1862 se publica *Aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, obra considerada como la fundadora del nonsense y una de las contribuciones a la literatura infantil que hicieron los británicos. Son cuentos en los que la historia que se narra sigue una lógica del absurdo, con alocados sucesos y disparates muy alejados de la realidad, escritos desde una perspectiva de imaginación que atrapa el lector infantil.

Entre estas obras dedicadas a los niños y jóvenes hay referencia obligada a las llamadas historietas que no por ser un fenómeno de gran auge en el siglo XX, puede hacer que desconozcamos los primeros intentos de hacer aparecer imagen y diálogo: en los llamados "pliegos de imágenes" de Epinal, en Francia; los de Munich (1849); las publicaciones del alemán Wilhem Busch (1865) y el suizo R. Toffer (1799-1846); e, incluso, hay muestras de estas prácticas en la China antigua. Será en los Estados Unidos, a fines del siglo XIX, cuando se cree la historieta ilustrada moderna.

La ausencia de juicios críticos de Martí ante este amplio panorama literario, pudiera hacernos recordar su método de "Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Esta es mi forma de censurar".⁷ No obstante, en este caso advierte: "Pero puesto que la tierra brota fuerzas —más que rimas e historietas que suelen ser patrones sin sentido y montones de hechos sin encadenamiento visible y sin causa— urge estudiar las fuerzas de la tierra".⁸

Ante tal demoledora opinión en torno a todo ese contexto literario que conoció, debemos entender que, para José Martí, la literatura dirigida a los niños había de tener una dosis elevada de la realidad circundante y la fantasía se justifica cuando que tenga "las riendas de la razón". Marcará sus preferencia por temáticas de aventuras y viajes relacionados con las imágenes de la vida familiar, siempre que el hombre esté en el centro de la acción y sus argumentos contribuyan al "mejoramiento humano".

Será acaso que a este viajero obligado por el destierro y la acción le fueron más cercanos *Los viajes de Gulliver* y la vida de los liliputenses: a esos los refiere cuando, recordando una fiesta norteamericana, habla de los hombrecillos de Liliput o cuando considera "la agudeza de Swift" en otra alusión a su obra; o aquel especial respeto que manifiesta por John Lloyd Stephens, el incansable viajero de Egipto, luego de América Central, especialmente de Yucatán y cuya obra —que fuera publicada en 1841 y 1843 por la Harpers and Brothers— considera en *La Edad de Oro* "una verdadera descripción de las ciudades americanas".

La percepción del viaje en la literatura es ese desafío temerario por lo desconocido, ese deseo latente de interpretar el mundo otro, que excita la imaginación del escritor y convida intrínsecamente al receptor a andar por terrenos ignotos y a acumular los riesgos que hacen fabuloso el tiempo por llegar.

De esta literatura de viajes y aventuras hay un espacio especial para la obra de Mark Twain,⁹ cuyos relatos merecieron una aguda crítica de José Martí, quien subraya y tipifica al autor como un hombre que "escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva sino de poner en claro con cierta picardía de inocente las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común".¹⁰

En esta exaltación de su obra como buen crítico Martí no deja fuera en su análisis el instrumento lingüístico, con el conocimiento exacto de la lengua de origen en que debió leer a Twain y por ello puede advertir que el escritor: "Dibuja con carbón, pero en líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos que ahorra frases y los ajusta sobre el carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo".¹¹

En esta crítica no deja "cabo suelto": coloca justamente el objeto de análisis y asume en su propia definición el juicio de que: "No es Mark Twain, a pesar de su fama en el mundo de las letras, luz mayor, pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara y merece su renombre en Europa y América";¹² finalmente lo considera "el primer humorista americano".

En esencia, Martí reconoce los valores literarios de aquellas obras cuyo verdadero sentido está en lo que acontece siempre que se diga en la mejor lengua y, en cuanto a la literatura para niños y jóvenes, marca una preferencia por la narrativa.

Ya desde el siglo XVIII hay autores ingleses como William Blake con conmovedores versos titulados *Canciones de inocencia*; Charles Kingsley recoge el tema de los problemas infantiles y su relación con el medio. La vinculación intrínseca con lo religioso de este último autor aparece enunciada en los apuntes martianos.

Llama la atención la trascendencia literaria alcanzada por la obra de James Fenimore Cooper con su *Calzas de cuero* o *Cazador de ciervos* —escritor que unía lo romántico con lo político y desnudaba el aniquilamiento de los indios norteamericanos. Cooper hace del indio una figura víctima del exterminio a que es sometido. Su personaje principal derrocha fechorías, acompañando al indio en pos de la justicia formando lo que luego resultaría la clásica pareja del apache y el hombre blanco. Martí expresa un criterio muy relacionado con el tema: "[...] los apaches son la forma excesiva de la venganza india, —qué idea justa no tiene sus fanáticos".¹³ No parece haberle interesado, en cambio, enjuiciar su literatura.

No será hasta encontrar la crítica a la obra de Helen Hunt Jackson¹⁴ que descubrimos en Martí el elogio al tratamiento del tema indio. A la poesía de Jackson la llamó "versos de diamante tallado",¹⁵ y describe a la autora como "Mujer que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios".¹⁶ Y al reseñar su muerte le refiere su elogio junto al de la autora de la *La cabaña del Tío Tom*, Harriet Beecher Stowe,¹⁷ obra que merece un altísimo reconocimiento de este crítico.

A esta última —quien nos legara la historia de un esclavo negro llamado Tom, con el riguroso tratamiento del tema de la trata de esclavos, libro rico, multifacético, pleno de denuncia— le dedicó el siguiente comentario: "No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento". O, más adelante, apuntó: "La imagen era la forma natural del pensamiento. El hombre era su libro".¹⁸

Y si de criterios estilísticos buscamos un paradigma desde la cosmovisión martiana, allí encontrariamos esta cita: "[...] corría el estilo de la Beecher como las cañas en la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas sombreándose en las nubes que pasan".¹⁹ No es necesario, asegura Martí regodear el lenguaje, buscar lo no asimilable, para luego hacer lo escrito no interpretable.

De estas aseveraciones, fundamentadas en el ejercicio del criterio, que José Martí expresara en torno la literatura infanto-juvenil de su época, se deducen significativos presupuestos, que no soslayan la imaginación o la fantasía, en tanto sean portadoras de ideas y sentimientos capaces de ser proyectados por el receptor al futuro. Así subraya: "Por debajo de las obras de fantasía ha de correr, si se quiere que el libro sea viable y no se desvanezca como el alcohol

YMI HONDA - 2023

expuesto al aire, un sentimiento vivo o un pensamiento de valor permanente".²⁰

En este mismo artículo, publicado en *La América* en 1884, pronuncia su sentencia acerca de "obrillas que nada añaden al espíritu humano ni revelan un rincón nuevo en el corazón, ni son más que prueba fútil de la capacidad del escritor para levantar un palacio sobre una bomba de jabón".²¹

Su crítica a dos significativos autores estadounidenses, Nathaniel Hawthorne²² y Loise May Alcott,²³ puede considerarse síntesis de sus opiniones acerca de cómo ha de ser la literatura que llegue a los niños y jóvenes. Encauza sus juicios cuando aborda la obra de Hawthorne:

Una peculiar y dichosísima manera de ir acordando sus criaturas y los paisajes en que los movía, lo cual daba a todas sus novelas aquella rica vida espiritual, caliente luz y perfecto conjunto que los avalora.²⁴

Y en sus criterios acerca de la autora de *Mujercitas* (1868-1869), Loise May Alcott, se completan los criterios martianos nos ocupan:

Proporción de naturalidad y buen gusto que son la lección eterna y útil que se saca de la buena literatura" y más adelante señala: "Disponiendo los incidentes alrededor de un argumento propicio y urdiendo en una acción imaginada y siempre sencilla los caracteres reales, con toda la fuerza de quien había vivido una niñez típica y original, la novela nueva del niño americano.²⁵

A este hombre de dimensión intelectual inatrapable le fue dada la posibilidad de juntar el escritor con ese ávido lector que refieren sus biógrafos y contemporáneos. Por sus manos transitarián un immense caudal de obras literarias de las cuales entresacó y enjuició —conforme a sus presupuestos críticos— aquellas donde que consideró que los protagonistas y los entornos eran portadores de lo que consideraba útil al lector, mientras silenció cuanto no le movía. Mostró como loable aquella literatura que hace al niño y al joven pensar y actuar, porque consideró que "Hay que dar al niño hombros para que sustente el peso que la vida le echa encima —no peso ajeno— que oprima los hombros, así cómo andará".²⁶

¹ José Martí: *Obras completas*, t. 5, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 95.

² Eusebio Guiteras (1823-1893). Poeta y pedagogo cubano. Visitó diversos países europeos para estudiar los sistemas educacionales; se dedicó a la enseñanza y colaboró en diversas publicaciones en las provincias de La Habana y Matanzas. Escribió textos escolares dedicados a la lectura.

³ José Martí, *op. cit.*, t. 5, p. 270.

⁴ Fernando Urzás (1837-1900). Poeta cubano. Su niñez transcurrió en España; regresó a Cuba a los dieciocho años; participó activamente en la vida cultural de Guanabacoa. Compiló sus versos para niños en el libro *Poemitas infantiles* y publicó la revista *La Niñez* en 1879, donde aparece José Martí entre los colaboradores.

⁵ José Martí, *op. cit.*, t. 5, p. 84.

⁶ *Ibidem*, t. 7, p. 208.

⁷ *Ibidem*, t. 5, p. 95.

⁸ *Ibidem*, t. 9, p. 446.

⁹ Mark Twain (1835-1910). Escritor norteamericano. Narrador y humorista. Su infancia transcurrió a orillas del río Mississippi, que mas tarde recreó y describió en sus novelas *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Huckleberry Finn* (1884). Encarna en su obra el espíritu de la época. Fue un hombre profundamente humano con un peculiar sentido del humor.

¹⁰ José Martí, *op. cit.*, t. 10, p. 134.

¹¹ *Ibidem*, t. 10, p. 134.

¹² *Ibidem*, t. 10, p. 136.

¹³ *Ibidem*, t. 10, p. 372.

¹⁴ Helen Hunt Jackson (1831-1895). Poetisa y novelista norteamericana. Su obra poética refleja trágicas experiencias personales con una riqueza expresiva elogiada por Emerson y Martí. Su novela *Ramona* (1884), traducida por José Martí, trasciende por el tratamiento del problema indio a través de una historia romántica, de singular lenguaje.

¹⁵ José Martí, *op. cit.*, t. 5, p. 161.

¹⁶ *Ibidem*, t. 5, p. 162.

¹⁷ Harriet Beecher Stowe (1811-1896). Escritora norteamericana, autora de la novela *La cabaña del Tío Tom* (1852), de temática antiesclavista. Se considera uno de los libros que alcanzó mayor número de impresiones en su época.

¹⁸ José Martí, *op. cit.*, t. 13, p. 41.

¹⁹ *Ibidem*, t. 13, p. 37.

²⁰ *Ibidem*, t. 13, p. 450.

²¹ *Ibidem*, t. 13, p. 450.

²² Nathaniel Hawthorne (1804-1864). Escritor norteamericano. En su obra, de carácter profundamente nacional, se reflejan las contradicciones de los tiempos modernos y la nueva nación. Autor de *La casa de los siete tejadillos*, *El fauno de mármol* y *La letra escarlata*.

²³ Louise May Alcott (1832-1888). Escritora norteamericana. Alcanzó estudios universitario y participó como enfermera en la Guerra de Secesión; dirigió la revista para niños *Ferrys Musseum*. Escribe *Mujercitas* (1868), novela de gran éxito para todos los tiempos. Más tarde aparecen *Hombrecitos*, *Ocho primitivos*, *Bajo las lilas* y *Las mujercitas se casan*, entre sus trescientas publicaciones.

²⁴ José Martí, *op. cit.*, t. 13, p. 449.

²⁵ *Ibidem*, t. 13, p. 191.

²⁶ *Ibidem*, t. 18, p. 291.

EN EL CIENTO QUINCE ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE EMILIO ROIG

VIGENCIA DE LA LUCHA ANTIMPERIALISTA

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

La bandera de lucha contra el imperialismo yanqui, que alzaron junto a la enseña gloriosa de la estrella solitaria los cuatro grandes de la guerra libertadora cubana de los treinta años —Martí, Maceo, Gómez y García—, enarbolada también por los constituyentes de 1901 y por el pueblo de Cuba al combatir la Enmienda Platt, continúa siendo símbolo de sano y fervoroso patriotismo, porque el antimperialismo entre nosotros es sinónimo de cubanismo, a extremo tal, que no se puede ser buen cubano si no se es buen antimperialista. Por eso vemos que ha sido la consigna más ferviente y continuadamente enarbolada por el actual Gobierno Revolucionario.

Y creemos que lo mismo puede decirse de todos los países de la América nuestra, víctimas unos, hasta la subyugación y la miseria, del imperialismo yanqui, sometidos otros a mayor o menor vasallaje económico y tutela política, hoy obligados todos, salvo casos rarísimos, a servir de mero eco, en las grandes asambleas internacionales, a la potencia que se arroga el derecho de hablar en nombre del Hemisferio. Ha de ser antimperialista todo patriota sincero y capaz de nuestras tierras de América.

Y porque Cuba ha alzado valientemente el estandarte antimperialista, y no con meras protestas patrióticas, sino traducien-



do esta convicción en hecho mediante las leyes revolucionarias de Reforma Agraria y nacionalización de bienes de norteamericanos y el sistema de comercio libre con todos los países del Orbe, es por lo que el pueblo, con su intuición magnífica, lanzó el grito de: "¡Cuba sí, yanquis, no!" por todos los ámbitos de la América nuestra.

Pero, como en estos últimos, tiempos especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, según ya indicamos, el imperialismo yanqui se ha extendido por todos partes del mundo, no ya a la usanza antigua de conquista e incorporación de territorios, sino en su modalidad de dominio económico —agravado últimamente con la agresión a la soberanía nacional que significan el establecimiento de bases militares, navales y aéreas en suelo de otras naciones, y la intervención en asuntos de su política interna mediante la presión de carácter económico—, sucede que, como reacción patriótica popular, el antimperialismo ha tenido que extenderse, apareciendo hasta en la propia Europa, que antes únicamente ejercía el imperialismo sobre países débiles o atrasados, y que ahora va pasando a esta categoría según el concepto de la más joven, la más rica y la más poderosa de todas las potencias imperialistas.

He aquí por qué lo que desde largo tiempo atrás propugna para Cuba es ya, no solamente consigna para nuestra América, sino lema de patriotismo en el mundo entero. A los que se agrupen bajo la bandera antimperialista no ha de tachárseles de extremistas, sino elogiarlos como patriotas que entienden el momento actual que vive el mundo. Y tampoco el antimperialismo deberá considerarse como bandera exclusiva de partido o tendencia política determinada; ella es lo suficientemente amplia como para que puedan caer bajo sus pliegues todos cuantos, en Cuba, en América, en el mundo, ansien para su patria lo que para la nuestra quiso Martí: un estado de pleno

decoro nacional, de soberanía total, en que la independencia política se sustente sobre los firmes cimientos de la independencia económica. Y que sean los adalides de este gran movimiento de liberación aquellos que no ciñan su concepto antimperialista a las fronteras de la tierra natal, sino que sintiendo, como Martí sintió, "con entrañas de humanidad", quieran el fin de todo sojuzgamiento, de todo imperialismo, y alienten, como ideal supremo, el de la patria libre en un mundo en que no haya sino patrias libres.

Cuba, para inmenso orgullo nuestro está hoy situada, gracia a su Revolución triunfante, a la cabeza de la lucha antimperialista en el mundo entero. Ella, la última en librarse del yugo colonial español en América, ha sido la primera en librarse del imperialista de los Estados Unidos; una de las más pequeñas y la más próxima al territorio norteamericano, es la que, por haber vencido en ella las fuerzas populares a las oligarquías nativas, vendidas al extranjero, se ha enfrentado, la primera, al "coloso del Norte", y hasta aquí solo ha logrado victorias en su gallarda lucha.

Por eso, justo es proclamar que nuestra patria, en la hora actual, es antorcha y ejemplo, no solo para, nuestra América, sino para el mundo entero. Su decisión de establecer un nuevo régimen de justicia social, de democracia económica de integración mediante la superación de los prejuicios raciales —bienes todos que no pueden lograrse sino con la liberación del dominio imperialista— es el esfuerzo más noble y más progresista que hoy se realiza en el mundo.

Y para los que hicimos de la lucha antimperialista el empeño de toda una vida, por saberla preliminar indispensable para la realización de una patria justa y próspera, esta Cuba nueva, erguida y triunfante contra el imperialismo es realidad que colma todas nuestras aspiraciones y supera todos nuestros sueños.



ODA A LAS AMÉRICAS

Américas purísimas,
tierras que los océanos
guardaron
intactas y purpúreas,
siglos de colmenares silenciosos,
pirámides, vasijas,
rios de ensangrentadas mariposas,
volcanes amarillos
y razas de silencio,
formadoras de cántaros,
labradoras de piedras.
Y hoy, Paraguay, turquesa
fluvial, rosa enterrada,
te convertiste en cárcel.
Perú, pecho del mundo,
corona
de las águilas,
¿existe?
Venezuela, Colombia,
no se oyen
vuestras bocas felices.
¿Dónde ha partido el coro
de plata matutina?
Solo los pájaros
de antigua vestidura,
solo las cataratas
mantienen su diadema.
La cárcel ha extendido
sus barrotes
en el húmedo reino
del fuego y la esmeralda,
entre
los ríos paternales,
cada día
sube un mandón y con su sable corta

hipoteca y remata tu tesoro.
Se abre la cacería
del hermano.
Suenan tiros perdidos en los puertos.
Llegan de Pensylvania
los expertos,
los nuevos
conquistadores,
mientras tanto
nuestra sangre
alimenta
las pútridas
plantaciones o minas subterráneas,
los dólares resbalan
y
nuestras locas muchachas
se descaderan aprendiendo el baile
de los orangutanes.
Américas purísimas,
sagrados territorios,
¡qué tristeza!
Muere un Machado y un Batista nace.
Permanece un Trujillo.
Tanto espacio
de libertad silvestre,
Américas
tanta
pureza, agua
del océano,
pampas de soledad, vertiginosa
geografía
para que se propaguen los minúsculos
negociantes de sangre.
¿Qué pasa?
¿Cómo puede

continuar el silencio
entrecortado
por sanguinarios loros
encaramados en las enramadas
de la codicia panamericana?
Américas heridas
por la más ancha espuma,
por los felices mares
olorosos
a la pimienta de los archipiélagos,
Américas
oscuras
inclinada
hacia nosotros surge
la estrella de los pueblos,
nacen héroes, se cubren
de victoria
otros caminos,
viejas naciones,
existen otra vez
en la luz más radiante
se traspasa el otoño,
el viento se estremece
con las nuevas banderas.
Que tu voz y tus hechos
América,
se desprendan
de tu cintura verde,
termine
tu amor encarcelado,
restaure el decoro
que te dio tu nacimiento
y eleves tus espigas sosteniendo
con otros pueblos
la irresistible aurora.

PABLO NERUDA

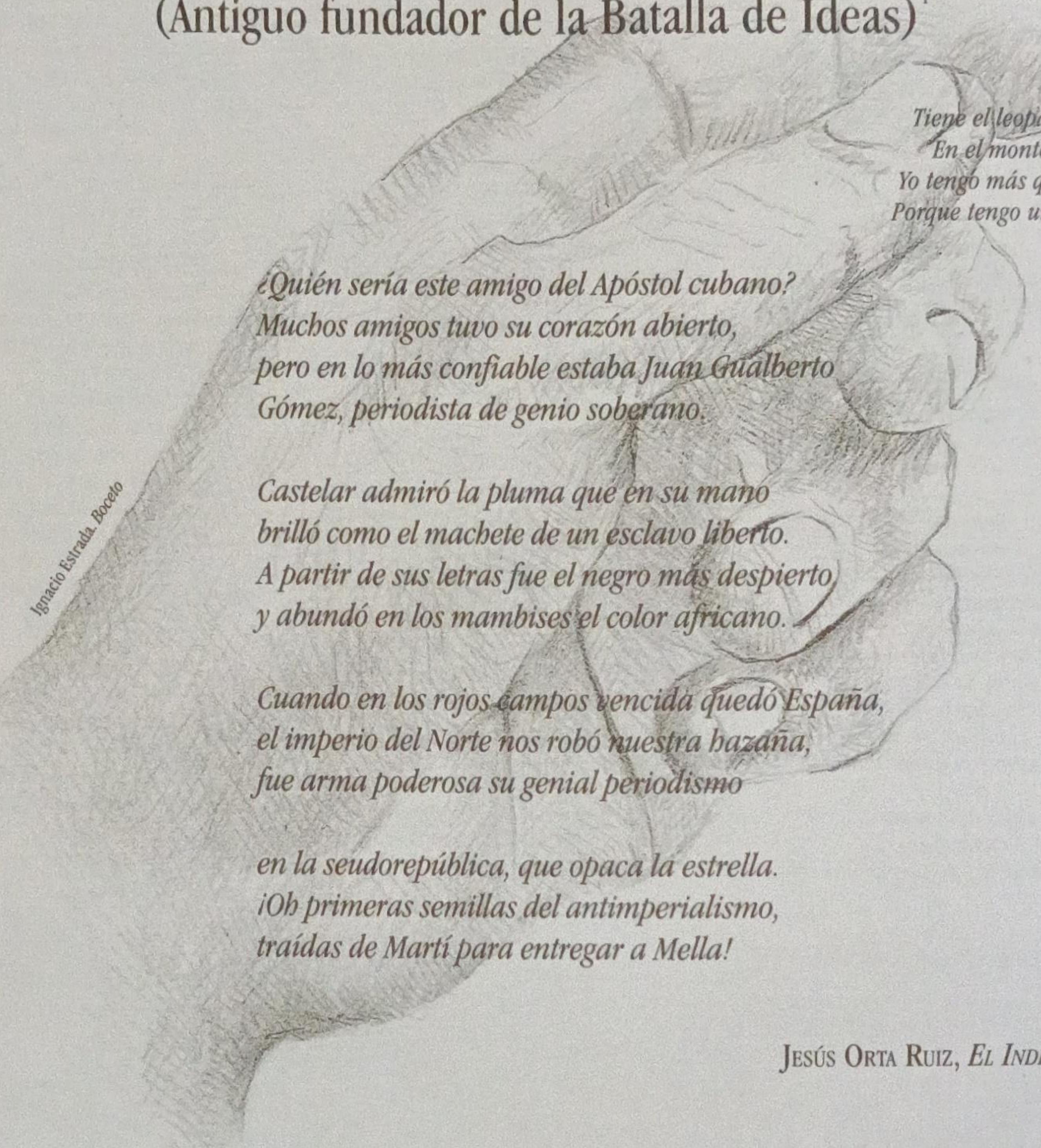


En las páginas de la Historia de Cuba están grabados y enaltecidos los nombres de Martí y Juan Gualberto Gómez y nadie podrá separarlos

ENRIQUE JOSÉ VARONA

JUAN GUALBERTO GÓMEZ

(Antiguo fundador de la Batalla de Ideas)¹



Tiene el leopardo un abrigo
En el monte seco y pardo.
Yo tengo más que el leopardo
Porque tengo un buen amigo.

JOSÉ MARTÍ

*¿Quién sería este amigo del Apóstol cubano?
Muchos amigos tuvo su corazón abierto,
pero en lo más confiable estaba Juan Gualberto
Gómez, periodista de genio soberano.*

*Castelar admiró la pluma que en su mano
brilló como el machete de un esclavo libreto.
A partir de sus letras fue el negro más despierto
y abundó en los mambises el color africano.*

*Cuando en los rojos campos vencida quedó España,
el imperio del Norte nos robó nuestra hazaña,
fue arma poderosa su genial periodismo*

*en la seudorepública, que opaca la estrella.
¡Oh primeras semillas del antíperialismo,
traídas de Martí para entregar a Mella!*

JESÚS ORTA RUIZ, *EL INDIO NABORÍ*

¹ Jesús Orta Ruiz quiso rendir homenaje a la memoria de El Mulato de Vellocino con este soneto, en ocasión de la constitución de la comisión por el sesquicentenario de su natalicio, de la UPEC. La actividad tuvo lugar en la Casa Memorial "Juan Gualberto Gómez", en la Habana Vieja, y el poema fue interpretado por Julio Alberto Casanova.

LA MIRADA DE INÉS

*La sonrisa de Clemencia
me causa tanto placer,
que el más cruento padecer
se disipa en su presencia*

*El beso de mi Felicia
es tan dulce al corazón,
que hasta pierdo la razón
soñando en esa caricia.*

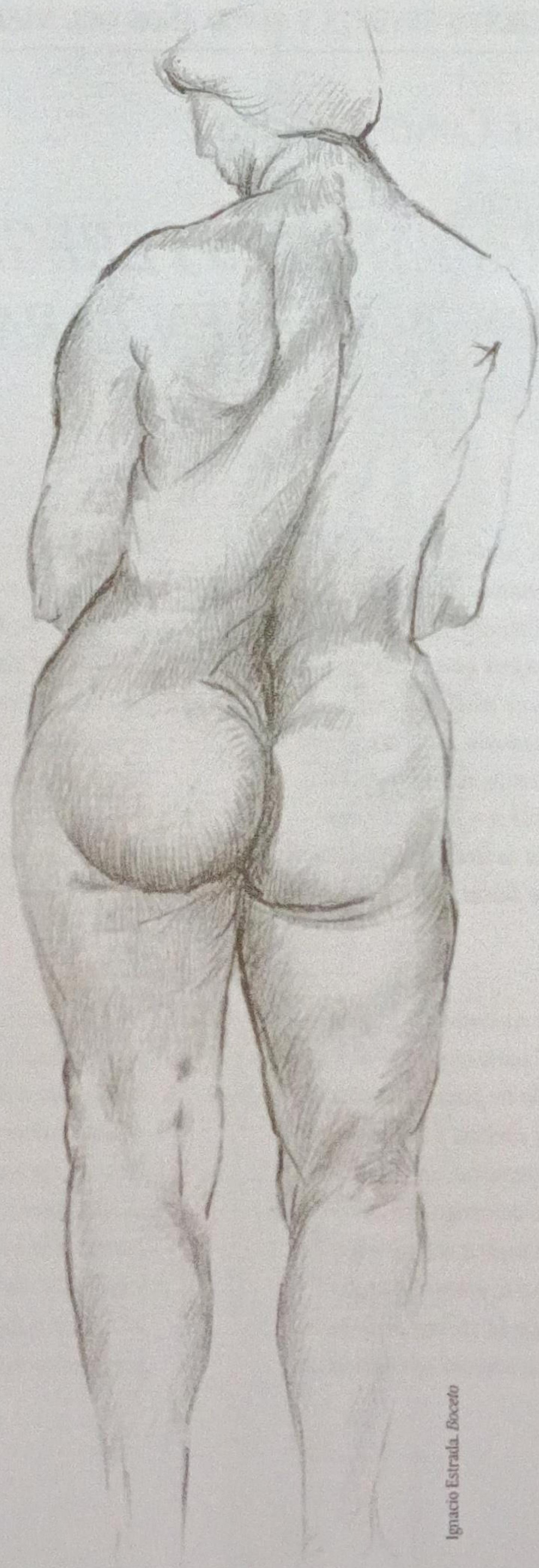
*Pero tus ojos sombríos
lucen con tanta pureza
que me muero de tristeza
pensando que no son míos.*

*Escucha, Inés adorada
la voz de mi alma cautiva
si tuquieres que yo viva
dame una sola mirada.*

*Por gozar tanta delicia
yo daré con complacencia
la sonrisa de Clemencia
y el beso de mi Felicia.*

París, 1876

JUAN GUALBERTO GÓMEZ



Ignacio Estrada. Boceto

A CIENTO SETENTA Y CINCO AÑOS DEL NACIMIENTO DE JUAN CRISTÓBAL NÁPOLES FAJARDO

JOSÉ CANTÓN NAVARRO

*TUS PAISAJES PEREGRINOS
HOY FLORECEN PARA TI*

I

*Allá, junto a la montaña
de matinales destellos,
habitador de los bellos
campos que el Hórmigo baña;
hijo de rústica entraña
—cubana como el caimito—,
tu canto, nunca marchito,
nació con fuerza de mar
a la orilla de un palmar
que baña el fértil Cornito.*

II

*Les cantaste a las sitieras
del suelo que tanto amaste,
y de tu patria cantaste
los cedros y las palmeras.
Empuñando las manceras
que construyeron tus manos,
cantaste a sierras y llanos,
y fue tu eterna querella
la de la tierra más bella
que vieron ojos humanos.*

III

*Es tu canto una tonada
que esparce por mil senderos
las voces de los paileros
y el rumor de la negrada;
fino estilete que horada
la angustia del cafetal,
por cuyo amargo caudal
fluye la nativa pena
cuando enconada resuena
la cuarta del mayoral.*

IV

*Trae tu canto en su repique,
como el indio ante el Cemí,
las penas del naborí
y las glorias del cacique.
Para que se reivindique
la causa del siboney,
cantas a la india grey
y evoca tu alma taína
el triste adiós de Guarina
y el dulce beso de Hatuey.*

V

*Tu verso embiste al que boga
soberbio en el mar humano,
que nunca tiende la mano
al infeliz que se ahoga.
Azota al que con su toga
pone al pobre zancadillas;
hostiga a las camarillas
que bajo suntuosos techos
se dan santos a los pechos
y se postran de rodillas.*

VI

*Pero auguras que en tus montes
la esperanza triunfará,
que el sol iluminará
los cubanos horizontes;
que irán libres los sinsontes
sobre tus campos de gualda
mientras por la airosa falda
de tu tierra hecha ternura,
el limpio arroyo murmura
y el sol las piedras escaldas.*



VII

*—Ya vendrán las noches bellas
en que después de un aguaje
no empañe ningún celaje
el fulgor de las estrellas—,
dijiste, mirando aquellas
nubes negras que pasaban,
cuando las hojas temblaban
tu voz se fue levantando,
mas no seguiste cantando
porque los perros ladraban.*

VIII

*Tus jaguas dejaste solas
y se perdió tu barquilla
allá del mar en la orilla
y al murmullo de las olas.
Aun así tus caracolas
siente esta tierra mambí,
y tu patrio frenesi
hoy repiten los palmares:
Cuba, aunque dejo tus lares,
no me separo de ti.*

IX

*Tu pregón se hizo camino.
La noche se disipó,
y para Cuba brilló
nueva edad, nuevo destino.
Tu paisaje peregrino
hoy florece para ti,
vuela libre el colibrí
donde los tuyos penaron,
y donde un tiempo cantaron
los indios de Jiguani.*

X

*Desde rocas y lagunas,
desde montes y sabanas,
tañen por ti las campanas
liberadas de Las Tunas.
Se alzan tus trovas montunas
del Dumañuecos al pie,
jazmín, tabaco y café
te reparten en su aroma:
¡Aquí, donde el alba asoma,
revive El Cucalambé!*

y mi honda a la de Sandy

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

Honda entrevista a la destacada artista plástica Isabel Santos, para dar a conocer a nuestros lectores algunos aspectos de su vida, su actividad profesional y de esa vocación martiana que ella nos demuestra.



Isabel, ¿cómo llegaste a la escultura y, en particular, a la cera?

¿Cómo llego a la cera? Tengo que empezar por mencionarte que llevo ya algunos años en la docencia: fui profesora del Instituto Superior de Arte (ISA), de la Escuela Nacional de Arte (ENA) y de San Alejandro. Cuando estaba en la ENA, mi especialidad —entre otras asignaturas que impartía— fue la de Escultura y Fundición en Bronce. Mira, yo di clases de Dibujo, Perspectiva de Diseño, Anatomía... todas las asignaturas correspondientes a la preparación, pero la escultura me tocó muy de lleno y la fundición en bronce me gustó. Ya verás por qué te cuento todo esto.

Tú sabes que para el proceso de fundición se necesita modelar primero la figura para después soportar “la técnica de la cera perdida”, como se le llama. Hoy en día no es tan así: se la recupera; pero se le dice “proceso de la cera perdida”. Hay que hacerlo en cera para que el bronce entre luego en un molde y sustituya a la cera: lo que estaba en cera es lo que después se queda en bronce.

Y semejante proceso formaba parte de la especialidad que impartía.

Esa experiencia de transmitir conocimientos la tuve hasta que llegaron los años noventa. En 1990, cuando comienza el Período Especial, ya fue más difícil, porque se afectaron los programas de estudio, se encarecieron mucho los materiales para trabajar —sobre todo el bronce, y la cera y todo lo demás que se necesita—, y, realmente, no era posible garantizarlos para cincuenta estudiantes —como teníamos en un grupo—, y a veces más —contando que eran varios grupos, más los que estaban en las tesis. Tuvimos que hacer un reajuste en los programas.

Poco a poco los alumnos se fueron desmotivando, porque la enseñanza de las artes plásticas tiene que pasar por la experiencia, que es individual; cada cual tiene su visión. Tú puedes estar en una clase de dibujo y cada alumno, con el mismo modelo, está haciendo un trabajo muy personal; y es diferente; ninguno se parece. Y era muy triste que solamente se pudiera garantizar fundir en bronce el mejor trabajo, cuando eran tantos estudiantes que tenían los mismos deseos de pasar por la vivencia, que es insustituible. Entonces se quedó, simplemente, como un objetivo a conocer; pero no se podía llegar a dominar.

¿Qué pasó? Que yo no perdí aquello. Me dije: “Ya que no puedo seguir impariéndolo a los muchachos, lo voy a tomar para mí”. Y entonces surgió mi trabajo en cera. Fue interesante, pues yo sabía modelar y tenía una formación como egresada de San Alejandro y, además, había ganado una beca en los años setenta en Kiev, en la Escuela “Taras Shevchenko” —donde estudió, también, Cosme Proenza. Hay un buen grupo de artistas que pasamos por las escuelas de la Unión Soviética: Arturo Montoto, etc. Esa formación fue para mí muy completa y muy buena. Nos maduró demasiado, yo digo.

Cuando llegamos a Cuba y empezamos a trabajar, a mí me interesó lo que se hacía en el Instituto Superior de Arte y me fui para allí. Yo lo que dije fue: “Voy a seguir trabajando la cera, voy a seguir estudiando, voy a seguir investigando, como si fuera a fundir. Cuando pueda, fundo”. Y, mientras no, guardaba todas las piezas que eran fundibles.

Al principio, hice una exposición en la Galería Galiano. En realidad era una experi-

mentación, porque yo le tenía mucho miedo al criterio de los estudiantes; pero gustó muchísimo. Entonces mi mamá me estimuló a continuar esa línea; y seguí. Después empecé a buscar algo que diera resistencia, perdurable a la cera —cosa que he logrado. Estudiando, encontré ceras de diferentes tipos, de coloración distinta —porque yo no utilizo ninguna coloración, yo utilizo la cera tal y como es, de las abejas. Tengo aquella cosa escrupulosa de buscar las ceras en determinadas fechas convenientes del año. Por ejemplo, en diciembre, en Pinar del Río, se encuentran ceras que son tan blancas que parecen alabastro. La cera que es producto de la abeja de la tierra, que no es tan cotizada desde el punto de vista industrial como la cera normal, es un producto increíble, porque da una coloración semejante a la madera —como la caoba, el cedro—, y eso yo lo utilizo mucho.

Después de aquella primera exposición, vinieron otras que fueron dándome un sello. Yo me proponía varias cosas: sabía que yo era mujer, que me había decidido por la escultura, que es difícil; que hay una concepción tradicional de la escultura con materiales duros, como son el mármol, el bronce; pero yo quería romper cánones y conceptos de la escultura, buscar una cosa original, que transgredira, también, con aquel concepto del espectador y la obra, logrando que la gente interactuara más. Un objeto puede ser utilizado no solamente para hacer una obra de arte y dar belleza, sino, de igual modo, para tener una función. A veces trato de poner una vela en la pieza para que se encienda y la gente esté consciente del material que realmente es, porque me dicen que yo trabajo de tal forma los encajes y las soluciones de la ropa que parece alabastro. Yo les digo que es cera, pero que es la terminación, porque yo termino todo el trabajo con calor y eso le da una determinada dureza, que permite hacer infinidad de cosas.

Eso es lo que he venido haciendo y a mí me gusta, me divierte. Se lo he dedicado por completo a la memoria de mi hijito, Abel Fabelo Santos, quien falleciera en el año 1998. Era un adolescente de trece años, mi mejor amigo, y continuará siendo mi punto de inspiración.

Toda mi obra es una exaltación de la familia, de las buenas costumbres, de ense-

nar, de lograr que el espectador se sienta motivado; que haya ternura, que no se pierda ese encanto de los niños: los ángeles. Los temas que yo utilizo son la madre, los hijos, la familia, y motivos como las monarcas, figuras aladas que no son pájaros, son mujeres-insecto, mujeres-ave. Todo eso tiene una leyenda que sustenta mi obra.

Mi hijo falleció el 21 de marzo; en esa fecha ocurre el equinoccio de primavera, y a él y a mí nos gustaba mucho la fauna, la flora, la vida natural, y nos pasábamos la vida observando cada detallito, cada cosa. Teníamos unos amigos en México, en Morelia, Michoacán, donde está el lugar mágico que se llama El Santuario de las Monarcas. Y justo el 21 de marzo en el mundo ocurren muchas cosas; desde el punto de vista de la fauna es donde más se expresan esas alteraciones. Son cosas lindas: del norte emigran hacia allí unas mariposas enormes, bellas. Los nativos de la zona, que no saben dar una explicación ecológica, científica, al problema que está surgiendo, han creado el mito de que las mariposas se reúnen en ese lugar porque llevan en el vuelo el alma de los difuntos.

Como mi hijo era un muchachito tan joven, yo traté de materializar eso a través de esas figuras de mujer, que son como la energía positiva, protectoras, guardianas que traen felicidad. Eso ha empezado a entrar en mi obra a partir del año 1998 como un signo.

¿Por qué Martí en tu obra y, además, Martí con tanta relevancia y persistencia?

Cuando mi hijo era chiquitico, los primeros libros que le empecé a leer eran de Martí; sobre todo *La Edad de Oro*, porque es un libro de cabecera y que amenamente te va mostrando las enseñanzas del Maestro; que no eran otras que el patriotismo, la exaltación al amor de la familia, esa generosidad intrínseca en toda su obra, y, además, el amor por la lectura, por los libros. Eso es algo que uno tiene que inculcarle a los hijos desde pequeños.

Hay algo que también me llamaba mucho la atención. Siempre que yo leía a Martí, en el fondo me decía: "Me hubiera gustado conocerlo personalmente", haber tenido ese contacto con él, haberlo visto en su relación familiar, que es una de las cosas que yo trago a connotación. Yo quise hacer un Martí

que estuviera al alcance de los niños, un Martí en su casa, en sus costumbres, con una niña a la que él está leyendo un cuento, a un niño. Esa niña puede ser la Nené traviesa, el niño que lo oye puede ser Bebé, y ese angelito entre ellos dos puede ser Abelito. Y un poco esa cosa del padre, la cosa natural de escucharlo; esa voz que va quedando en el recuerdo, que uno dice con el tiempo: "la voz de mi papá". Y eso es lo que yo quise reflejar en la obra.

Esa exposición de tema martiano se llamó *Me refugio en ti*, dedicada a Abel, mi hijo, y a todos los niños del mundo, y, especialmente, a Martí en el 150 aniversario de su natalicio. Quise traer al mundo real *La Edad de Oro* como libro. Hice una gran instalación, que funcionaba como entrada: nada menos que la ilustración original de cubierta a la revista *La Edad de Oro*, donde los siete angelitos están abriendo un óvalo que contiene el título. Yo, entonces, hice una puerta. Para el espectador que llega allí, esa es la antesala; por ahí uno penetra y es como abrir un libro y empezar a leer.



En todas las piezas de la exposición las figuras están sentadas, porque uno quiere dar el relajamiento y la concentración en la lectura. Uno puede leer en cualquier lugar, pero sí necesitas tranquilidad para poderte concentrar en lo que estás leyendo. Quise expresar aquello que fue realmente original de Martí, de la poesía y de sus cuentos: "Los zapaticos de rosa", "Bebé y el señor Don Pomposo", "Nené traviesa"; hice muchas escenas, sobre todo de "Los zapaticos de rosa",

donde la niña le pide permiso a la mamá para ir a la playa, donde Pilar le entrega a la niña pobre los zapaticos; donde hay, también, un poco de mí: "Me refugio en ti", esa pieza donde está la mamá con sus dos hijos. ¿En qué se puede refugiar realmente una mujer cuando es madre? ¡Y Martí le hablaba tanto a los niños cuando él le dirige su revista: "A los niños y las niñas"! Y están mis figuras monarcas —que es lo que yo te decía: empiezan a estar con Nené traviesa, por ejemplo.

"Los zapaticos de rosa", en particular, para mí tienen una connotación muy grande: el amor, que es algo frágil, transparente —por eso hay que cuidarlo tanto—, y la generosidad de Pilar, que es una niña de la clase rica, pero que es bondadosa: llegó y vio a la niña pobre y no le importó, no midió las consecuencias de lo que ella podía entregar; le dio lo mejor que tenía; se lo dio sin medir las consecuencias. Y eso es algo que a mí me recuerda una anécdota con mi hijo. Por eso esa generosidad, esa ternura, ese amor yo lo quise entregar en mi obra.

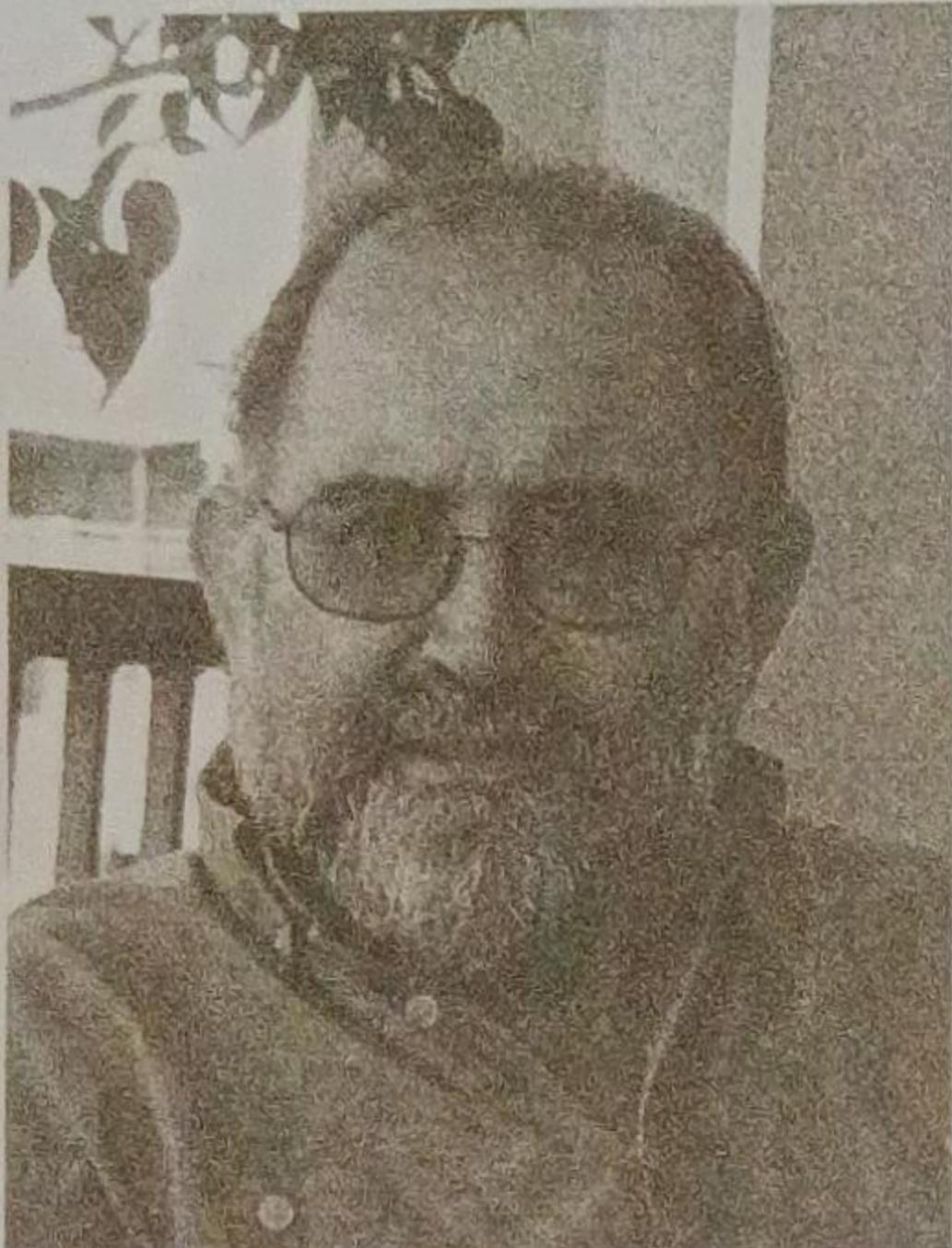
Con los diez libros que aparecen abiertos, quería dar la impresión de aquellos que conocí en mi infancia, que se abrían y del centro salían a relieve las figuras; esa cosa que se ha perdido, ese estilo de hacer; porque ese tipo de libro debe ser muy costoso, imagino. Y los que hice están grabados: tienen la letra capitular, porque también quería recordar el libro iluminado, hecho a mano, de una época que fue exquisita.

Si me preguntaras si estoy contenta te diría que no, porque Martí es muy grande y nunca uno va a poder concentrar la grandeza de un personaje como él en una sola obra; pero por lo menos tengo la satisfacción de haber recibido la visita del Comandante; y no solo de él, sino del público, del público infantil.

Pero a la vez pienso que sí, que en parte se logró. He visto niñitos de cuatro y cinco años hablando con los padres, diciéndoles: "Aquí están Bebé y Don Pomposo"; es decir, que las historias del cuento las han reconocido. Más adelante, con un poco de fantasía, quisiera tratar de llevar a mi escultura los otros muchos personajes que me esperan en las páginas de *La Edad de Oro*.

y mi horca a la de Santi

En lo que fuera el Centro Gallego de La Habana, conversamos con este gallego, poeta, escritor conocedor de la cultura cubana y de la figura de José Martí. Queremos preguntarle en primer término a José Lois García, —que ha visitado nuestro país en varias ocasiones, que participó en la Conferencia Internacional "Por el equilibrio del mundo", coincidente con el 150 aniversario del natalicio de José Martí— por los vínculos entrañables que en el terreno cultural se han desarrollado históricamente entre Cuba y Galicia.



¿Cuál es tu visión de esos vínculos y su perspectiva?

Los vínculos entre Cuba y Galicia son muy antiguos. Pero es, sobre todo, en el siglo XVIII, con el gran volumen de emigrantes gallegos, que cobran mayor fuerza y regularidad. Ya en el siglo XIX, a partir la segunda mitad, el flujo adquiere un carácter masivo. Aquí encuentran una nación que está cristalizando, un país muy definido, que acoge a los gallegos. Ellos pusieron en marcha aquí múltiples iniciativas en el terreno cultural, y muestra de ello es, por ejemplo, el Centro Cultural Recreativo de La Habana, el más antiguo de todos los Centros Gallegos que los emigrantes hicieron fuera. Y después vemos, también, la unión con los cubanos, el respeto por la cultura cubana; muchas veces van perdiendo su idioma en favor del castellano, del castellano que se habla en Cuba. Y cuando las guerras de la independencia, por ejemplo, hay grandes figuras que ayudan.

Martí, por ejemplo, habla de tres o cuatro figuras gallegas, en especial una, que le ayudó desde Nueva York; porque las autoridades españolas persiguen a este gallego, no recuerdo su nombre, un tal Martínez, quien se va a Nueva York y desde allí financia el Partido Revolucionario Cubano; y Martí agradece. Entonces esto es una muestra palpable de ese vínculo.

Yo tengo una serie de memorias, de recuerdos de aquellos gallegos emigrantes que venían a Cuba y luego regresaban: eran los *indianos*, que regresaban con dinero para construir su casa. En Galicia, en el medio rural, cada vecino tiene su apodo. Entonces, al que llegaba de Cuba, se le llamaba "el cubanito", "el cubano"; "la casa del cubano". Todavía hoy hay casas, en la geografía de Galicia, que se siguen llamando "la casa del cubano" y vive gente que no estuvo en Cuba, sino que estuvieron los antepasados, los fundadores de aquella casa.

También llegaban a Galicia con otra cosa importante: venían con otras ideas y otra forma de ver la vida, más moderna y progresista. Es decir, que en Cuba recibieron o pasaron por un proceso cultural que Galicia, la Galicia deprimente, la Galicia colonizada, no tenía para sustentar en sus hijos.

Se han escrito muchos libros, hay muchas referencias, muchos contactos entre Cuba y Galicia. Y una muestra de ello es que ustedes aquí en Cuba a todos los españoles les llaman "gallegos".

Tenemos figuras grandes, como Rosalía de Castro o Curros Enríquez, que vivieron aquí.

Sí, por ejemplo Rosalía de Castro, nuestra gran poetisa. Su libro *Follas Novas* fue publicado con dinero del Centro Gallego. El himno de Galicia, la bandera gallega, todo esto fue creado aquí en Cuba, entre otras muchas cosas. Múltiples revistas, de identidad gallega —que no existían en Galicia— existían, aquí, en Cuba. Y eso no solamente es el esfuerzo del gallego, sino, también, es generosidad del cubano.

Y tenemos a Curros Enríquez, que se estableció y murió aquí, quien fue una de las figuras cumbres de nuestra poesía, de la literatura gallega de finales del XIX. Y otros poetas lo mismo, como Ramón Cabanillas, a quien después del fallecimiento de Curros,

en 1908, los gallegos de aquí erigen poeta civil. Y Nanda Yarir... Junto a otras grandes figuras, muchas de las cuales ahora no me vienen a la memoria, vinieron los trabajadores, generalmente analfabetos, y se abrieron un camino cultural, y luego fueron grandes escritores. Hay mucha memoria sobre esta gente.

Sé que has estudiado el pensamiento de Martí. Háblanos de eso.

Para mí, en la historia de la independencia de Latinoamérica, en la literatura de Latinoamérica, hay dos referentes obligados: el de Bolívar —que representa la iniciativa de liberar todos estos países— y el de José Martí —que surge en último en ser liberado del colonialismo español. Y me da pena que en España, a una de las grandes personalidades que mejor conoció la política española de los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XIX, que fue Martí, no se le conozca debidamente. Lo que no se atrevían a decir de la política española muchos españoles, Martí lo dijo. De aquí que para conocer, realmente, lo que estaba pasando en España en aquellos años turbulentos hay que ir a Martí, para saber más allá de lo que dijeron aquellos políticos españoles, que no dijeron toda la verdad. Y si repasamos los trabajos de Martí, no solamente crítica política, sino, también, la crítica literaria, crítica de arte sobre España, después de la Revolución de 1868, hay unos matices y unas precisiones que nuestros propios autores no llegaron a percibir. Estamos hablando del Martí que visita Madrid, que visita Zaragoza, que es estudiante allá, que conoce muy bien el temperamento de la península ibérica, que hace un abordaje de lo que es Madrid y el madrileño, lo que es la burguesía catalana. Y este abordaje, los propios españoles no fueron capaces, en su día, de hacerlo.

La figura de Martí es más allá de lo que se dice polifacética: es una figura científica, y en el romanticismo que le tocó vivir él rompe muchas barreras y abre la gran modernidad. Yo discuto muchas veces cuando se habla de que el modernismo de la literatura latinoamericana lo inicia —y se le da como el fundador y el gran elemento de esta modernidad— Rubén Darío. Esto es muy discutible. Para mí, el gran modernista es José Martí. Y ese es un valor histórico, y no sola-

mente histórico para los cubanos, sino que desde Cuba supo ganar su universalidad. Porque hoy Martí es conocido en todo el mundo porque él ha disparado su pluma en la tarea de reconocer otras culturas, de estar al acecho de lo que pasaba. Nada para él pasaba desapercibido. Y esto lo podemos apreciar en el legado de su gran obra.

Aunque Martí murió muy joven, es increíble su gran capacidad de poder escribir e involucrarse en política como lo hizo: fundar un partido —el Partido Revolucionario Cubano—, peregrinar por varios países de América Latina, y hacer su estudio de lo que ocurría en el último cuarto del siglo XIX en los Estados Unidos. Yo, particularmente, siento un gran cariño, tengo una gran admiración por el apóstol de la independencia de Cuba.

Nos citamos en casa del pintor Agustín Bejarano, bien conocido por los lectores de Honda, porque le abrimos con placer nuestras puertas en el número anterior —sección “Martí en la plástica cubana”. Queremos ahora, revelar detalles de su trayectoria, conversar sobre los motivos que dominan en su obra, y, desde luego, en torno a ese muy particular, que es la figura del Apóstol.



¿Cómo surge tu relación con la pintura?

Yo tendría alrededor de cinco o seis años, que es cuando los niños comienzan a hacer un poco de historia. En aquellos momentos mi padrino de bautizo me ayudó mucho con los materiales que él podía conseguir en la década del setenta, una década bastante problemática desde el punto de vista del material. Pero bueno, él me conseguía algunas pinturas, papeles, que me servían como base para dar forma a mis primeras inspiraciones.

Mi familia es una familia típica cubana, muy común, de obreros. Mi mamá, con algunas inclinaciones hacia el canto. Mi hermano, el tercero, en un momento determinado sintió disposición hacia la poesía. Estos son los antecedentes más inmediatos antes de que mis padres, las personas más allegadas, ya adultas, se dieran cuenta de que en mí había un germen, que estaba aflorando una inclinación hacia las artes plásticas.

Ya en 1976, con once años, hago las pruebas en la Escuela “Luis Casas Romero”, de Camagüey, y entro ese mismo año a hacer el primer año de Artes Plásticas, que era de enseñanza general: Pintura, Escultura, Dibujo, Diseño, lo fundamental. Hago los cuatro años en la “Luis Casas Romero” y en 1980 me presento y apruebo los exámenes de ingreso en la Escuela Nacional de Arte (ENA) de Cubanacán. Entro en la especialidad de Pintura, que era lo que realmente, hasta ese momento, más me entusiasmaba. Estudio

los cuatro años en la Escuela Nacional de Arte, hasta 1984, en que entro en el Instituto Superior de Arte (ISA), en la especialidad de Grabado. Quería aprender otra cosa que no fuera la pintura, en la que ya bastante había incursionado, y el grabado me abriría nuevas expectativas, nuevos caminos de investigación y de conocimiento.

En 1989 me gradúo y me encomiendan la tarea de ir a Camagüey a dirigir y fundar el Taller de Grabado de Camagüey. Ya en esa época comenzaban los primeros problemas con los materiales, producto de que ya se venía acercando el Período Especial. Estoy en Camagüey alrededor de dos años y medio.

En 1992 me caso con mi esposa actual, Aziyadé Ruiz Vallejo, con la que tengo dos niños. Ella es pintora y grabadora, igual que yo. En el momento en que la conozco estaba estudiando; posteriormente ella pasa a La Habana a estudiar también Grabado. Y en ese mismo año 1992, cuando nos casamos, yo vengo para La Habana. Y vivo acá, en esta ciudad.

Desde 1994, en que viajo a México, mantengo relaciones con una galería que se llama Nina Menocal, en el Distrito Federal. He realizado cinco exposiciones personales gracias a ella, y es la que, de alguna forma, lleva la obra mía a los planos internacionales: a ferias de arte como la de Arco, la Feria de París, Miami... Hay múltiples ferias en los Estados Unidos a las que, también, acudo; en Guadalajara, en México, y he participado, fuera de la Nina Menocal, con otras galerías, como la Galería Gan en Tokio, la Galería Lausín & Blasco en Zaragoza, la Galería Habana en Zurich, y otras más.

Sería interesante que nos hablaras de tus motivos de inspiración: del tema de la soledad, que ha sido tan significativo en tu obra más reciente, y otros aspectos que distinguen de una manera muy clara tu pintura respecto a la de otros artistas.

La pintura actual mía es consecuencia, por supuesto, de toda una serie de investigaciones y de períodos de trabajo. Ha sido una necesidad ir sintetizando mucho el lenguaje. Básicamente, lo que más me interesa es el tratamiento del hombre, con su drama, con sus necesidades, sus vicisitudes, sus reflexiones acerca de la existencia, acerca de

yumi honda a la se dario

su entorno, acerca de su historia, del ser como individuo insertado dentro de un contexto social.

Ahora bien, esta última etapa mía, como tú bien dices, está marcada por la soledad: hay un recogimiento del ser, una reflexión desde el mismo ser incluso, y eso está dado por la importancia que le doy a ese ser que, extraído del colectivo, está dialogando consigo mismo y, a la vez, es portador de toda una carga social.

A partir de un momento determinado —no es de ahora, sino de ya hace más de una década; yo diría que casi veinte años— vengo trabajando con la imagen de José Martí en diferentes períodos. En esta última etapa, desde hace cerca de dos años, aproximadamente, hasta hoy, sigo trabajando su imagen, pero no es solamente reflejarlo en su dimensión histórica cubana. Lo que me interesa, realmente, es la significación humana de Martí, su trascendencia como pensador hacia otras latitudes, hacia el mismo concepto como hombre. Este hombre que yo estoy reflejando no es, constantemente, la imagen de José Martí; sin embargo, lleva implícita una reflexión muy martiana, digamos, de la nobleza de ese hombre hacia el mundo y viceversa.

Esa comunicación y reflexión acerca de las vicisitudes y de la nobleza del hombre es la que, de alguna forma, está sintetizada en todo el lenguaje que vengo tratando con *Los ritos del silencio*. *Los ritos del silencio* es una consecuencia de *Imágenes en el tiempo*, otra exposición que fue la que abrió este diálogo con la imagen y la figura, incluyendo el pensamiento, de José Martí. *Los ritos del silencio*, como decía, es la reflexión más directa que yo tengo, el canal más directo para hablar del hombre contemporáneo y sus necesidades de comunicación, a partir de la misma incomunicación que, de una forma indirecta, se ve en la obra.

Esta manera tuya de presentar a Martí como una síntesis de valores humanos también permite a los jóvenes, a generaciones más contemporáneas, que vienen con una cierta cultura de la imagen, una aproximación más inmediata a la figura de Martí.

Me gustaría que nos hablasas, también, de tu experiencia como grabador.

¿Piensas darle una mayor proyección a esa línea en el futuro?

Bejarano grabador se supone que hizo su época entre la década de los ochenta y finales de los noventa. Ya en 1998 dejó de hacer grabado para dedicarme enteramente al ejercicio de la pintura, de la investigación pictórica. No es hasta hace poco —alrededor de dos o tres meses— que, de una forma más directa, comienzo a trabajar en una incipiente serie, vinculada a la trascendencia alcanzada por la de *Los ritos del silencio*: en ese mismo sentido estoy trabajando el grabado. Estoy haciendo incursiones en el formato digital, mientras mantengo otras en el formato tradicional —la calcografía, una técnica del grabado—; y estoy muy emocionado porque pensé que no podía retomarla con el espíritu necesario, pero siempre todo se oxigena de una forma mágica en el tiempo. El tiempo es sabio, y después de cinco años de abandonar el grabado he podido iniciar sin problemas esta obra, que me interesa bastante.

Querría que tocaras un aspecto muy relevante en tu obra: las texturas, es decir, ese tratamiento que te pone en presencia como de un documento antiguo; de algo que te incita a tocarlo, a palparlo, a seguir todas esas irregularidades que presenta su superficie. ¿Cómo este aspecto formal se asocia al contenido de tus piezas?

Dada también la experiencia —los experimentos que he realizado—, dados los resultados que he tenido, digamos, desde el año 1995, 1996, con algunos materiales como la pelvina, el caolín, la tierra, toda esta materia alcalina aglutinada con un pegamento y colocado sobre el lienzo, pude llegar a un concepto que era bastante afín a lo que yo quería conceptualmente expresar.

La pelvina es un material de procedencia alcalina, que en la cerámica se usa para darle más consistencia al barro, para que no se parta, y a la vasija, una vez terminada. Este material yo lo extraigo sin el barro y lo apliqué, en un momento determinado, sobre una superficie más bien áspera, como el lienzo crudo —no puede ser una superficie lisa, tiene que ser bastante cruda la superficie, para que ella sienta un lugar donde agarrarse. Con ella empecé a experimentar

desde esa época que te digo. Y aparecieron las primeras versiones con obras como *Brujo de medianoche*, *La Mona*, *Citizen*. Posteriormente, hago un conjunto de tres piezas con el tema de personajes muy ensimismados, muy retraídos, que se llamó *Imágenes en el tiempo*. ¿Ves?: desde esa época ya venía *Imágenes en el tiempo* como el tema importante de cómo asumir al hombre dentro de esa reflexión intimista y filosófica.

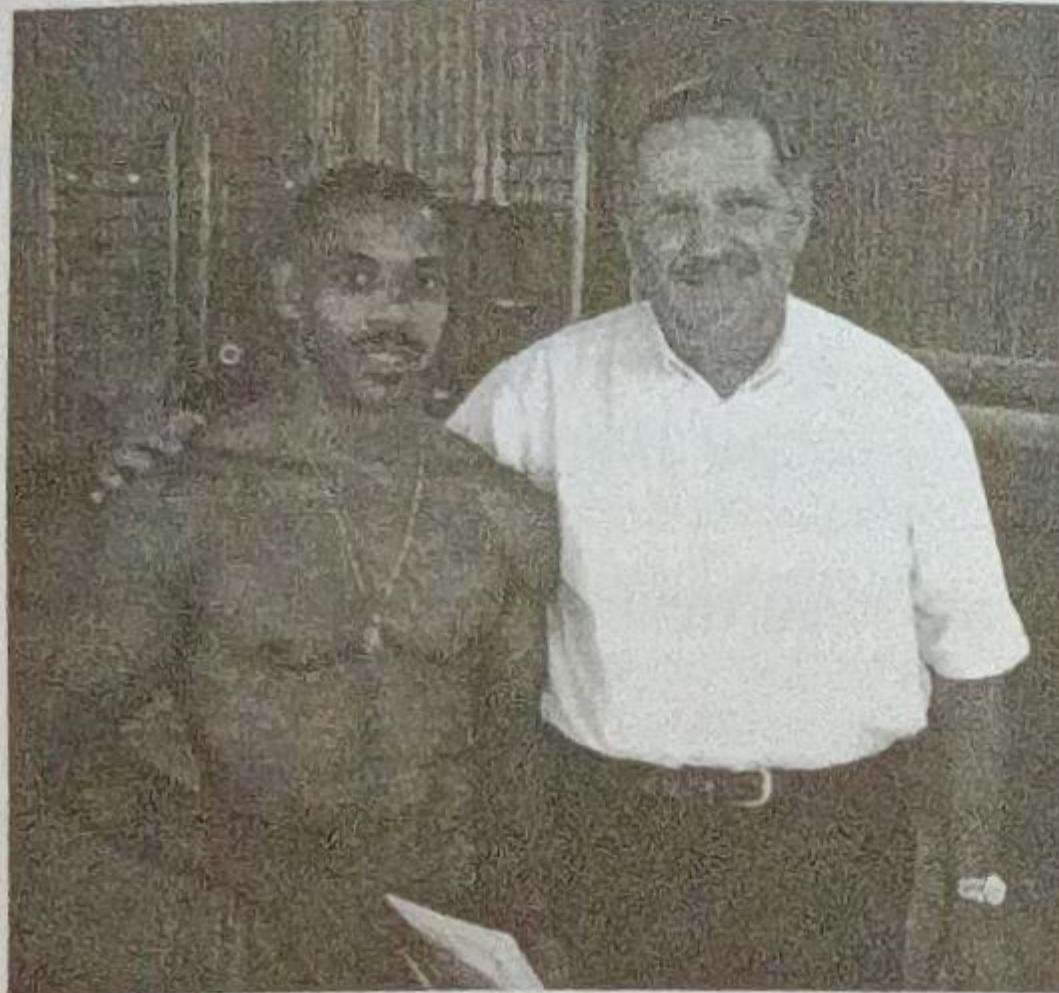
Posteriormente abandono ese trabajo, y continúo pintando. Ya a finales del año 2000 retomo esa técnica, para no dejarla hasta hoy; sigo enriqueciendo las dos series casi al unísono: *Imágenes en el tiempo* y *Los ritos del silencio*.

Por otra parte, trato de que la técnica no sea mediador de un tipo de arte vacío, un tipo de arte estéril, sino que siempre sea renovadora y que apoye básicamente el concepto que yo quiero de la obra. El craquelado, las superficies ásperas, todo esto tiene que ver mucho... lo he querido adecuar a mi configuración de la idea que quiero dar acerca de esta reflexión del hombre, de no hacer una idea puramente hedonista, de no maltratar con la técnica lo que pueda haber de importancia o de relevancia en el arte, ya una vez terminada la obra. He tratado de oxigenar esa técnica de una forma que tenga que ver mucho con mis intereses más inmediatos.

Para algunas personas que me han preguntado por qué yo pinto a Martí con flores: lo hago porque se supone que esa tierra está craquelada, que es una tierra que está envejecida. Esa sensación de deterioro, en el caso de Martí, por ejemplo, la asumo como una fertilidad de la tierra, o sea, que la tierra genere flores o rosas rojas no solamente implica el puro significado de la flor: en el caso de Martí es una ofrenda hacia esa personalidad tan importante para la cultura cubana como para la universal. Aparte, el que esa flor nazca dentro de un contexto árido de craqueladura, de deshidratación de la tierra, de un deterioro aparente, es importante. Por eso aprovecho para aclarar ahora este detalle tan importante, que a veces se tergiversa.

Quiero agradecer a Bejarano por esta gentileza de recibirnos y colocarnos a cada uno de nosotros sobre la escalera con unas alas.

Es nuestro propósito vincular la revista a otros sectores que no sean, solamente, los del arte y la literatura. Queremos reflejar otras esferas de la vida social cubana y, como el deporte es una de ellas, hemos venido al Cerro Pelado, a entrevistar a los destacados gimnastas Erick López y Leyanet González. Es un privilegio para Honda tener la posibilidad de registrar sus opiniones sobre su vida profesional y, también, sobre su relación entrañable con nuestro Héroe Nacional. Comenzamos con Erick.



¿Por qué la gimnasia?

En este deporte me inicié desde muy temprana edad: a los cinco años. Me encontraba en la escuela, dando clases normalmente, de pre-escolar, y fue un grupo de profesores a hacer captaciones. Entre esos niños seleccionados estuve yo y, bueno, todo se inició como un juego. Hasta hoy. Fui transitando por diferentes competencias, juegos escolares, después eventos de la primera categoría, campeonatos nacionales y así, sucesivamente, eventos internacionales y hasta hoy. Ya desde el año 1989 entré en la pre-selección nacional, o sea, integré equipo nacional para representar a Cuba.

Nos interesaría mucho conocer lo que pudieras decirnos —tú que eres un ídolo para la juventud cubana— en torno a tu acercamiento a Martí. ¿Qué ha significado en tu vida profesional, en tu vida personal?

Creo que no solo en mí, sino en cada cubano, el pensamiento martiano siempre está presente. Desde niño, en la escuela, en la casa, me inculcaron estos pensamientos, que

hoy en día están más vigentes por los momentos que estamos viviendo. Cada cubano debe llevar dentro de sí todo lo bueno aprendido de Martí, nuestro Héroe Nacional. Y, nosotros, inculcárselo a las nuevas generaciones.

La Edad de Oro fue uno de los primeros libros que leí de. Ahora mi hijo, que tiene tres años, abre el libro y conoce a Martí; te dice: "Este es Martí" dondequiera que lo ve. Así que creo que va por buen camino.

Fuera de Cuba se nos acerca mucha gente que nos pregunta, personas que nos conocen. Que no solo van a aplaudir y a gritar desde las gradas, sino que entablan una conversación y, de alguna forma, tienen interés por conocer más sobre Martí. Hablo de personas que quisieran conocer también de Cuba, que nunca han venido, y, entonces, te hablan de Martí. Eso, en el mundo entero.

Aparte de la gimnasia, seguramente el tema dominante de tu vida, ¿qué otras actividades de carácter cultural —estamos pensando en lecturas, cine, música— son de tu preferencia?

Me gusta la música. Escupo bastante música de cualquier tipo, no tengo predilección específica por ninguna. En ocasiones leo un libro cuando tengo algún rato libre; principalmente por las noches, ya cuando me voy a acostar. Películas, también, alguna que otra en el cine. Otro deporte que practico un poco es el fútbol. Y está la parte familiar: me gusta, desde luego, pasar tiempo en la casa.

Tienes un niño pequeño. ¿Te gustaría que fuera gimnasta?

Por una parte no, por otra sí. Es un deporte bonito: un arte diríamos. Pero es bastante traumático. Ya uno conoce, ha sufrido esto muchos años, y no quiere lo peor para el niño. No quiere decir que esto sea "lo peor", pero es un deporte muy duro y uno para los hijos siempre quiere lo mejor. Pero si él quiere practicarla, tendrá el apoyo de nosotros.

¿Qué implica en lo personal haber alcanzado altos niveles en la gimnástica y mantenerlos?

De hecho, un compromiso, porque alcanzas un nivel y entonces te sientes obligado a conservar ese lugar, a defenderlo. En la próxi-

ma competencia, en el próximo evento, sabes que tienes que hacerlo mejor, o igual que en el anterior, porque siempre es lo que espera el pueblo. Y si lo haces mal o no obtienes el mismo resultado, por lo menos yo me sentiría bastante mal. Cada vez que he participado en una competencia me siento presionado por el compromiso, por esa responsabilidad, porque sé que tengo que alcanzar un mejor resultado y hacer todo lo mejor que pueda.

Háblanos del entrenamiento, de las horas que has tenido que dedicar a esto. Porque nosotros vamos a las competencias y vemos a la figura, nos deleitamos con la armonía de los movimientos, con la maestría; pero ¿qué hay detrás?

Un sacrificio bastante grande. Se entrena alrededor de seis horas diarias, o sea, dos sesiones de entrenamiento: en la mañana, después almorcamos, descansamos y empezamos nuevamente en la tarde, excepto el sábado y el miércoles, que se hace una sola sesión de entrenamiento. Y tienes que sobreponerte a dolores, provocados por algún golpe o lesión, o hay elementos en cuya realización sientes un poco de temor y tienes que sobreponerte, y repetirlos mucho para ir perdiendo el miedo y lograr perfeccionarlo. Eso no se ve en la competencia. Es lo que muchas personas no conocen; dicen: bueno, entran y ya están compitiendo. Pero de hecho tienes que subordinar toda tu vida a eso; tienes que aceptar bastantes limitaciones, sacrificar mucho para poder dedicar el tiempo necesario y alcanzar los resultados que esperas.

Ahora, conversemos con Leyanet, compañera en la vida y en el deporte de Erick. ¿Por qué la gimnasia?

Comencé mi vida en la gimnástica a los cinco años, en la provincia de Sancti Spíritus, y de haber nacido allí me considero muy afortunada. Los veinte años que llevo entrenando me han brindado los momentos más bonitos, los más grandes logros, aunque, también, los momentos más difíciles, en los que he aprendido mucho para mi vida personal. Estoy muy feliz de todas las cosas que he hecho. La Olimpiada de Atenas ha sido la culminación de toda una carrera de sacrifi-

y m' Honda a la de Honda

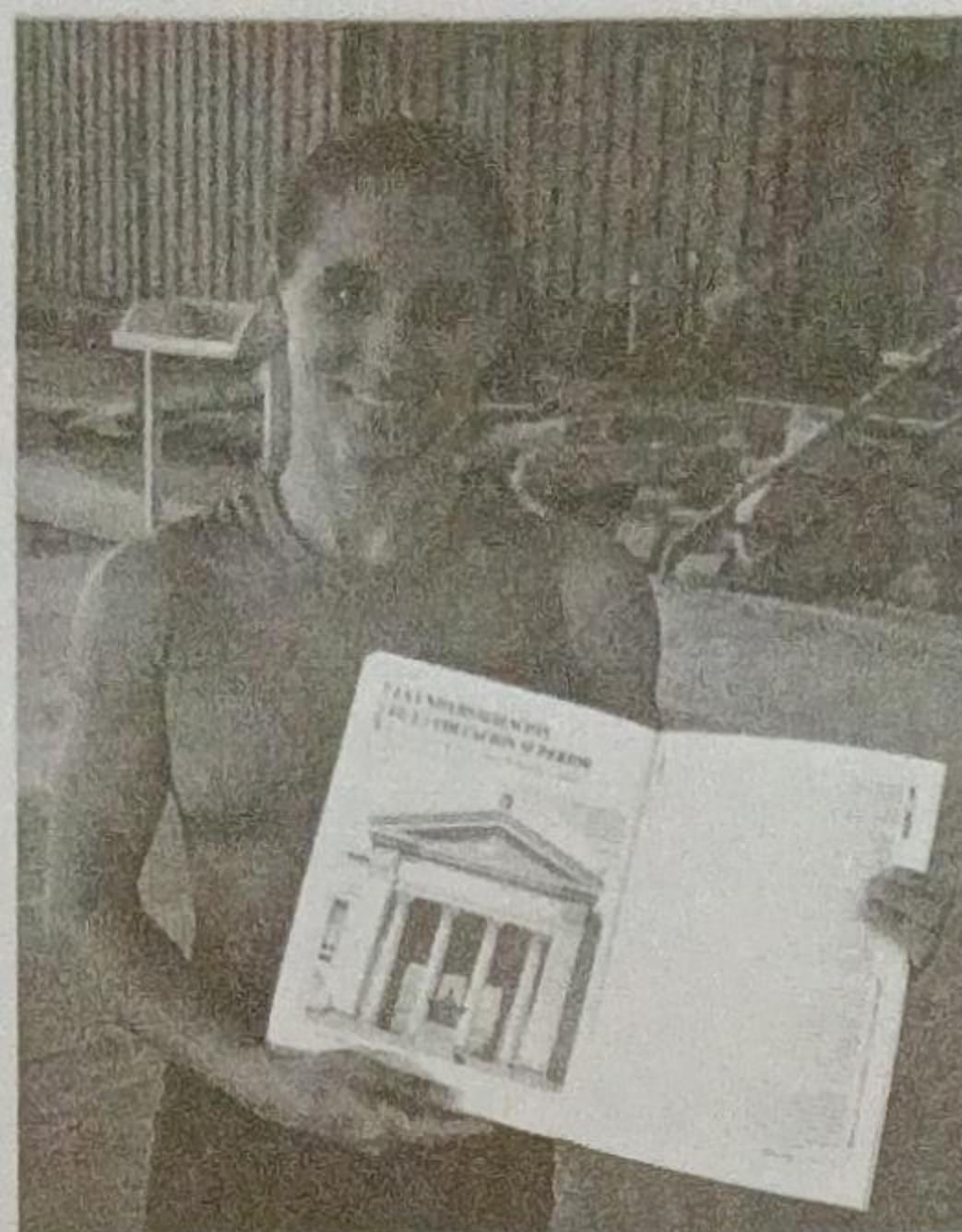
cio y de esfuerzo. Pienso que Leyanet y la gimnasia van a estar ligadas siempre: primero ha sido como atleta activa y, luego, será como entrenadora —porque ya soy licenciada en Cultura Física. Siempre estaremos ahí.

¿Qué edad tienes ahora?

Tengo veintiséis años y se me ha acortado ya la edad de ejercer el deporte activamente. Pero te decía que siempre estaremos ahí, juntos, porque es lo que aprendí casi desde la cuna, lo que amo, y a lo que estaré dedicada toda la vida.

¿Qué puedes decirnos de Martí? ¿Qué ha alcance ha tenido en tu vida?

Pienso que es un ejemplo para todos los cubanos, un faro de inspiración. Porque nos ha enseñado no solo a pensar, sino a comportarnos, a desarrollarnos, a enfrentar las tareas. En este deporte —que es muy difícil, donde se necesita mucho empeño y mucha voluntad para vencer—, estudiar a Martí es una manera de aprender a perseverar y luchar con todas las dificultades. En estos momentos que nos ha tocado, Martí significa un apoyo decisivo para los deportistas, que nos ha correspondido la tarea difícil de ser embajadores en el exterior; porque nosotros, a nuestra manera, nos esforzamos para poner bien en alto esa bandera por la que tanto él luchó, para manifestar nuestra suficiencia como pueblo, que es una forma de expresar el porqué de su ideario independiente. Nosotros siempre salimos y luchamos para que se escuchen las notas de nuestro Himno Nacional y todo el mundo sienta que Cuba es libre y que con todas las dificultades que tenemos está siempre a la vanguardia, al frente de la Batalla de Ideas y de todas las luchas que está librando nuestro pueblo. Martí nos acompaña en todo eso.



¿Qué críticas podrías hacerle a Erick?

Críticas? Ninguna. Erick es un gran compañero, tiene "sus cosas", como todo el mundo, como tenemos defectos todos, pero, sobre todas las cosas, ha sido para mí también una inspiración para poder seguir adelante; para, después de tener un hijo, continuar en la gimnástica, continuar luchando por los grandes resultados. Críticas tengo pocas: habla muy poco, a pesar de que han logrado hoy que converse un poco más. Erick es muy bueno; de manera general es maravilloso.

¿Planes que tengas para el futuro?

Nos vamos a tomar unas vacaciones, bien merecidas, porque llevamos muchos años dentro del gimnasio esforzándonos. Después, realizaremos un desentrenamiento, imprescindible para poder llegar a la vejez sin tantos achaques que provoca el deporte de alto rendimiento. Y, bueno, ya veremos qué tienen para nosotros nuestros dirigentes: no sé dónde nos ubicarán. Queremos retirarnos del deporte activo no porque nos sinta-

mos mal, ni sintamos que estamos acabados, sino que queremos terminar nuestras carreras en alto; o sea, en vistas de que el deterioro físico es inevitable, queremos que la gente se quede con el mejor recuerdo de nosotros.

¿Cómo se llama tu niño [de ambos] y a qué aspirarías para él en el futuro?

Se llama Erick López González. Quisiera, en primer lugar, que fuera una gran persona, sobre todas las cosas, antes que gimnasta; antes de lo que sea, que fuera muy estudioso, que estudiara mucho a Martí. Ya le hemos leído mucho *La Edad de Oro*, ya conoce muchos personajes, bastante las ilustraciones que tiene. Y él va a ser lo que él decida ser. Le estamos dando una educación bastante amplia, bastante buena, para que tenga oportunidad de escoger solo en el futuro.

¿Cuáles son tus entretenimientos?

Me gusta mucho, mucho, leer. Cuando salgo de viaje, siempre me he llevado libros —creo que es lo que más pesa en mi equipaje—; me entretengo mucho leyendo. Me gusta mucho la música, me gusta mucho bailar, como a todo cubano.

¿Y Erick es buen bailarín?

Yo creo que es el único negro que no sabe bailar. Pero sí le gusta mucho la música.

Aspiramos a presentar esta pequeña conversación con nuestra pareja de campeones de siempre en el INDER, junto a sus compañeros, de modo que sirva para establecer un fructífero contacto con este mundo —parte ineludible de nuestra cultura toda—, que tanta gloria ha dado a nuestro país y que tanto ha aportado a la forma particular que el cubano tiene de enfrentar la vida.

Diecisiete instantes de densidad artística e histórica

Acaba de ver la luz, publicada por la prestigiosa Biblioteca Ayacucho —colección La Expresión Americana—, una selección de las crónicas escritas por Martí desde los Estados Unidos para periódicos latinoamericanos.¹ Diecisiete de sus escenas norteamericanas integran el hermoso volumen, editado en papel cromo y presidido por una foto de Whitman, a quien Martí dedicara una hermosa crónica que, en lógica alusión, aquí se recoge. Figuran las muy afamadas “Coney Island”, “Emerson”, “El puente de Brooklyn” y “Los anarquistas de Chicago”, entre otras.²

El conjunto contribuye a dar una idea de los temas que Martí trata habitualmente, los que son descritos y brevemente analizados en el prólogo,³ escrito por Julio Miranda. El ensayista venezolano se remite a la carta testamento literario de Martí y cita de ella lo siguiente: “Martí propone a su albacea literario la recolección ‘para cuando yo ande muerto’, de sus artículos sobre Estados Unidos en tres tomos”, manera figura-

¹ José Martí. *Escenas norteamericanas*, pról. Julio Miranda, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2003, 213 pp.

² “Una campaña electoral”, *La Pluma*, Bogotá, 3 de diciembre de 1881; “Instantáneas de una ciudad”, *La Opinión Nacional*, 4 de marzo de 1882; “Bufalo Bill (William F. Cody)”, *La América*, N.Y., junio de 1884; “El día de los trabajadores”, *La Nación*, 26 de octubre de 1884; “Los indios en los Estados Unidos”, *La Nación*, 4 de diciembre de 1885, “Un país se expande”, *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889; “Indios y negros”, *La Nación*, enero de 1885; “La Exposición de Nueva York”, *La Nación*, octubre de 1889; y “Latinoamericanos en Washington”, *La Nación*, mayo de 1898.

³ Allí puede leerse esta nota aclaratoria: “Esta antología recoge algunos trabajos contenidos en los tomos 9-13 de las *Obras completas* de José Martí (Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1964 y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975)”. José Martí: *Escenas norteamericanas*, ed. cit., p. 11.

da y también directa, en fin, hermosa, que utiliza Martí para decir que su pensamiento seguiría vivo. Julio Miranda caracteriza englo-badoramente y a grandes trazos las escenas, concluyendo que son “al cabo, el estudio de un pueblo paradigmático”⁴ y que “por encima de la diversidad [...] varios temas centrales se repiten a lo largo de las crónicas”. Según él, ellos son: la democracia y su decadencia, a la que contribuyen otros tantos de los temas reiterados en ellas, como los apetitos imperialistas de los Estados Unidos; “contradictoriamente, la inmigración”; “el inevitable enfrentamiento ‘de los hombres de labor contra los hombres de caudal’”, que considera el asunto más concurrido en las crónicas norteamericanas, y las minorías. Luego de referirse a la “curiosidad multiforme” de Martí, llama la atención sobre las huellas de la propia vida del escritor, a las que denomina “deslices autobiográficos”, y los clasifica levemente en: testimonios de soledad o de vivencias indelebles, como la cárcel y el destierro.

La virtuosidad expresiva de estas *Escenas...* convoca a más de un estudio de desarrollo. Pero, adentrémonos un poco en cómo Martí las construyó.

En ocasiones, presenciamos al interior de la crónica grandes mosaicos enumerativos en los que hay, desde simples noticias, curiosidades, especiales acontecimientos culturales, hasta sucesos que el autor borda en sencillos medallones narrativos o viñetas, que, dada la intensidad y efectividad temático-expresiva o el rebajamiento ético que reflejan, se consolidan, o se deslizan como una acuarela. En medio de tales milagros del lenguaje, las distinciones entre ficción y no-ficción tienen una importancia subordinada. Lo describe todo, en la aparente imposibilidad de hacerlo; lo describe todo, logra el mosaico, incluyendo, también, lo que no es tan llamativo de la vida newyorkina. Otras veces, en lo enumerativo, la aparente uniformidad gramatical refleja la obsesión de la mente por mostrar, al unísono, lo que pasa y lo que entra en el cerebro del ciudadano moderno, vivo y mutable ante cada suceso.

Sabemos que existen “apuntes de Martí donde este manifiesta el mismo deseo que Renan de poder articular el ‘systeme des

⁴ *Op. cit.*, p. 7.

chooses’. ‘No se deben citar hechos aislados —contentamiento fácil de una erudición ligera e infructífera, sino hechos seriales, de conjunto sólido, ligados y macizos’.”⁵

La enumeración del hecho —escueto y apretado— es la base de estos mosaicos que no solo dan fe de las necesidades inherentes a un corresponsal —abarcarlo todo con pericia y brevedad— sino, además, del hervidero fragmentado que el cronista reconstruye no solo con el instinto y reflejo obstinado de su mente, sino, sobre todo, con el afán receptivo ingente de lo ingente, que inocula en sus lectores. Para Martí, ningún asunto es vulgar o pequeño; todo clasifica, todo tiene, por excelencia, derecho al reflejo, todo es digno de recrearse. Este principio que la naturaleza de la crónica le obliga a considerar, venía creciendo paralelamente en Martí como manifestación de un rasgo inusual de su *ars poética*. A la intensidad de su estilo se une la búsqueda obsesiva de lo insólito —diría yo de lo dramático y a veces tremendista.

Dentro del mosaico, especialmente el punto y seguido —recurso por excelencia dentro de él— permite, a su vez, la aparición y escamoteo de la elipsis, la intención esencialmente —y artísticamente— unificadora del paisaje cruento que entrega; pero todo esto tiene como base o como motivo esencial el carácter disímil de las realidades que propone. Por eso creo que la puntuación está en función de los amasijos de asuntos que, en Martí, suelen conformar el tema. ¿Qué es lo que pasa? Pudiéramos decir que a partir de esta compleja realidad que él vuela, el punto amplía su función en el discurso —o la invierte: en vez de ser signo que separa solamente cláusulas independientes entre sí, las une, más allá de la unidad lógica del pensamiento al uso; las une por medio de una unidad sicológica hasta ahora insospechada. El punto y el punto y coma son instrumentos de una inusual atmósfera sicológica; téngase en cuenta que muchas veces el párrafo se ha reducido a una oración, a un enunciado, porque no se cuenta lo que se ve —y quizás ahí está el secreto— sino lo que se construye.

⁵ Aníbal González: *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, S.A., 1983, p 168.

Todo le interesa, tiene conciencia de todo, sabe que está en las vísceras de la juventud de una nación trepidante; su mente está ansiosa de todo. La pluma quiere reflejarlo todo, y nos preguntamos, nada inocentemente, ¿por qué? Se supera el afán disciplinado del cronista a sueldo, y es inevitable acceder a las constantes enumeraciones que le tensan el sentido.⁶ Conciencia de la palpitación de la realidad circundante, de su ámbito como fragmento y resistencia ante él: la mente, la mente poderosa, la pupila ingente todo lo puede absorber y construir, captar y procesar. Y si en la práctica no pudiera, el cerebro se construye esa ilusión: como asumir lo moderno con un gesto antiguo o medieval ¿Qué papel se le concede en todo esto a la nostalgia? De todo lo anterior podemos concluir que la enumeración de acciones es un mecanismo frecuente de su pupila para lo vasto y una de las muchas pruebas, en las *Escenas...*, del tratamiento del fragmento como absoluto.

Un peculiar y diría que capital procedimiento de síntesis narrativa lo constituye el empleo de la metáfora, el ensanchamiento y penetración de lo que se narra con ese tropo. Las caracterizaciones generalizadoras, que tanto le gustan, encuentran en la metáfora su vía apropiada: le permite condensación y efectividad literaria. Es un procedimiento esencial para la profunda valoración y fijación de las realidades tan intensas y complejas de las *Escenas...*

Una peculiar textura o “capa de materia absorbente”—siguiendo la idea de Barthes—conforma en las *Escenas...* el impulso ético. La escritura martiana lleva lo ético en su tuétano: las *Escenas...*, con su multiplicidad de asuntos y problemáticas, dan a cada paso fe de ello. Observemos, si no, el énfasis en la relación entre ser y deber ser en los hechos que trata. Martí, para el engrandeci-

⁶ “La enumeración —generadora de la descripción a lo largo de la crónica— enfatiza la experiencia del aglomerado. En su misma disposición formal, sin embargo, la yuxtaposición de partículas heterogéneas en la enumeración, sugiere ya la frágil articulación en la visión martiana, de la nueva ‘comunidad’ de gente, cosas y discursos que la ciudad ha desplazado hacia la tierra vacía” (Julio Ramos: “Esta vida de cartón y gacetilla”, *Literatura y masa*, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 180).

miento ético, sublima los hechos y los legitima a través de comparaciones con grandes personajes o hechos de la historia de la humanidad —lo que Julio Ramos llama citas del “Libro de la Cultura”.⁷ Es fácil advertir, igualmente, la mezcla del impulso ético y el espíritu ciudadano. En ese afán, nacen sus afilados mosaicos o viñetas, que pueden ser sacadas de contexto y aplicados a cualquier época, a toda sociedad.

Cuánto pudiera decir sobre las cualidades propias de la prosa de las *Escenas norteamericanas*. Es ya un hecho advertido por todos los críticos el considerarla plástica⁸, cromática y cinematográfica. A menudo sazonada de escenas plásticas, que suplen el afán de contemplación de toda alma humana, va de la inspección a la descripción, y de

esta a la caracterización o el juicio.⁹ Hay una característica englobadora de su estilo, que es la causa del rasgo anteriormente descrito: en sus *Escenas...* el lenguaje adquiere la categoría de protagonista. Lo aquí referido también se relaciona con la idea de que en las crónicas la crítica brota de la propia descripción. Siento que narración y descripción están profundamente ligadas, forman una simbiosis muy fuerte, marchan unidas. Ya una no fluye de la otra. La minuciosidad y el afán de revelar el “movimiento” de los hechos vuelven su discurso particularmente inquisitivo y con tendencia a la recurrente descripción.¹⁰ Pues ya para este tiempo —fines del siglo xix— la descripción “[...] llega a ser lo que no era en la época clásica: un elemento mayor de la exposición”.¹¹ Todo esto se comprende si aceptamos que “[...] el relato de prensa se despliega ante todo a nivel de la transitividad natural, ‘la historia que se cuenta’, pero da pruebas de una sorprendente capacidad de ‘ingurgitar’ rápidamente los ‘narrantes’ culturales más variados.”¹²

Si pensamos en las cualidades diegéticas y ensayísticas de las *Escenas...* entendere-

⁷ Recordemos, en tal sentido, lo que hace en la escena referida a la inauguración de la Estatua de la Libertad. “Martí trabaja con emblemas, con paisajes de cultura que en la crónica cumplen la función de reintroducir elementos cristalizados de la cultura canónica que precisamente era desplazada por la modernización. Las continuas alusiones bíblicas y la oratoria sagrada que por momentos determina la entonación con otros ejemplos de representaciones, de citas de ese Libro de la Cultura” Julio Ramos: “Maquinaciones: literatura y tecnología”, *op. cit.*, p. 103. Es necesario advertir que Martí emplea estas citas del libro de la cultura no solo para legitimar escenas que cuenta, sino, también, para rebajarlas, para enfatizar el descalabro ético. Veamos el siguiente ejemplo: “Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos, que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a las puertas del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.”

⁸ La luz incita peculiarmente las cualidades de su prosa, como lo hace, recurrentemente, en su poesía. “Algunos de los grandes tópicos que obsesionaban al siglo xix”, y que también subyacen en las escenas, son “la relación entre el hombre y la naturaleza, entre el tiempo y el progreso y entre los anteriores términos y la tecnología del fuego. El fuego, el calor, el sol, la luz son términos privilegiados tanto en la episteme del siglo xix como en las obras de Martí” (Aníbal González, *op. cit.*, p. 84).

¹¹ *Ibidem.*

¹² Jules Gritt: “Un relato de prensa. Los últimos días de un ‘Gran hombre’”, *Análisis estructural del relato*, Colectivo de Autores, Ed. Coyoacán, 1999, p. 130.

mos por qué “un relato puede ser leído como un ensayo, y viceversa: No podemos narrar sin razonar [...] Se ha evidenciado que en el discurso político y literario es posible cuantificar la jerarquía de los valores: no podemos narrar sin valorar”.¹³

Parece que en estas *Escenas...* de Martí se han sumado, por el milagro del ingenio, las cualidades que Rodó adjudica a la crítica: se confunden el arte del historiador, la observación del sicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista y el subjetivismo del poeta.

Puede afirmarse, entonces, que en las crónicas norteamericanas de Martí hay un equilibrio entre humanismo y artificio, y que se concibe el lenguaje como objeto con densidad y profundidad histórica.¹⁴

CARIDAD ATENCIO

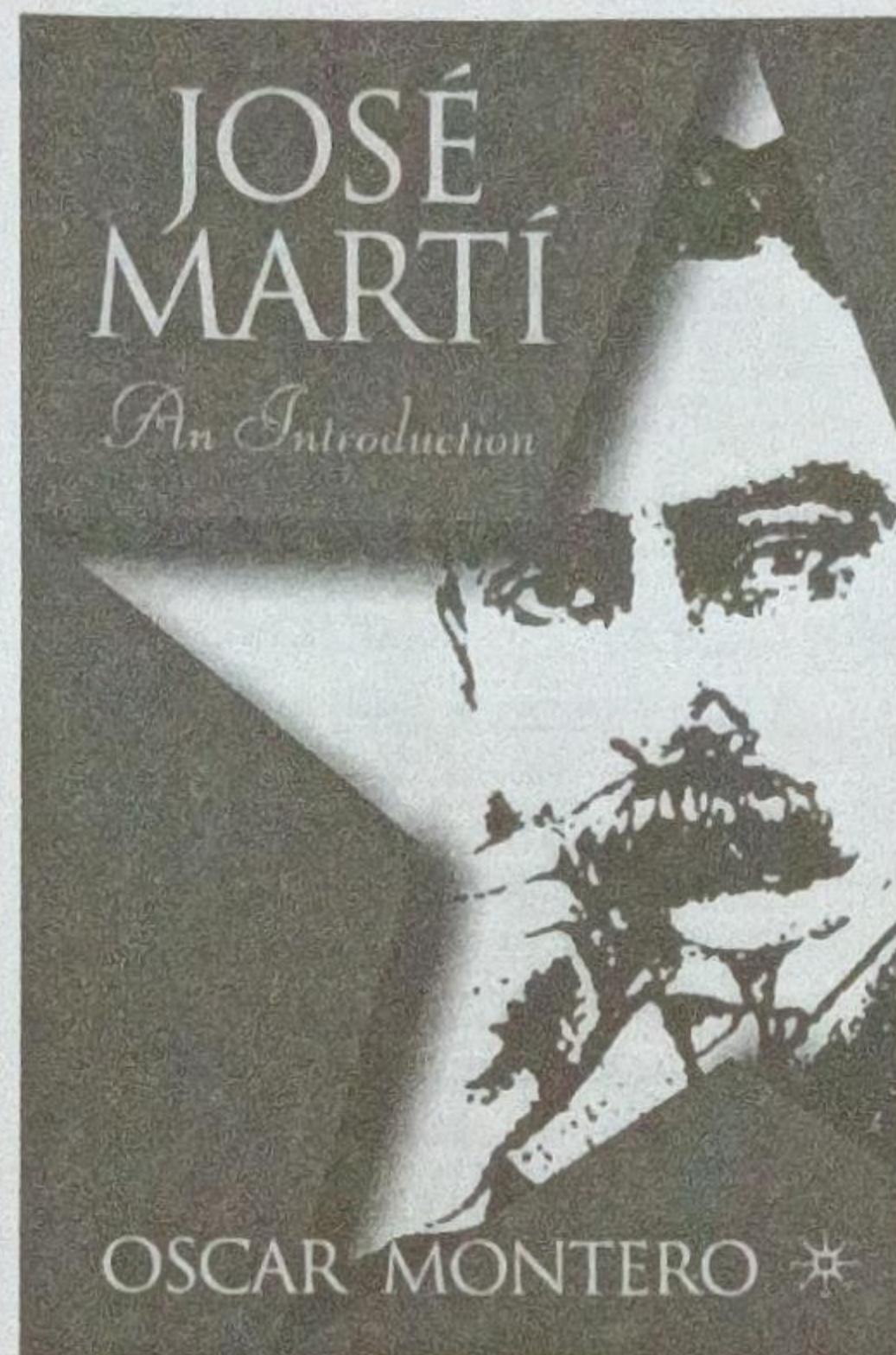
José Martí, an Introduction, de Oscar Montero

Leer la obra de Oscar Montero *José Martí, an Introduction*, ha significado para el autor de estas líneas una doble experiencia: por un lado, penetrar en una parte de la vida y la obra de José Martí desde la percepción de un emigrado cubano, inserto típicamente en su medio, educado en los Estados Unidos. Montero es un investigador que lee y reinterpreta a Martí, en tanto aprovecha las investigaciones que otros han realizado. Tiene un concepto acabado del profesorado, de lo que significa poder explicar a Martí a sus alumnos en un aula, donde piensa que se pueden dirimir todos los retos martianos. Por eso aclara desde el principio,¹⁵ que la obra de Martí es tan vasta, que ha tenido que basarse en las de muchos autores. Y añade que ha “prescindido de las citas por temor a que abrumen el texto y subvientan su propósito como introducción”.

¹³ Luis Britto: “Decálogo para el post-escritor en el siglo de Pilatos”, en *La Jiribilla*, La Habana, junio, no. 1, 2003, p. 6

¹⁴ Aníbal González, *op. cit.*, p. 220.

¹⁵ Oscar Montero: *José Martí, An Introduction*, New York, Ed. Dalgrave Mc Millan, 2004, p. 6.



Su obra carece, pues, del poder de convencimiento que pudieran conferirle los documentos, sobre todo cuando aborda hechos históricos cuestionables. No es, en ese sentido, una obra excepcional, pero sí lo es desde el punto de vista de su visión honrada: se esfuerza por una lectura en algunos momentos muy objetiva y hasta brillante, e intenta extraerle a la obra de Martí lo que estima útil para la contemporaneidad latina en New York como paliativo de una sociedad brutal y esencialmente racista e injusta —aunque el autor no quiera decirlo con palabras tan directas. Por otro lado, el libro de Montero convoca a conocer la amarga dicotomía de su propia existencia —de emigrado nostálgico— y algo de la vida del Maestro.

Comienza en su presentación introductoria, “From Coney Island to Dos Ríos”, con la angustiosa selección de la lengua en que habría de escribir su libro —nos habla de “apaciar sus propias ansiedades bilingües”—, que a cualquiera pudiera parecerle obviamente que reside y estudió en los Estados Unidos. En verdad, realiza una óptima tarea como traductor al inglés de José Martí.

No parece ser esta, en sus líneas preliminares, la mayor preocupación de Montero, sino su inclinación, sobre todo, por el estudio que hizo Martí de dos males de la sociedad del siglo xix en los Estados Unidos, que lo son también de la actual: el racismo y el machismo. Dice menos del Martí político, del genio que trabajó incansablemente has-

ta organizar un partido revolucionario capaz de unir a mujeres, hombres, blancos, negros y mulatos para la lucha por la independencia de Cuba, y los inciertos días que seguirían a la victoria —legado antimperialista que inspira a nuestro pueblo hace más de un siglo en su resistencia a las perpetuas agresiones del imperialismo yanqui.

Pero el autor se siente obligado a comentar, frecuentemente, las posiciones políticas de Martí, porque sus dos temas son, además de sociales, inevitablemente políticos. Por otra parte, confiesa llanamente que “[...] la obra de Martí es más rica que lo que estas páginas pudieran sugerir. Estos tópicos representan los límites de mis intereses y de mi investigación”.¹⁶ Su introducción al libro muestra, pues, esa limitación admitida por el autor, pero habría que subrayar que está escrita con tanto relieve que la lectura posterior de cada uno de los capítulos deja la impresión de cierta evaporación de los contenidos, y de repeticiones de hechos y análisis demasiado frecuentes en un libro de solo 150 páginas. Pero estas son apreciaciones formales. Veamos algunas observaciones de contenido.

En la propia introducción¹⁷ Montero, al referirse a la Conferencia Internacional Americana de 1889, afirma que “[...] cada nación americana llevó su propia agenda a Washington, y sus delegados no seguirían a Martí, a pesar de su prestigiosa posición como cónsul de Uruguay, Argentina y Paraguay en Nueva York”. Es verdad que, al final, el autor admite que la actuación de Martí fue, posiblemente, decisiva en la derrota de la estrategia de poder de Blaine. Pero en su aserto comete un error: atribuye a Martí la representación de tres consulados en 1889, cuando en verdad solo era en ese momento cónsul de Uruguay. En abril-mayo de 1890, después de la conferencia, recibiría el alto honor de ser designado, también, cónsul de Paraguay y Argentina. De todas maneras, no es necesario forzar la mano en el sentido que Montero apunta, pues su nombramiento como cónsul de Uruguay en 1887 reviste características excepcionales, tratándose de un ciudadano extranjero, que nunca puso

¹⁶ *Ibidem*, p. 19.

¹⁷ *Ibidem*, p. 16.

y mi honda al lado de donde

un pie en ese país, de manera este presupuesto de Montero se mantiene a pesar del ajuste inexacto a los hechos.

En el capítulo 1, "Coney Island: alone in a crowd", el autor penetra en el análisis que Martí hace de Coney Island, la vidriera de tentaciones, pasatiempos, juego y prostitución que enmascara el deterioro de la sociedad estadounidense: "Su admiración [la cita es de Montero] era sincera, pero también lo era su aprehensión de que algo podrido subyacía bajo la estridente alegría y la brillante tecnología que observaba". Montero se apoya en los estudios de varios autores contemporáneos estadounidenses, quienes han analizado el Coney Island del siglo XIX, coincidente con la propia visión de Martí. El capítulo es corto, pero es de lo mejor concebido en la obra, no solo por el talento del autor, sino también por ese concurso externo, bien aprovechado.

En el capítulo 2, "The New Woman and the Anxieties of Gender", Montero intenta penetrar en lo que llama el ambiguo mundo martiano del género. Todos los personajes femeninos de la poesía de Martí (*Versos sencillos*), nos dice, se desenvuelven bajo la mirada omnipresente del hombre. Y, rápidamente, concluye que la visión de la mujer y las diferencias en materia de género en Martí son en el mejor de los casos imprecisos, como lo son las cualidades que a ellas se atribuían en el siglo XIX.

Mas, gradualmente, el autor se siente conquistado por la elocuencia de Martí y los fuertes contrastes que señala entre la afuencia y la miseria que refiere en sus crónicas, entre mujeres ricas y pobres, expuestos en el alto relieve de la narración martiana. Pero concluye que Martí se identifica con los lectores que aprecian "[...] el papel de las mujeres como frágiles vírgenes o fecundas amas de casa".

Al final del capítulo, el autor se aproxima a la realidad tal como Martí la concebía. No hay duda que Martí vivió sus cuarenta y dos años en el siglo XIX, que fue, en fin, un hombre de su tiempo, a quien no puede exigirselo milagros proféticos e hipersensibilidad de género. Pero nadie puede negar que fuera un observador profundo de la realidad que le rodeaba, para cuyo análisis era capaz de superar, si las tuviera, sus propias humanas limitaciones. Es lamentable que Montero no haya podido asomarse a otras

reflexiones acerca de "la nueva mujer" estadounidense, a la que alude sin convencer plenamente. La ocasión es la del juicio y sentencia de los anarquistas alemanes en 1886. Conmovido por la elocuencia de Lucy Parsons —la gran dirigente anarquista, quien más tarde abrazaría la causa comunista—, la caracteriza en lo que siempre fue campo reservado a los hombres y tal vez nadie mejor que él conocía: la oratoria:

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondeado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes: los labios llenos; viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena, es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante: pero a ella, más que del arte natural con que grandúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en un arranque cómico, que parece roido con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora, sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala hinchada, un campo de espigas encorvadas por el viento¹⁸.

Dijo mucho más Martí de Lucy Parsons, en esa y otras memorables crónicas sobre

¹⁸ José Martí: "Correspondencia particular de *El Partido Liberal*", New York, 17 de octubre de 1886, *Otras crónicas de Nueva York*, comp. Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 79.

la mujer estadounidense, pero al hablar de Helen Dauvray, Lilian Olcott y Lilly Langtry, actrices y empresarias estadounidenses de renombre, afirma:

Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no solo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación; si no en la creación y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y ridiculez con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hubo en ese día espacio para comparaciones sobre la fragilidad de las mujeres latinas, sino para realidades ante las que Martí no se permite ambigüedades, sin escatimar un lenguaje claro y directo. Es de lamentar que Montero, quien afirma que su análisis se fundamentó en las *Obras completas* —y la de muchos terceros autores—, no haya tenido a su disposición esta excelente pieza, aún no incluida en los volúmenes martianos que él utilizara —aunque pronto lo será en su edición crítica—,¹⁹ para poder concluir cabalmente su visión sobre el tema del género en José Martí.

En el capítulo 3, "Against Race", Montero se enfrenta a un Martí cuya diáfana ejecutoria no permite dudosas interpretaciones. Y, sin embargo, halla similitudes a lo largo de todo su libro con el notable investigador contemporáneo, Paul Gilroy, de creciente autoridad internacional, citado una y otra vez para subrayar sus coincidencias con los postulados de José Martí. Si hay algo que pudiera señalarse a Montero, por cierto, es el poco interés en críticos e investigadores cubanos de la talla de Roberto Fernández Retamar, Pedro Pablo Rodríguez, Cintio Vitier, e Ibrahim Hidalgo —cuya *Cronología* le habría auxiliado en ocasiones de dudas que no debieron pasar al original de su obra.

Sigue una paráfrasis detallada de las bien conocidas posiciones de Martí en defensa de

¹⁹ José Martí: *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, cuyo primer tomo apareció en el 2000 y que todavía se halla en proceso de elaboración.

y mi horizonte a la de Santos

los chinos, los negros, los indios de los Estados Unidos. Y Montero se detiene en el ensayo "Mi raza", en cuya conclusión el autor define la crónica martiana, citando a Susana Rotker:²⁰ "[...] un género híbrido, precaria pero eficientemente colocada entre el reportaje y el ensayo". Y maestro en este género —cuyo descubrimiento el autor le atribuye—, Martí describe con singular elocuencia la pompa y el oropel de las ceremonias que conmemoran las grandes fechas de la guerra civil, la consiguiente "unidad nacional" y el elocuente contraste de los simultáneos horrores de la discriminación racial, que, lejos de disminuir con el fin de la guerra, aumentaron. Montero subraya acertadamente que Martí quiere que sus lectores latinos "[...] vean la teatralidad y grandeza retórica de la reunión".

En este capítulo, el autor se aparta del hilo conductor de su trabajo para aludir a hechos que tuvieron lugar diecisiete años después de la muerte de Martí. Y lo hace para, de alguna manera, demostrar que el héroe cubano erró cuando en "Mi raza" escribió que en Cuba no había miedo alguno a una guerra de razas. Y la prueba de ese error, según Montero, fue la rebeldía del Partido de los Independientes de Color en 1912, que costó la vida a miles de negros, quienes luchaban por mejorar su suerte.²¹ Debió haber sido evidente para Montero que Martí escribía en vísperas de una guerra de liberación y que en función de su favorable desenlace era imperativo la unidad del pueblo cubano. Además, debió tener en cuenta que, después de 1898, fue la ideología racista oficial de los Estados Unidos —propugnada por Teddy Roosevelt— la que consolidó —con el creciente influjo de las empresas estadounidenses en Cuba y para asegurar la división del pueblo cubano— la entronización definitiva de la discriminación y el racismo en la Isla.

Inmediatamente, pasó Montero sobre el exclusivo fundamento de la palabra de Ada Ferrer,²² a atribuirle a Carlos Manuel de Céspedes cierta aureola anexionista, porque, se-

gún ella, temía una guerra larga y costosa, y una posible rebelión de negros. Con tales afirmaciones, para cuya sustentación no aporta pruebas, Montero no define claramente su posición ante ciertos círculos intelectuales de la emigración, que se proponen "revisar" la historia de Cuba con el fin de debilitar la unidad y la confianza del pueblo cubano en sus gloriosas tradiciones.

En el capítulo 4, "Panamericanism's empty train", Montero vuelve al tema de Blaine: emprende, con él, el largo viaje en tren que concibió para los delegados latinoamericanos a la Conferencia Internacional Americana de 1889, y se refiere a la astuta guerra que Martí le declaró a fin de lograr que sus vagones regresaran vacíos a Washington; esto es, que simplemente fracasara en su estrategia de impresionar a los delegados latinoamericanos.

Es ilustrativo del nivel informativo de Montero el hecho de que solo se refiera a que, cuando Blaine por vez primera se cruzó con Martí, ya el Apostol conocía de sus varios escándalos nacionales e internacionales, de su pérdida de la presidencia ante Garfield en 1884 y de su vuelta a la Secretaría de Estado bajo el presidente Benjamin Harrison. En realidad, Martí había seguido los pasos a James Gillespie Blaine desde mucho antes. Y un caso clamoroso en el que Martí midió política y moralmente a Blaine, no mencionado por Montero, fue el incidente provocado por el aventurero estadounidense Augustus K. Cutting, que puso al borde de una nueva guerra de anexión a México y los Estados Unidos. Las conclusiones de Martí sobre Blaine son transparentes:

Pero Blaine es político felino, y tiene de su especie el salto elástico y la garra. Él sabe que este país no tiene tiempo de ver hacia atrás ni hacia delante. Sabe que va tras lo que le deslumbra del presente. Tiene el don hábil de apoderarse del asunto palpitante en la época de sus campañas, y obsucrecer con él su propia historia y los asuntos más graves de política menos ostentosa [...] Blaine no pierde tiempo, no se cuida de lo que dirán sobre su propia manera de entenderse, cuando fue secretario de Garfield, con nuestros países hispanoamericanos, con Colombia, con Chile, con el mismo México [...] Percibió con sus ojos de águila la importan-

cía del instrumento que le ofrece la fortuna, y ha usado y usará de él, como medio de campaña, con esa deslumbradora rapidez que llega a dar apariencia de hombre de Estado a aquel a quien solo le falta para serlo el concepto superior de humanidad y de justicia que los produce y consagra²³.

Así, Martí conocía bien a Blaine y no perdió oportunidad para preparar, mediante sus crónicas, a las naciones de habla hispana ante el peligro que este hombre inescrupuloso encarnaba, tres años antes de producirse el enfrentamiento directo de ambos en la primera conferencia panamericana de Washington. Es penoso que Montero no haya podido hojear esta extensa y notable pieza de previsión política de José Martí, con un nivel informativo y de análisis que asombra.

Pero es además notable que el autor no pudiera consultar como es debido, conjuntamente con las crónicas de la conferencia, la correspondencia de Martí acerca de la conspiración urdida por Blaine para tratar de anexar a Cuba y no hubiera tenido en cuenta la manera como Martí, con el apoyo del argentino Roque Sáenz Peña —durante la conferencia ascendido al cargo de ministro de Relaciones Exteriores—, se opuso y frustró los designios del gobierno estadounidense. Este "incidente" político aparece mencionado, pero no claramente situado en su contexto, en el capítulo que nos ocupa. En cambio, se ofrece una respetuosa y extensa paráfrasis del ensayo martiano *Nuestra América*, olvidando, sin embargo, mencionar a Sarmiento, a quien iban dirigidas algunas de las más agudas observaciones sobre la necesidad de gobernar según *el alma de la tierra*, y no de acuerdo con fórmulas extranjeras.

En el capítulo 5, "Bilingual Emerson", Montero se adentra en un tema conocido por nuestros intelectuales: la influencia de Emerson en la obra de Martí. Aquí nuestro autor aclara que pretende "revisar", si bien no "responder", las preguntas que normalmente se hacen sobre la deuda de Martí con Emerson. En esta parte del libro, Montero

²⁰ Susana Rotker: *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.

²¹ Oscar Montero, *op. cit.*, p. 77.

²² Ada Ferrer: *Insurgent Cuba, Race, Nation and Revolution, 1868-1898*, University of North Carolina Press, 1999.

y en mi horizonte a la de Sarmiento

acopia todas las opiniones que en los Estados Unidos se han vertido sobre este controvertido tópico y concluye que transitar por la obra martiana buscando la luz es un proceso complejo, porque "[...] no se sabe dónde termina Martí y dónde comienza Emerson". Tal vez lo que la evidencia sugiere es que Martí recreó el pensamiento de Emerson, del cual tomaba las esencias, y del cual se distanciaba cuando sus ideas no eran las más acertadas.

No concluyen con Emerson las analogías de Montero: intenta una si se quiere más compleja —que redacta con escrupulo considerable—, entre Martí y W. E. B. du Bois, estudioso asimismo de la obra de Emerson. Y declara que se propone un diálogo imaginario entre ambas personalidades. El diálogo, en definitiva, no llega a materializarse, por la sencilla razón de que Du Bois es un alma consagrada a la ilustración y la igualdad de la raza negra en los Estados Unidos, a cuya ciudadanía llegó a renunciar, con más vocación de reformista que de revolucionario. Y Martí era, esencialmente, un revolucionario, que tenía como objetivo de su vida la liberación de un pueblo multirracial del imperio español y del propio imperialismo estadounidense.

En el capítulo 6, "Martí faces death", último de su libro, Montero plantea una respetuosa admisión de que todas las referencias a los diarios de Martí proceden de los *Diarios de campaña*, edición de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar. Montero no puede ocultar en este capítulo su entusiasmo por su "[...]" texto fundacional, siempre al borde de la literatura". Refiere la anécdota histórica de la postura que asumiera Heinrich Löwe, capitán del mercante alemán *Nordstrand*, pero omite el entendimiento que lo llevó a aceptar llevar a Martí y sus acompañantes a Cuba —lo que pudo realizarse el 11 de abril de 1895. El tema, inexplicablemente, lo retoma más adelante.

Continúa la rica paráfrasis comentada de los detalles de los diarios de guerra, hasta la muerte de Martí. Montero afirma que, para Martí, su viaje hacia su destino "[...]" constituyó una nueva manera de ver, lo que exigió una nueva manera de escribir". No omite Montero la experimentación de Martí con los sonidos —la música— de la naturaleza, pero su alusión es ligera, incidental y ca-

rente del misterioso encanto que Cintio Vitier destaca y que es la esencia de lo que Martí quiso expresar.

De igual manera, alude al concepto martiano del equilibrio internacional, que menciona casi obligado por su propósito de, al menos tocar, todos los temas abordados por Martí —en este caso, el del equilibrio como una expresión de "solidaridad continental"²⁴, vinculada a problemas de la "identidad personal/nacional". Es lógico que un análisis más detenido y consecuente de esta particular visión del equilibrio en las relaciones internacionales, haya escapado a quien las circunstancias tal vez le hayan impedido leer con detenimiento algunos de los aspectos más importantes de la obra de José Martí.

Casi al final, Montero realiza un nuevo corte y retorna a 1880, el año en que comenzó su vida en Nueva York. Y afirma que es allí "[...]" donde permanecería hasta su regreso en 1895". No fue exactamente así, como todos sabemos. Martí viajó a Venezuela después —precisamente en enero 8 de 1881—, y regresa a Nueva York en agosto del propio año, expulsado por el dictador Antonio Guzmán Blanco. Es, por cierto, un incidente que habría merecido un comentario, tal vez un análisis, más completo por resultar un ejemplo de lo que —como había advertido ya México— Martí no habría querido jamás para Cuba.

Las relaciones entre José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez no escapan al escrutinio de Montero. En no menos de dos ocasiones aborda el tema. En el capítulo 3, "Against Race", el autor aclara que "[...]" las fricciones entre Maceo y Martí emergieron por última vez en 1895, cuando los líderes independentistas se reunieron para discutir, en las montañas del este de Cuba, la coordinación del ataque sobre el régimen español".²⁵ Vuelve sobre el asunto, de manera más detallada, en el capítulo 6, "Martí ante la muerte". Pero en ninguna de las dos oportunidades logra explicar, a partir de las cartas de los protagonistas, las verdaderas causas políticas de sus diferencias, que nada tienen que ver con el racismo.

No volveremos sobre los detalles del diferendo, bien conocidos, pero sí observa-

remos que Montero ignora como antecedente el incidente que protagonizaron los tres dirigentes en un hotel de Nueva York, en 1884 —acontecimiento que determinó el aislamiento autoimpuesto de Martí respecto al proceso de organización de la nueva guerra de independencia, por lo menos hasta que Máximo Gómez y Antonio Maceo dieron por terminadas sus gestiones de coordinación en la emigración.

En las líneas finales del último capítulo de su libro, Montero aborda la carta de Martí a su amigo mexicano Manuel Mercado, considerada su testamento político. Sus palabras de entonces revelan de manera transparente e inobjetable el ideario antimperialista de Martí y las motivaciones profundamente revolucionarias que guiaron su corta vida, enteramente consagrada a la libertad de Cuba. Se comprende que constituyan un legado revolucionario del pueblo cubano, empeñado en defender su independencia ante las agresiones siempre crecientes de los gobiernos estadounidenses.

Aquí el error de Montero —profesor en un país cuya administración amenaza con destruir al primer gobierno realmente independiente en la historia de la Isla— consiste en su omisión de algunos de los párrafos medulares de dicha carta, en tanto retoma el tema de la interconexión, en el pensamiento budista del *karma*, de los sucesos que conducen a la compasión por todos los seres vivos. Se adentra en los temores de Martí por el futuro de Cuba, pero reconoció que "[...]" Martí tenía un objetivo por encima de todo: la libertad de Cuba".²⁶ Sorprende que olvidase mencionar las palabras de Martí, que aclaran las determinaciones revolucionarias de toda su vida:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin [...] Viví

²⁴ Oscar Montero, *op. cit.*, p. 134.

²⁵ *Ibidem*, p. 80.

²⁶ *Ibidem*, p. 22.

en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David²⁷.

Estas líneas que debemos recordar una vez más, pueden tal vez no ser importantes para Montero, quien vive, escribe, enseña y se dirige a lectores estadounidenses. Pero para los cubanos que vivimos y cada día enfrentamos la fuerza descomunal de la mayor potencia militar en la historia del mundo, confirman nuestra voluntad de continuar en la lucha por nuestra independencia y la libertad que, con tanta sangre, se ganó nuestro pueblo.

En balance, estamos ante un libro de méritos indudables por el análisis de la obra martiana desde el punto de vista literario, con evidentes aciertos en el estudio de la visión del género que evidencia Martí y del racismo —tópico en que acusa, incluso, cierto apartamiento de las posiciones interesadas y anquilosadas de Miami. Merece nuestra comprensión y aprecio por su consagración a la verdad histórica.

RODOLFO SARRACINO

Los *Amigos sinceros* de José Martí

Ha sido una certera decisión de la editorial guantanamera El Mar y la Montaña, en su colección Managui, la publicación del libro *Amigos sinceros*.

En dos ensayos, aménamente escritos, los investigadores Zoila Rodríguez Gobea y Manuel Fernández Carcassés se adentran en una línea temática que requiere y reclama mayor atención: los vínculos establecidos por el Apóstol con personalidades de diversas regiones de la geografía nacional.

Sobre la revista *La Edad de Oro* se han escrito —y se continuarán escribiendo— disímiles valoraciones. Su dimensión literaria, patriótica, ética, estética y pedagógica así lo propician. Sin embargo, hay un asunto que aún motiva a muchos lectores contemporáneos: ¿pudo llegar la notable revista a cubanos radicados en la Isla? ¿Se logró que entrara a Cuba? Quienes se lo propusieron, ¿lo lograron?

²⁷ José Martí: "Carta a Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895", *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t 20, p. 161.

Amigos sinceros

Zoila Rodríguez Gobea
Manuel Fernández Carcassés



MANAGUI Colección

En el ensayo "Desde Guantánamo se distribuyó en Cuba *La Edad de Oro*", la profesora e investigadora Zoila Rodríguez se dispone a dilucidar estos cuestionamientos. Partiendo de la evidencia dejada por el propio José Martí en carta enviada en 1899 a Amador Esteva y Mestre —santiaguero radicado en Guantánamo— motivada por su interés de que fuera distribuida en la Isla; y de una intensa búsqueda en archivos históricos, e instituciones estatales y religiosas, la autora logra seguir la trayectoria del agente intermediario de la revista en el oriente cubano; otorgándole el énfasis necesario a sus relaciones con otras familias de la región.

Esta última cuestión atrae la atención de los autores en el segundo trabajo "Los Mantilla Miyares y los Baralt Peoli en el entorno afectivo de Martí".

Resulta imposible una visión exacta del sostenido desempeño revolucionario de Martí en los Estados Unidos, sin precisar los nexos que sostuvo con sus compatriotas emigrados, quienes con su labor le apoyaron incondicionalmente. En tal sentido se destacó la familia que formaron Manuel Mantilla y Carmen Miyares. Al penetrar con escrupulosidad y oficio de historiadores en el controvertido tema de las relaciones de Martí con el matrimonio santiaguero, los autores logran develar aspectos hasta ahora desconocidos y aportan nuevos elementos probatorios para enfrentar el supuesto vínculo amoroso del Maestro con Carmen Miyares y la presunta idea de que Martí fuera el padre de María Mantilla.

En la última parte del ensayo, se refiere los nexos de Martí con los hermanos Luis Alejandro y Adelaida Baralt Peoli, a quienes conoció en la casa de huéspedes de sus primos los Mantilla Miyares. La amistad de Martí con Luis Alejandro y Adelaida, y con sus respectivas parejas Blanche Zacharie y Federico —Fico— Edelman, motivaron un reconocimiento y admiración recíprocas, que son igualmente destacados en la investigación.

Durante varios años he sido testigo de los esfuerzos investigativos de los colegas Carcassés y Zoila. Desde que publicaron en la prensa santiaguera²⁸ la génesis de los ensayos contenidos en *Amigos sinceros*, los alenté a que continuarán sus indagaciones. Al publicarlo han contribuido a la historiografía martiana y a los estudios sobre la historia local del Alto Oriente Cubano.

Para los investigadores martianos este constituye un valioso volumen, que complementa los estudios para la definitiva edición crítica de las obras de José Martí. Para el amplio público lector será una magnífica oportunidad de conocer profundamente la actuación del más universal de los políticos cubanos.

De esta entrega deben, además, destacarse la impecable edición del también historiador Wilfredo Campos, y el sugerente diseño de la cubierta, con la alegórica utilización de la conocida viñeta de *La Edad de Oro* como fondo y el montaje de la fotografía del Maestro junto al joven Manuel Mantilla.

Este resultaba un libro necesario. En sus 44 páginas se recuerdan a los amigos sinceros del Maestro y se satisfacen las motivaciones de sus muchos amigos sinceros de estos tiempos: los fieles e incondicionales continuadores de su legado.

ISRAEL ESCALONA

²⁸ Cfr. Z. Rodríguez Gobea: "A propósito del 110 aniversario de *La Edad de Oro*. El hombre que distribuyó en Oriente *La Edad de Oro*", y M. Fernández y Z. Rodríguez: "Santiagueros en el entorno afectivo de Martí en New York", en *El Cubano Libre*, suplemento histórico del periódico *Sierra Maestra*, 13 de mayo de 1999 y 27 de enero del 2001.

y mi honda es la de David



Memorias por el equilibrio del mundo

El Memorial "José Martí" fue el marco de la presentación, el 12 de julio de 2004, de las *Memorias de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo* —evento que tuvo lugar los días 27, 28 y 29 de enero del 2003, como homenaje al ciento cincuenta aniversario del natalicio del Apóstol.

Las *Memorias...*, que cuentan con ocho volúmenes, reúnen todos los documentos referidos a su organización, programa, conferencias especiales y todos los trabajos presentados en la conferencia. Se trata —como señalan Héctor Hernández Pardo y Carlos Bojórquez en la nota de presentación— de una fuente documental de "un valor extraordinario para estudiantes, profesores, personas de la cultura y la política, y para las universidades, centros de investigación, bibliotecas e instituciones culturales, donde el ideario martiano es imprescindible".

La publicación de estas *Memorias...* es el resultado de un esfuerzo coordinado entre la Oficina del Programa Martiano, la Asamblea del Poder Popular de Cuba y la Cámara de Diputados de México, que sufragó la impresión de las mismas.

En el acto de presentación se hicieron entrega de estos volúmenes, de manera sim-

bólica, a representantes de los siguientes organismos e instituciones: Ministerio de Educación Superior, Ministerio de Educación, Ministerio de las Fuerzas Armadas, Ministerio del Interior, Escuela Superior del Partido, Ministerio de Cultura, Centro de Estudio Martiano, Memorial "José Martí", Instituto de Amistad con los Pueblos y Unión de Periodistas de Cuba.

Al intervenir en la actividad, Héctor Hernández Pardo destacó el apoyo brindado por el diputado Eric Eber Villanueva Mukul, en su calidad de presidente de la Junta de Coordinación Política de la Cámara de Diputados de México en su 58 legislatura, al éxito de este esfuerzo conjunto de cubanos y mexicanos. Al mismo tiempo, el doctor Armando Hart Dávalos le hizo entrega de un diploma de reconocimiento.

El presidente de la Asamblea del Poder Popular, Ricardo Alarcón, en sus palabras de resumen de esta actividad, destacó los vínculos de amistad forjados a lo largo de la historia de los dos pueblos y el aprecio muy especial que José Martí tuvo siempre a México. Agradeció el apoyo brindado a la edición e impresión de estas *Memorias...*, que presentan una visión actualizada del pensamiento martiano a la luz de los desafíos que enfrentamos en nuestros días. La vigencia del pensamiento martiano y, sobre todo, su antímporalismo se pone de relieve hoy frente a los intentos de la Administración Bush de liquidar la independencia y la soberanía de Cuba y preparar las condiciones para controlar, en una supuesta transición, todos los sectores del país a través de una llamada "comisión federal permanente para la reconstrucción económica". Destacó la figura de Juan Gualberto Gómez, amigo y fiel colaborador de José Martí, cuyo sesquicentenario se conmemoraba, precisamente, ese día.

RAFAEL POLANCO BRAJOJOS

Juan Gualberto entre nosotros

El pasado 20 de julio, en el Centro de Prensa Internacional, la Sociedad Cultural "José Martí" rindió merecido tributo a Juan Gualberto Gómez, esa figura entrañable para

todos los cubanos y, en especial, para los martianos en el sesquicentenario de su natalicio. Patriota radical, quien —como señala Raúl Rodríguez La O— no dejó de participar en ningún episodio importante de la historia de Cuba mientras vivió, con el cerebro y el corazón, directa o indirectamente, desde la Guerra Chiquita hasta la del 95 y, desde luego, durante la ocupación yanqui y la república neocolonial hasta su muerte, ocurrida el 5 de marzo de 1933.

También en ese marco se llevó a cabo un homenaje a Nancy Morejón, poeta, destacada personalidad de la cultura cubana, en la proximidad de su sesenta cumpleaños. En la actividad estuvieron presentes Armando Hart, Nancy Morejón, José Cantón Navarro, y Mercedes Ibáñez y Nancy Loyola, biznieta y nieta, respectivamente, de Juan Gualberto Gómez, entre otras personalidades.

En la primera parte se desarrolló un panel dedicado al examen de la vida y el pensamiento de Juan Gualberto, en el que tomaron parte el doctor Pedro Pablo Rodríguez, investigador y responsable de la Edición Crítica de las *Obras completas*, el licenciado Raúl Rodríguez La O, historiador e investigador, secretario científico de la Cátedra "Juan



y mi honda a la de Gómez

Gualberto Gómez" de la UPEC, y el licenciado Rafael Polanco en calidad de moderador. En su exposición, Pedro Pablo se refirió a los vínculos entre Juan Gualberto y Martí, que probablemente surgieron durante la estancia de ambos en México. Destacó la profunda identificación entre estas dos figuras, fundamentada en sólidos principios que ambos compartían. Por su parte, Rodríguez La O abordó el tema de la estancia juvenil de Juan Gualberto en París —donde se pusiera en contacto con lo más avanzado del pensamiento político y social de la época y donde adquirió una vasta cultura— y, como deportado, en España, durante las cuales mantuvo siempre una posición inocludible a favor de la independencia de Cuba.

Seguidamente, se pasó a la entrega por parte de Armando Hart del reconocimiento "Honrar honra", de la Sociedad Cultural, a Nancy Morejón. Noemí Gayoso, secretaria ejecutiva, dio lectura al acuerdo que fundamenta esta entrega y José Cantón Navarro, vicepresidente, tuvo a su cargo pronunciar las palabras de elogio. Cantón destacó que uno de los primeros objetivos proclamados por la Sociedad Cultural "José Martí" al constituirse, fue el de exaltar y promover los valores éticos, políticos y culturales del pensamiento cubano. Y que dentro de las múltiples formas en que se está dando cumplimiento a ese objetivo, se halla la de enaltecer a quienes defienden tales valores con su obra y con su vida.

Por ello, anticipándose al siete de agosto —fecha de su cumpleaños—, la Sociedad Cultural esa tarde rindió merecido homenaje a la escritora, de quien se resaltó que ha dado una considerable contribución a la cultura nacional, no sólo con sus ensayos y poemas, sino, también, con sus trabajos de investigación literaria, periodismo, crítica teatral, traducción, conducción de espacios de promoción cultural, dirección de instituciones de cultura, y sobre todo, con su aporte a la transformación revolucionaria de la sociedad en las tareas de cada momento.

Cantón hizo referencia al *curriculum*, sumamente rico de Nancy y a los numerosos galardones nacionales y extranjeros recibidos. Entre ellos: la Distinción por la Cultura Nacional, la Réplica del Machete de Máximo Gómez, Medalla de la Alfabetización, Medalla "Raúl Gómez García", Medalla "José María

Heredia" y Orden Nacional del Mérito de la República de Francia. Subrayó que este reconocimiento se le ofrece a Nancy en el marco del mismo acto en que honramos a Juan Gualberto Gómez, lo que constituye un real simbolismo pues en Nancy se reivindican las ansias más legítimas de Juan Gualberto.

Después de leer algunos de sus más apreciados poemas —en los que se revela la musa de ternura infinita prendida de tal modo a su verde caimán, cuyas raíces nadie podría jamás cortar—, Cantón cita, por último, "Renacimiento":

*Hija de las aguas marinas,
dormida en sus entrañas,
renazco de la pólvora
que un rifle guerrillero
esparció en la montaña
para que el mundo renaciera a su vez,
que renaciera todo el mar,
todo el polvo,
todo el polvo de Cuba.*

Nancy Morejón confirma, concluyó Cantón —como lo habían demostrado ya Martí y Juan Gualberto, y otros antes de ellos, y después de ellos—, que el intelectual, para ser sublime y realmente amado, no necesita renunciar a su derecho de ciudadano, de patriota, de combatiente; ni a ser hijo de un pueblo que tiene una historia que honrar y un destino que defender. Como se ha dicho con acierto, "puede que el arte no tenga patria; pero el artista sí la tiene".

Hart, en emocionadas palabras, destacó la importancia de seguir profundizando en el significado de lo que él ha dado en llamar la "cultura Maceo-Grajales" como una importante contribución a consolidar, aún más, la unidad de nuestro pueblo.

Nancy Morejón agradeció este homenaje de la Sociedad Cultural y las cálidas muestras de aprecio por su obra y su persona.

R.P.B.

También en recordación de Juan Gualberto, desde Santiago de Cuba

El pasado 29 de junio se desarrolló el Taller Científico por el aniversario del nacimiento

de Juan Gualberto Gómez, que —convocado por las Filiales de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC) y la Sociedad Cultural José Martí (SCJM)— sesionó en la Casa de la Prensa Santiaguera.

En la apertura, Ángel Luis Beltrán, del círculo de investigadores de la UPEC, reseñó las actividades que se han venido realizando como parte de la conmemoración del sesquicentenario del patriota, intelectual y revolucionario Juan Gualberto Gómez.

El taller se desarrolló a partir de un panel conducido por la periodista Elvira Orozco, presidenta del Club Martiano "Juan G. Gómez". El doctor Israel Escalona, profesor de la Universidad de Oriente y vicepresidente de las Filiales de la UNHIC y la SCJM disertó sobre el tema "La acción y el pensamiento político de Juan G. Gómez en la lucha por la independencia nacional": reveló aspectos esenciales de la existencia del prócer, quien, según dijo: "Legó una obra imprescindible para comprender el contexto que le correspondió vivir: la segunda mitad del siglo XIX y las tres primeras décadas de la neocolonia".

La licenciada Damaris Torres, investigadora del Centro de Estudios "Antonio Maceo Grajales", trató un asunto poco divulgado: "Las relaciones de Juan G. Gómez con la familia Maceo-Grajales". La ponente definió los vínculos que el patriota sostuvo con José Maceo durante el periodo de la prisión en cárceles españolas; posteriormente reseñó las relaciones con Antonio Maceo y las valoraciones realizadas en el discurso que hiciera el 7 de diciembre de 1915; y, por último, abordó los nexos que estableció con María Cabrales, tanto en 1899, durante las honras fúnebres que se rindieron al Titán de Bronce en la capital, como en la posterior visita que le realizará a Santiago de Cuba.

José Manuel Vargas, profesor del Instituto Superior de Ciencias Médicas, presentó la ponencia "El entorno martiano de Juan G. Gómez y sus relaciones con Santiago de Cuba". En el inicio de su intervención, reflexionó en torno al vínculo establecido entre Juan Gualberto y Antonio, y aludió a sus consideraciones recíprocas y puntos de convergencia; después pasó a referirse al homenaje que le tributara la ciudad de Santiago de Cuba a través del monumento que fuera erigido desde 1950 y dedicado no solo a Juan

y mi herida clase obrera

Gualberto sino, asimismo, a Rafael María de Labra y Miguel Figueroa, en el parque ubicado en la confluencia de las céntricas calles de Enramadas y Carnicería.

El panel terminó con la intervención de Ángel González Calderín, miembro de la junta directiva de la SCJM, quien trató sobre el tema "Juan G. Gómez: antimperialismo y soberanía. La lucha contra la Enmienda Platt".

Los participantes en el taller coincidieron en la necesidad de continuar profundizando y divulgando el legado perdurable de insigne patriota.

Las palabras de clausura estuvieron a cargo del licenciado José Luis de la Tejera, presidente de la filial de la SCJM, quien resaltó el patriotismo y antimperialismo de Juan G. Gómez y su vigencia cada vez mayor en nuestra actual batalla de ideas. Recordó que el evento "José Martí. Historia y Cultura", a celebrarse en el mes de octubre, será especialmente dedicado a la personalidad y obra del "hermano mulato de José Martí".

Rosa D. GUTIÉRREZ CALZADO

Actividades del proyecto "Santiago de Cuba, tierra de los Maceo"

Entre los meses de mayo y junio se realizaron un conjunto de actividades concernientes al proyecto "Santiago de Cuba, tierra de los Maceo", en ocasión de la conmemoración del ciento cincuenta y nueve aniversario del nacimiento del Titán de Bronce.

Organizado por las filiales de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC), la Sociedad Cultural "José Martí" (SCJM), el Departamento de Historia de la Universidad de Oriente y los centros de Estudio "Antonio Maceo" y de Superación para el Arte y la Cultura, fue impartido el curso de posgrado "Aspectos fundamentales de las vidas de Antonio Maceo y otros integrantes de la familia Maceo Grajales". Integraron el claustro de profesores, los doctores Manuel Fernández Carcassés e Israel Escalona, el máster Alexis Carrero y los licenciados Damaris Torres y Rabel Silega, quienes de-

sarrollaron temas referentes al pensamiento político de Antonio Maceo, la historiografía y documentación sobre los Maceo, los orígenes de la patriótica familia y las personalidades de Mariana Grajales, María Cabrales y José Maceo.



El curso culminó con la presentación de ponencias en la Tercera Conferencia Científica de Estudios Históricos, convocada por el Departamento de Historia de la Universidad de Oriente. Durante el evento se realizó la mesa redonda "Antonio Maceo en la República", que contó con las exposiciones de Israel Escalona sobre "Antonio Maceo en los Congresos Nacionales de Historia (1942-1956)", de Manuel Fernández Carcassés acerca de "Los homenajes a Maceo en Santiago de Cuba", y de Damaris Torres en torno a "Antonio Maceo en la revista Acción Ciudadana".

También fue reabierto al público el Centro de Documentación del Centro de Estudios "Antonio Maceo", y el periódico *Sierra Maestra* dedicó la edición de su suplemento histórico *El Cubano Libre*, del 12 de junio, a resaltar las personalidades de Antonio Maceo y Ernesto Guevara.

MILEIDIS QUINTANA POLANCO

Homenaje a María Álvarez Ríos

En el Memorial "José Martí" se llevó a cabo el pasado 1^{er} de junio, por iniciativa de la Sociedad Cultural "José Martí", una activi-

dad de homenaje a María Álvarez Ríos en ocasión de su ochenta y cinco cumpleaños. Otras instituciones, como el Ministerio de Cultura, el Centro de Estudios Martianos, el ICAIC y el Memorial "José Martí", también se sumaron a la celebración. En sus palabras introductorias, el compañero Rafael Polanco subrayó la fructífera y versátil obra de esta destacada figura de nuestra cultura, que abarca la composición musical, el teatro, la actuación y el periodismo. Mencionó como un aspecto clave de su rica trayectoria —y por el cual la Sociedad Cultural expresa su profundo agradecimiento— la labor desempeñada por María, durante más de veinte años, en el terreno de la música para niños y la fundación y dirección de coros, como el Infantil Meñique y el Joven Meñique.

En esta festividad, estuvo presente el Coro Solfá bajo la dirección de Maylan Ávila, quien fuera alumna de María. Entre las obras interpretadas, incluyeron algunas de la homenajeada. El prestigioso ceramista Reinier Feria hizo entrega a María un bello plato de su colección *Flores*.

R.P.B.

Martí y los tabaquereros

El aporte de los tabaquereros cubanos de la emigración a la fundación del Partido Revolucionario Cubano, organizado por el Apóstol de nuestra lucha emancipadora del yugo español, fue determinante para la "guerra necesaria" de 1895. Así, pues, los tabaquereros cubanos, quienes siempre han estado a la vanguardia en las luchas sociales, que culminaron con el triunfo revolucionario de enero de 1959, no podían estar ajenos a la conmemoración del sesquicentenario del natalicio de José Martí, celebrado el pasado año.

La Asociación Vitófilica Cubana promovió la idea de emitir una colección de anillas para puros *Habanos*, que recogiese tan importante fecha. Con el aporte del licenciado Jorge Lozano, asesor del Programa Martiano, se seleccionaron fotografías relevantes de la iconografía de Martí y el proyecto culminó con el excelente aporte desinteresado del diseñador William Borrego, quien completó el trabajo de mesa.



Tabacuba S.A., presidida por Oscar Basulto, el Sindicato Nacional de Trabajadores Tabacaleros y la dirección de Habanos S.A. acogieron la idea y la Empresa de Aseguramiento de Tabacos corrió con el costo de impresión en los Talleres de Durero Caribe S.A.

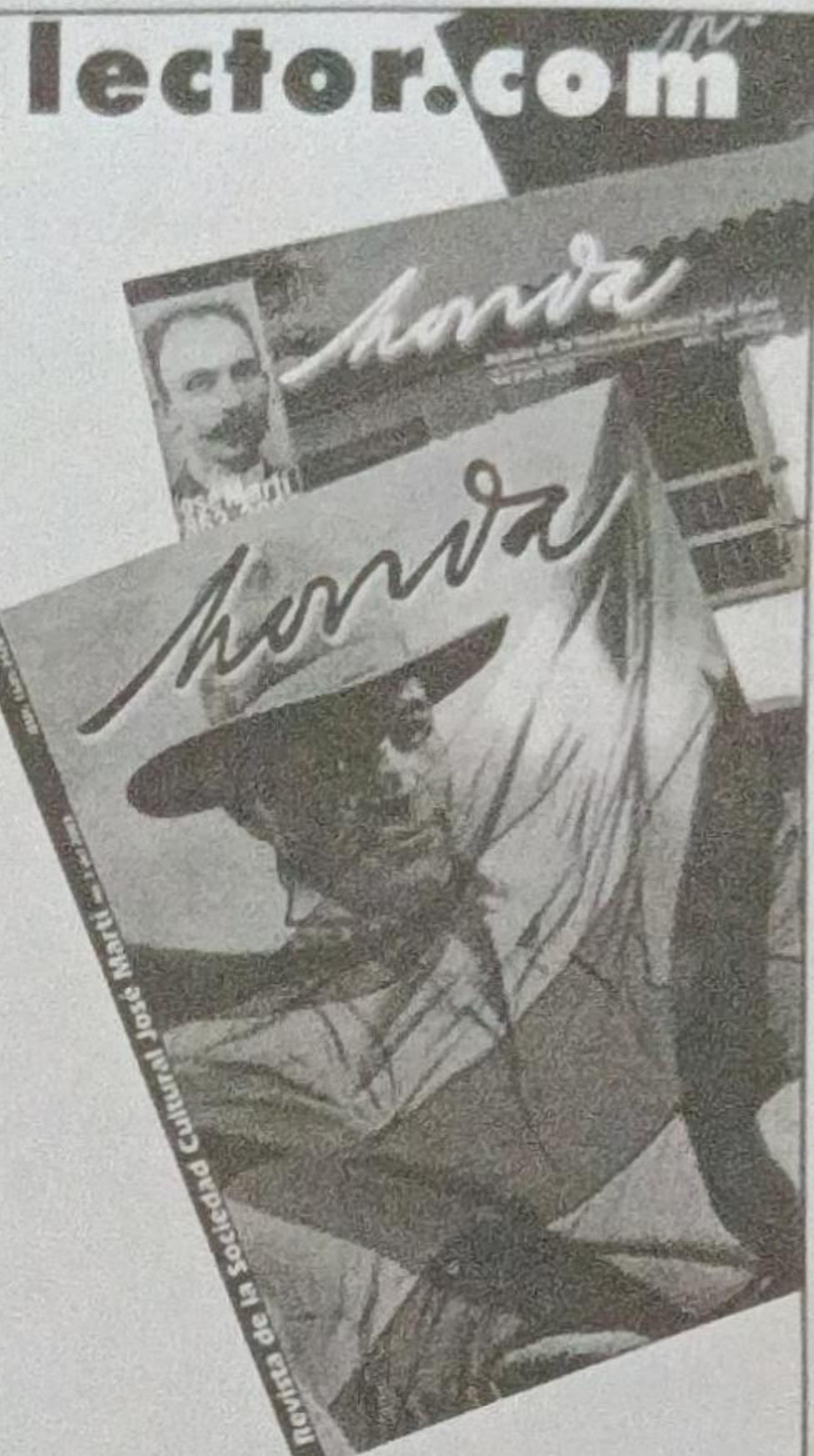
Las nuevas instalaciones de la Empresa Tabacalera "José Martí" vibraron de entusiasmo al golpe de las chavetas el día que se procedió al anillado simbólico de los puros *Habanos* en acto presidido por el doctor Armando Hart, quien pronunció hermosas palabras orientadoras en torno a la vigencia del pensamiento martiano en la Batalla de Ideas que libra hoy nuestro pueblo.

Habanos S.A. cubrirá el costo de impresión del tomo número nueve de la *Edición*

Crítica. Obras Completas de José Martí, que edita el Centro de Estudios Martianos. La Asociación Vítofilica ha donado el importe en moneda nacional de la venta a sus miembros de una colección de anillas, y 500 colecciones se pondrán a la venta en divisas por parte del Programa Martiano para los propósitos promocionales de la Sociedad Cultural "José Martí".

Una vez más, coleccionistas y tabaqueritos nos sentimos complacidos con esta modesta contribución a exaltar la vida y la obra revolucionaria del autor intelectual del asalto al cuartel Moncada que hoy continua y enriquece nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz.

HUMBERTO CABEZAS SUÁREZ



Honda ha abierto una nueva sección que le permite crear un espacio interactivo con sus lectores, y acogería con beneplácito sus opiniones y sugerencias acerca del contenido de la revista. Pueden dirigir sus correos electrónicos a:

Revista *Honda*
Sección **lector.com**
jmarti@cubarte.cult.cu

También sus cartas a:

Rafael Polanco
Director revista *Honda*
Sección **lector.com**
Sociedad Cultural "José Martí"
Calzada 801 ½, entre 2 y 4, Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba

Cupón de suscripción

Calle 7^{ma}, no. 4208
entre 42 y 44
Municipio Playa
Ciudad de La Habana

Honda

Revista de la Sociedad
Cultural José Martí

NUESTROS AUTORES

Mirtha Luisa Acevedo y Fonseca. Profesora e investigadora. Licenciada en Letras. Máster en Estudios Literarios Latinoamericanos y Cubanos. Es presidenta de la filial de la Sociedad Cultural "José Martí".

Caridad Atencio Mendoza. Poeta y ensayista. Investigadora del Centro de Estudios Martianos. En 2003 obtuvo el Premio "Razón de Ser" que otorga la Fundación "Alejo Carpentier".

Humberto Cabezas Suárez. Profesor adjunto de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana. Secretario de Relaciones Internacionales de la Asociación Vitófilica de Cuba.

Israel Escalona Chádez. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad de Oriente y vicepresidente de la filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Santiago de Cuba.

Jesús Guanche Pérez. Doctor en Ciencias Históricas. Investigador titular de la Fundación "Fernando Ortiz" y profesor titular adjunto de la Facultad de Artes y Letras y de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Rosa D. Gutiérrez Calzado. Vicepresidenta de la filial provincial de la Sociedad Cultural

"José Martí" en Santiago de Cuba. Especialista del Centro Oriental de Ecosistemas y Biodiversidad, CITMA.

Armando Hart Dávalos. Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y miembro del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Ibrahim Hidalgo Paz. Ensayista e investigador del Centro de Estudios Martianos. Doctor en Ciencias Históricas. Recibió el Premio "Ramiro Guerra" 2000, otorgado por la Unión Nacional de Historiadores de Cuba.

Rafael Polanco Brahojos. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Político. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí" y director de la revista *Honda*.

Mileidis Quintana Polanco. Especialista del Museo Casa Natal "Antonio Maceo". Presidenta del Movimiento Juvenil Martiano en la provincia Santiago de Cuba.

Carlos Rodríguez Almaguer. Licenciado en Ciencias Sociales. Profesor. Presidente del Movimiento Juvenil Martiano en su nivel nacional.

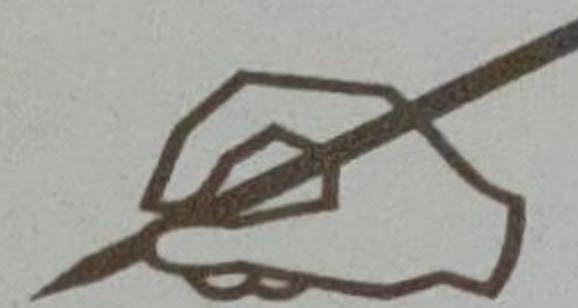
Raúl Rodríguez La O. Historiador e investigador. Secretario científico de la Cátedra "Juan Gualberto Gómez" de la Unión de Periodistas de Cuba.

Pedro Pablo Rodríguez. Ensayista, investigador, profesor y periodista. Doctor en Ciencias Históricas. Dirige el equipo de *Obras completas. Edición crítica* del Centro de Estudios Martianos.

Miralys Sánchez Pupo. Doctora en Ciencias Filosóficas, profesora titular adjunta de la Universidad de La Habana. Periodista y presidenta del Consejo Martiano de la Prensa Cubana.

Rodolfo Sarracino Magriñat. Doctor en Ciencias Históricas y ensayista. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

Matilde Teresa Varela Aristigueta. Doctora en Ciencias Filológicas. Profesora del Instituto Superior Pedagógico "José Martí", de Camagüey.



Honda

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

Solicito la suscripción a la revista

Nombre: _____

Dirección: _____

Fecha: _____

Firma: _____

La revista se le hará llegar a la dirección consignada y en ese momento se cobrará el importe de 5.00 pesos por el número que se le entrega.

Colección de anillas para puros Habanos



(Ver artículo en pág. 66)

MARTÍ EN LA PLÁSTICA CUBANA



"Martí y los niños",
serie *Me refugio en ti*, 2003
Cera

ISABEL SANTOS ROJO Escultora. Graduada en la Academia de San Alejandro (1976), en el Instituto Superior de Arte (ISA, 1988). Ha realizado estudios en el Instituto de Arte de Kiev, Ucrania (1977) y Denver Colorado, Estados Unidos (1995). Es profesora de la Escuela Nacional de Arte (ENA), miembro de la Sección de Artes Plásticas de la UNEAC y del Consejo Provincial de las Artes Plásticas de La Habana. Entre sus exposiciones personales: *Con otra vela* (Galería de Arte de Galiano, La Habana, 1994), *Abel Fabelo, un ángel con piel de cera* (Galería La Acacia, Ciudad Habana, 1999), *Me refugio en ti* (Memorial "José Martí", La Habana, 2003).